



Aniceto Aramoni
Alí el maldito


Lectulandia

Alí el maldito es un libro en que el hombre se busca a sí mismo en lo individual y en lo social. La sátira está presente en todas las páginas, desde sus formas sutiles hasta aquellas que colindan con la tragedia; el autor se burla en ellas «con todo respeto» así como «respeta de modo burlón» todo lo humano, aunque el resultado de su novela bien puede quedar resumido en tres palabras: tolerancia, flexibilidad, comprensión. Para él, como para muchos otros pensadores: «La vida es de tal manera seria y dramática que sólo puede ser vivida con buen humor».

Lectulandia

Aniceto Aramoni

Alí el maldito

ePub r1.0

Titivillus 06.12.16

Título original: *Alí el maldito*
Aniceto Aramoni, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AL DOCTOR
MANUEL CHÁRVEL

Quiero agradecer a la señora Alicia de la Peña de Zendejas su colaboración al corregir el estilo y por algunas sugerencias que fueron incorporadas al texto, las que mejoraron el contenido en grado considerable.

La envoltura inútil, enfermiza y carenciada, desaparecerá de una vez por todas. Se olvidará el recipiente cariado que lo contuvo durante algunos años, al que se encargó de maltratar como a un enemigo jurado e irreconciliable.

Ese algo diferente, el contenido irá en paz. Mientras exista la remota posibilidad de una asociación neuronal dentro de la corteza de cada uno de quienes convivieron con él; habrá una anécdota, una remembranza, reminiscencia y saudade; pero también una sonrisa dulce y mordaz ante el recuerdo de una diablura.

Lobo y paloma torcaza. Ambicioso y franciscano. Violento y maternal. Orgullosa y humilde. Parecería imposible sujetarlo al principio 2.º de la Termodinámica, a las leyes de los Quantum, a la de la Relatividad. Quizá cabría dentro de las leyes del Azar y del Principio de Incertidumbre de Heisenberg. No fue un hombre común.

Fue un parpadeo del existir universal, un atisbo de la conciencia humana.

Mezcla extravagante de alquimista que al buscar la piedra filosofal y la transmutación se transformaba a sí mismo, aglutinado con un revolucionario vigente.

Cincuenta y cinco kilos de peso, unos gramos de carbón, hierro, potasio y sodio; algunos átomos y electrones, mucho más abundantes los protones que lo convirtieron en una carga positiva para sus amigos. Si pudiera sembrarse produciría una planta impar: de hojas de ortiga y flores de tono suave, de aroma sensual.

Soy el que soy porque no podía ser de otra manera.

Mis padres andaban en los setenta años cuando me concibieron y un poco más viejos eran cuando nací; resulta que anticipé vísperas porque ellos creían saber la fecha justa y me robé el jom. Todo eso no permitió la necesaria maduración mielinizante. Pero, ya el hecho de ser «hijo de mis abuelos» me había condenado al mongolismo del que me salvé parcialmente.

Mi madre por la edad, por el rechazo, por lo que ustedes quieran, no pudo amamantarme y me buscaron una chiva loca, un tanto vieja también —¡nunca he podido librarme de las viejas!— que pastaba todo el tiempo en un campo sembrado de marihuana. Yo supe mucho antes que se descubriera, que había marihuana-privación. Al pegar un grito, esto es, cada vez que lo hacía, la cabra saltaba sobre la cama y abría las patas y yo, como Rómulo sin Remo me lanzaba al ataque frontal de las ubres, que calmaban mi adicción que ahora llaman fármaco-dependencia.

Mamé y mamé todo el hachichi que pude durante mi marihuanada lactancia. Al destete me caí y me proporcioné un batacazo de órdago; por poco pierdo la cabeza completa. Salí vivo milagrosamente, pero con otra moderada baja de I. Q. por tercera vez.

Arroz decorticado, habas crudas y demás, ayudaron a exagerar la baja; y luego, en la edad proveyta, cuando se reconsidera la existencia, por la pérdida ya sufrida me dediqué a usar para el cabello —es un eufemismo—, hexaclorofeno en cantidades industriales. Esta sustancia produjo otra baja ¡si todavía era posible! Resulta que los

franceses no habían retirado ese menjurje de sus productos y yo la usé a pasto, como era de esperarse en un tipo amamantado con mota, bataqueado con fe, octomesino, hijo de padres matusalénicos y, para terminar, con un problema de amonio dentro de las células de la corteza porque había sufrido algo parecido a un coma hepático.

No quiero decir nada a mi favor; no hay nada que pueda decir que no fuera empleado en mi contra. Debería callarme, pero soy eufórico, un tanto hipomaniaco, erético y acatísico, lo que hace una combinación insuperable e irremediable; lo que debo aclarar es que no podía estarme quieto, ni callado, y por esa razón no debo proseguir hablando de estas monsergas porque sería interminable. De veras que no me canso nunca de hablar. No me canso y no ha nacido aún el tipo capaz de callarme. Pero a otra cosa.

«¡Que Dios se lo pague patroncito!»

—Que Dios se lo pague... que Dios se lo pague; será más bien ¡qué Dios me la pague! ¡Vaya tipo!

¿Acaso no somos todos siervos de Dios y como tales no podemos, al mismo tiempo, ser siervos de otro hombre? El Talmud decía eso en alguna parte. ¡Librotres inútiles!, llenos de basura y mentira.

Caminas y caminas por la vida y siempre encuentras lo mismo: porquería, miseria. Hombres triturantes y hombres triturados, vanidosos unos y encanijados los otros; odiándose desesperadamente desde siglos atrás, desde peludos y cuadrumanos hasta hoy, la época del alunizaje.

Y en medio de toda esa podredumbre el creador de todo. Naturalmente ¡el culpable de todo! Un tanto perplejo e impotente, desvinculado de lo que ocurre aquí, sin saber qué partido tomar, viejo y desesperanzado, lleno de remordimientos, confiado en el tiempo y en quién sabe cuántas pamplinas.

Hacía mucho que lo había inventado un hombre-dios, tal vez. Alguien que se disoció por un momento, que encontró dos posibilidades y las transmitió a sus compañeros que se rieron de él. ¿Entregar algo a los otros de lo que uno había obtenido luchando? ¡Qué locura! ¿Ayudar a otro durante la cacería y repartir posteriormente la pieza? ¡Qué ocurrencia!

La perseverancia y el sacrificio de ese loco había creado al creador que está ahí, sin irse nunca más.

Era particularmente difícil comprender lo que sucedió después. Lapidación y muerte del tráfuga loco. Herencia de la semilla en alguien más y elaboración de la novela maravillosa del creador, idealizado y para entonces seguro de sí mismo e independiente.

Herederero de toda la amalgama humana: visceras, huesos y tendones, tuétano y aliento vital, sexo y hambre; dolor y vejez, amor y odio, sumisión y dominio, no sacudiría jamás la dualidad fundamental y dialéctica de sus hijos.

Que Dios se lo pague...

Alucinación insomne, producto de la parafrenia humana, tomó cuerpo y caminó por su cuenta. Ahora, ¿quién puede con él? Unos aprehenden la mitad y otros la que queda; dividido va dando tumbos de siglos en siglos.

¿A qué mitad maniquea pertenece la asquerosa caridad de unos cuantos centavos? ¿A qué mitad la otra que odia a quien la da? ¿Cuál de las dos mitades odia más?

Figura terrible esa de Dios. Iracunda, llena de odio, cólera, petulancia y rencor; ser despótico, inseguro de sí mismo.

El primer hombre que elaboró no llegó sino a mamarracho entumecido y lleno de miedo. No decide nada por sí mismo y cuando ella decide por él, emasculadamente niega su colaboración, se aterroriza ante su corresponsabilidad y finalmente, carente de amor y de solidaridad la denuncia y se ausenta de su deber. Le falla a la mujer, en cuya defensa estaba obligado de manera absoluta, sin posibilidad de elusión.

Dios había asistido tranquilamente a la defensa que Adán hizo de sí mismo, sin impacientarse ni irritarse. No había montado en cólera ni lo había insultado. Ante la mujer desafiante, rebelde, de gran iniciativa, ambos frente a frente, confusos y torpes, la sentencia fue injusta. La imagen y semejanza entre ambos era notoria y el castigo fue dulcificado hacia él y endurecido hacia ella.

Dios se había proyectado en Adán. Lo había elaborado inseguro y medroso, incapaz de iniciativa. Ahora lo castigaba porque veía en él lo peor de sí mismo. Trabajaría, sudaría, tendría sufrimiento y dolor durante su permanencia en la tierra. Dios racionalizaba en forma simplista, había que salir dignamente del trance desagradable.

A ella, la eterna enemiga llena de agresividad, coraje y decisión, la haría parir con dolor el producto de su placer. La opondría a la serpiente de ahí en adelante. El falo sería herido en la cabeza por ella, y la mujer, por aquélla en el calcañar.

Fuera del Paraíso ya, percibe que la noche huele a clavo y jazmín, que es tibia y tierna como una sonrisa de niño, grata como el placer de jugar con la piel de una mujer. A pesar de todo está en el Paraíso. No comprende cómo han echado a perder el universo entre Dios y los hombrecitos. Nunca había sido tan hermoso. Este aguafiestas de Dios lo arruina todo con su tristeza y su impotencia. ¿Cómo puede obedecerlo alguien?

Había castigado a Eva entregando a él la iniciativa y la actividad. Trabajaría el hombre. Activaría con la llave que abre a la mujer, lo más profundo de ese recinto oscuro, creador de la vida y principio del fin. En la matriz, la llave masculina pondrá en marcha el mecanismo pasivo de la mujer, hacia el placer de mayor anhelo porque conduce al parto con dolor, único dolor racional, productivo. ¿Por qué odiaba Dios al hombre al principio de todo esto?

Descubrió que era hora de comer y entró en un lugar donde se comía y bebía

abundantemente en ese momento. Mujeres hermosas de caderas sudorosas y perfumadas inquietaban a los hombres que percibían activa y penetrante la presencia femenina. Comprendió bruscamente: Dios odia a los hombres por ser Dios, mito de perfección y abstinencia, de humildad. Aherrojado por las aspiraciones humanas, debe ser casto, ascético, asexuado, cuando tiene el temperamento de un alce en celo y fue creado cuando las pasiones humanas eran más intensas e indiscriminadas, como ejemplo de lo que ellos no podían suprimir.

Todo había sido preparado cuidadosamente. Una provocación directa y una respuesta tímida e insegura. La serpiente había tentado a la mujer, la había herido en lo más profundo de sí misma, la había conducido al pecado e indirectamente al placer del sexo y de la maternidad, del pudor y de la honestidad. Hacia el entendimiento sexual con el hombre para ahogar dentro de ellos a Dios, la austeridad, la ascesis y la dependencia. Había tomado vuelo dentro de ella la seducción y la liberación de viejos temores. Ahora la situación era clara: libres podían gozar de los placeres de la carne: ¡habían matado a Dios!

La historia del hombre se inició con un acto de desobediencia a la actitud imperativa y autoritaria de un Dios ascético y brutal, puritano y amargado, viejo y desesperanzado, creado por el hombre en un momento de arrebatado bondadoso y deshumanizado. En un momento de castigo del cuerpo por el espíritu triunfante en éxtasis dionisiaco.

Dios debió ser producto de viejos levitas, pensó. Viejos cansados y enfermos, impotentes y deseosos de conservar normas, de anquilosar la vida suspendiendo toda rebelión.

Tradicionalmente inmóviles, severos y fríos, carentes de amor y de consideración hacia los demás. Al final de la vida se apoderan de la ética y la manejan a través de una creación artificial. Ahora ya no se moverá una hoja sin la voluntad del creador recién creado por la insinceridad de tipos acomodaticios, hipócritas de vientre ahito dispuestos a la predicación.

Así son los hombres al envejecer, cuando se les caen los dientes, poseen dinero suficiente y la genitalidad no responde más. Así son generalmente —recapacitó—, predicán.

Sí, pero ¿por qué demonios había podido vivir Dios tanto tiempo dentro de él, a pesar de que era antihumano e inhumano? ¿Por qué podía vivir a pesar de disminuir el goce, preconizar el sufrimiento, limitar la libertad y enviar el dolor?

¿Y Jesús? —se preguntó—, ¿qué piensas de eso? Algo golpeó dentro de él. Algo que sonó como una alucinación. ¿Tenía o no entre 14 y 33 años cuando resolvió lo relativo al bien y al mal? Al morir consumándose no tenía más que ésos o ¿estoy en un error?

No quería saber nada de él; el hijo del hombre por antonomasia era un rival.

Masoquista, tímido, enfermizo y carente de posibilidades vitales, ¿qué gracia hacía sacrificándose y haciéndose morir como héroe? Había que conocer sus razones y saber la enorme ambición que lo corroía al proclamarse hijo de Dios.

Él, que vivía en un mundo lleno de buena comida, de crepúsculos increíbles, de vinos de una generosidad sin límite, y sobre todo, lleno de mujeres para todos los gustos, olores, tactos y sentidos; que sabían hacer olvidar todo lo demás, o recordarlo todo de manera inolvidable... ¿Por qué lo asaltaban ahora estas reflexiones? Le producían cólicos, tristeza, ansiedad, hambre y deseos sexuales; interés por el poder, ambición. Pero lo que más le afligía: las mujeres, esos seres indescifrables, que insistía en descifrar estudiándolas a todas, una por una y dedicándoles atención y cuidado individuales. ¡Cuánto tenía que sufrir durante ese aprendizaje delicioso! Y le quedaban tantas por conocer... ¡Al diablo con los pensamientos desagradables que venían a molestar su calma, su tranquilidad, su seguridad nunca sacudidas hasta ahora!

Resultaba pues, que lo que esos tipos dedicados a los complejos, a los sentimientos y a las alucinaciones, habían dicho y escrito hasta la saciedad, era cierto; que los cuarentones se preocupan por la vida y la muerte y desean justificar su existencia injustificable hasta ese momento. Que entran en crisis y se preguntan cuestiones molestas, obstinadas y perseverantes y que él había caído en la trampa.

Recordó su niñez. Desgraciada y llena de dificultades. Sus padres pobres e ignorantes creían en Dios y lo hicieron que creyera y lo prepararon para ello.

Salvado milagrosamente de la contaminación del agua bendita, de la neumonía gracias a la biología pura, sin teología; traumatizado por la enseñanza preparatoria para recibir a Dios y por la escultura doliente, morada y hemorrágica de los pasillos laterales del templo, tocado directamente en el epigastrio y las corvas, por las heridas de los cristos de cañita y el boquete abierto por la lanza que un enamorado de la muerte más que de la escultura había agrandado hasta la incredulidad. Violado por la confesión de los primeros jueves de docenas de meses, frente a la despersonalizada figura ausente, identificable sólo por la voz lejana y somnolienta, aburrida e inerte. Maquinal la audición y la respuesta. Tangencial el contacto con el representante de la burocracia de Dios, ejemplar magnífico de su inexistencia o de su desinterés álgido por los animales humanos.

Recipiente de sentimientos de culpa a granel, cincelados erudita y fríamente sobre el material céreo de su conciencia de niño transparente y diáfana antes de aquel estupro; ennegrecida y opaca después de la doctrina chantajeada por plátanos y dulces, como a los monos de circo.

La comunión fue esperada con la espontánea y enamorada actitud del niño que cree, que tiene fe, que espera; y fue otorgada y brutalmente prostituida por el temblor de una mano al servicio de un cuerpo alcohólico, envoltura de un alma encanijada y

envilecida por la frustración de quien nació para lagartijo, semental o mozo de cuerda.

¡La cauda de antimilagros que sacudieron la confianza del niño! «Cuantioso fraude de un Cura a su parroquia.» «Marido que se lía a balazos con un sacerdote por la infidelidad de su mujer.» «Se derrumba un templo y mata a ochenta fieles que asistían a los servicios.»

¿Cómo explicarse la poliomielitis de los niños de grandes ojos negros, implorantes, con esa tristeza visceral: despojos humanos, miserables, obra del creador? ¿Qué Dios es éste propinado durante la infancia? ¿Que está contra las funciones biológicas y se interesa mezquinamente por la virginidad, por la masturbación, por los matrimonios eclesiásticos? ¿Que cambia toda la fundamentación original para basarla en el sexto mandamiento?

¿Y la Inquisición, las guerras, la esclavitud, las Cruzadas y los Papas?

Una vez compró un billete de lotería. Su madre le había dicho enfáticamente: al momento de pagarlo debes decir, «en el nombre del...» y ya verás. Así lo hizo, pero la virgen, nacionalista por excelencia, no podía ayudar a un individuo sin mancha mongólica cercana a la línea interglútea. Claro que no pudo explicárselo a los diez años, sobre todo después de haber elaborado tantos proyectos y hacer uso dispendioso, imaginario del premio. La bendición había sido pronunciada. Hubo confesión y comunión. Cumplió con los mandamientos de la Santa Madre. El dinero ayudaría a sus padres sin suerte; algo también para sus amigos, los más amolados. Pero, ¡se le olvidó ofrecer algo! El cohecho no intervino en sus maquinaciones. Tal vez si hubiera ofrecido un retablo, una corona, un manto nuevo... ¡Maldita simplicidad infantil!

Evocó la dulce imagen de su amigo de la escuela primaria que no fue a la clase un día. Era de veras alegre, gozoso de vivir, simpático y lleno de energía que empleaba para divertirse, ir de pinta y nadar en pozas. ¡Y con qué entusiasmo repartía trompadas! De vez en cuando cumplía con las composiciones ordenadas por maestros vestidos de negro, con casimires gruesos y zapatos agujerados, que aceptaban el miserable chantaje infantil de veinte centavos grandotes de cobre, que la madre daba para un dulce en el recreo. ¡Caray! ¿Seríamos culpables del soborno? Mejor no sumar este nuevo sentimiento de culpa a tantos ya sorbidos.

Pues bien, no fue a la escuela aquel día. Noticias alarmantes: meningitis cerebroespinal, ¿a virus?, ¿a cocos? ¡Quién diablos iba a saber! ¿Cuál sería la estructura de la molécula de las proteínas del cuerpo de Dios? Deben ser muy evolucionadas seguramente, tal vez diferentes a las de los virus y los meningococos.

No volvió más. Tampoco lo encontró entre los ángeles barrigoncitos de los templos vernáculos donde podría estar.

Una tarde llegó la noticia. Los compañeros irían a las tres, seriamente vestidos y los zapatos lustrados. Perplejos y estupefactos preguntábamos qué había sucedido, qué era eso de morirse y no volver más... ¿Quería decir que ya no le podríamos echar

porra mientras repartía tortazos a discreción? ¿Ya no haría boca de liebre durante la clase, provocando la risa de todo el mundo? ¿Qué monserga era esa de la muerte?

Ese corazón lleno de gusto, vida y energía, conquistador de mujercitas, levantafaldas de las criadas, ladronzuelo de 10 centavos de plata, pequeñitos, estéticos, ligeros, ese corazón, había dejado de latir.

¿A dónde irían a las tres de la tarde? Los maestros lo sabían, a medias y detrás de una niebla espesa. ¡Pobres diablos muertos de hambre, de treinta pesos al mes, con ropa de medio uso! ¿Qué podían saber ellos de la vida y la muerte?, ¿del alma de esos niños enviados a su custodia?

Fueron detrás de una caja minúscula, horrorosamente negra; algo iba dentro que causaba enrojecimiento en los ojos, vestía de negro a los grandes y mantenía serios a todos. ¿A dónde iría?

Tierra amarillenta, caliza y seca, penetraba por las narices a medida que la levantaban los zapatos agujerados de tantos niños, de borceguí, de los más duros y durables, que resultaban efímeros en aquellos pies de hierro, saltarines, que ahora pisaban ese lugar triste, seco, abandonado.

Luego todo fue de prisa. Un hoyo, ¿ahí lo iban a dejar?, ¿de veras eran capaces de eso? Pero, además, ¿lo cubrirían con esa horrible tierra de donde nunca saldría nada, ni un cardo siquiera? ¿Serían capaces de hacerlo esos monstruos adultos que pegan a los niños, prohíben y regañan todo el tiempo? ¿Serían capaces nuestros enemigos y verdugos de dejarlo solo, ahí? ¿Es que no era suficiente todo lo que le hacían a uno mientras vivía? ¿Cómo podían odiar tanto?

Una rabia sorda lo acogotó, quiso hacer algo para evitarlo, algo que él no sabía qué era, pero algo y pronto.

Ahora, a los cuarenta, no recordaba haber hecho otra cosa que llorar como algunos de los acompañantes mientras pensaba: Cuando él vuelva, cuando yo hable con él, le contaré todo lo que ha sucedido en estos días y en estos momentos horribles; sí, se lo diré todo. ¿O habrá que tragarse esta rabia, tristeza y miedo sin hacer nada?

Comprendió luego algo más: los éxitos de los médicos los ilumina la luna, sus fracasos los oculta la tierra.

¿Por qué llegó la tristeza a su vida? ¿No habrá forma de instalar algo electrónico, algún desintegrador nuclear en la puerta de las casas de los niños que impida, definitivamente, la entrada de esa calamidad cósmica?

Era un niño alegre y sin los repliegues de ese invento moderno del psicoanálisis. Seguro que tenía un solo plano y no había trastienda ni desván en su espíritu. Todo afloraba y era visible, de contornos claros. Le interesaba la comida y el juego; podía emprenderla a pedradas rápidamente y escalaba montículos de arena roja y escupía lodo guinda después. Era grande su afición a las resorteras y hacía cometas con

navajas gillette en la cola para cortar los hilos de los de sus amigos y enviarlos *ad patres*. Iba a la doctrina y le interesaban las picardías. No comía pelos ni se mordía las uñas... todavía.

Tenía un primo adolescente que le imprimía en el alma, con su conducta segura y decidida contra la escuela, la certeza de que era un descubridor, que ciertamente él sabía la verdad y que esa cosa del estudio podía esperar. Era un experto; su primera y única blenorragia la obtuvo entre los siete y los nueve años, con el concurso de una sirvienta fea y frustrada que lo utilizó febril, durante la primavera de cualquier año. Le duraba el producto de la epopeya cuando ya era un hombre barbado.

Éste fue su maestro y sabía entonces más que cualquiera; además tenía dinero y lo gastaba a manos llenas. El único problema con él es que era cobarde para las trompadas y huía fácilmente o bien absorbía con grave terror una cantidad impresionante de bofetadas por algo incomprendible en aquel entonces. Se engarrotaba. Ahora se le llama inhibición a eso.

El recuerdo se empeñaba en el monólogo retrospectivo:

... Mi padre tenía una tienda de esas que se llaman lencerías. Vendía poco, debía mucho y todos teníamos un apetito ciclópeo. Una vez llegó un pedido extraño para una lencería: una lata de galletas de veinte kilos o algo parecido. Fue la única ocasión y duró poco; a los tres días se agotó la lata y la paciencia de mi padre. Hubo que regresar al bolillo y olvidar esas delicadezas que no volvieron más.

El comercio que a tantos ha enriquecido y ennoblecido, arruinó a mi padre y yo nunca me lo expliqué. Años después comprendí lo que pasaba con él. Siempre vivió enamorado de la tierra, de esa masa orgánica del color de los hábitos franciscanos que huele tan bien después de la lluvia y poco después del amanecer; de esa noble transformadora de alma potente y mágica capaz de convertir cadáveres y desechos de villanos y santos en rosas de aroma inapreciable, en árboles milenarios de frondosidad generosa. Si Dios existe deberá estar integrado básicamente de tierra, firme, honrada y fiel. De ella estaba enamorado mi padre.

¿Por qué digo esto y qué tiene que ver conmigo todo lo que pienso ahora?

Tal vez yo buscaba a Dios, creía en él y lo imaginaba igual a mí y creo que existía porque nunca entorpeció mi vida, no la entristeció ni se metió conmigo. Fue mi aliado durante algún tiempo; nunca permitió que algún cura me convenciera y durante los temblores jamás intentó atemorizarme. Recuerdo aquel año que pasé milagrosamente esos exámenes finales, olorosos a pino y juncia; bien bañado, vestido con lo mejor y con el cráneo completamente vacío de las matemáticas y del pito-topi rítmico y perseverante de los primeros métodos de enseñanza. ¡No había duda! Dios tenía la textura y conformación mías, estaba conmigo.

¿Qué diablos ha pasado con Dios desde entonces?

Me abandonó una noche de indigestión; había comido un kilómetro de chorizo, mamones a discreción, chocolate espeso y quién sabe cuantas cosas más. Fue preciso recurrir a los servicios de un médico del lugar que dispuso de inmediato un lavado

purgante; médico desprestigiado, morfino-alcohólico y quizás violador de mujeres a quienes dormía de algún modo. En aquella ocasión su prescripción dio un resultado mágico y atronador; desaparecieron las alucinaciones y los vértigos, pero de todos modos me cambiaron a la recámara de mis padres para que se me cuidara mejor. La excitación hipomaniaca posterior me impidió conciliar el sueño y presencié uno de los episodios más triviales de la vida de dos adultos de sexo diferente, que viven juntos, que para ello han firmado la documentación correspondiente y que duermen en la misma cama. Los psicoanalistas llaman a ese hecho «percepción del acto primario», que en el caso tuvo un efecto secundario desusado y definitivo en el futuro de quien aquella noche fue abandonado por Dios. Sus designios son inescrutables, ¡quién lo duda!

El conocimiento como el alimento debe dosificarse en cantidades asimilables. No es saludable saltar de la cigüeña al Ananga Ranga; penetrar así, bruscamente, en la frase socorrida del Antiguo Testamento «Y conoció a su mujer...», provocó una gran tristeza que se hundió en mí, una enorme timidez acompañada de un inmenso deseo de saber. Mi vida había cambiado. Dios me había abandonado. Dios era adulto, ya no era como yo. Perdón, ambos éramos adultos.

¿Será árabe Dios?, ¿árabe-libanés?

Alí, el Maldito, de pies grandes y manos enormes, fuertes y poderosas, extranjeras en él, chaparrito, indicaban algo raro en la genética; había nacido para grandes cosas hechas con las manos: política, discursos, bofetadas y placer. Equivocadamente se hizo médico. Eligió la más pestilente de las especialidades por masoquismo y sadismo; se hizo gastroenterólogo.

Ustedes habrán oído hablar de las ideas-fuerzas; mi amigo Alí poseía ideas-balas. Soltaba las palabras como si salieran de un fusil de alto poder, al grado que podía sentirse el impacto físico y psíquico que causaban; producían moretones en quien las recibía.

Honrado hasta la perversión. Sincero como un niño de dos años, podía decir todo lo no decible, lo inaudible. Su hobby era el martirologio y por las noches el masoquismo.

Este pequeño gran hombre era una fuerza natural desencadenada y formidable. Tenía dentro al Diablo y a Dios. Era capaz de arrastrar su humanidad en condiciones alarmantes de salud soportando cualquier padecimiento doloroso y mutilante, con el objeto de atender a un paciente que con toda seguridad sufría mucho menos que él en ese momento. Cobraba poco y ocasionalmente nada; pero hablaba mucho y eso era definitivo: donde ponía el ojo ponía la lengua y donde eso ocurría, escocía, levantaba ámpula.

Tenía al Diablo del Líbano y al Dios de los sirios colateralmente colocados. Era capaz de cualquier cosa por salvar una vida. Odiaba a quien no lo necesitara o

recurriera a otro siendo su cliente o su amigo. Cuando se disgustaba podía decirlo todo. Describía con entusiasmo el lunar de una mujer virgen, y hablaba de los padecimientos de sus clientes y amigos y por supuesto de sus enemigos con una simplicidad aterradora.

Había salvado miles de vidas donde otros habían fracasado y habría matado millares si hubiera convertido en realidad lo que decía. Su encarnación del diablo era un poco trasnochada y actuaba en una forma característica: provocaba estampidas en los seres ingenuos y sencillos. Los adolescentes eran magnífico pasto para la conquista que hacía de sus almas, a quienes compraba con una elocuencia y una dialéctica irrefutables. Se apoderaba de ellos, los retorció, jugaba un poco a lo Sócrates, con la diferencia de que Alí sí sabía mucho. Envolvía a todos con una argumentación penetrante y cierta parcialmente, los conmovía. Luego los enviaba al infierno, esto es, a la realidad.

Pero no se conformaba con la palabra; actuaba, bailaba y se desnudaba parcialmente provocando la perplejidad de sus amigos. Aun en los lugares de mayor postín no podía controlar al diabólico personaje que lo sacudía y lo enviaba a trabajar. Se desnudaba paulatinamente y expresaba con su danza lo que nunca podría decir bastante: su agresión hacia el mundo exterior y hacia las gentes serias a quienes despreciaba profundamente. Como diablo que era conocía perfectamente la escasa sinceridad de tales personajes de opereta. En ademanes indescriptibles mostraba la cesárea que le sacó a Dios de dentro. Se quedó tan sólo con el personaje de las tinieblas que provocó mil y una dificultades a sus conocidos y amigos. Algo se desbordó en cuanto lo operaron; se salió algo y se metió algo. Menudearon los bailes, las borracheras y los insultos, las estampidas estuvieron a la orden del día. Se peleó con su jefe inmediato por cuestión de principios. Eran principios del fin. Aunque la razón parecía justa, podría decirse de aquella pelea lo que se atribuye a Paracelso en relación con las dificultades entre el Papa y Lutero: «Dos ramerías discutiendo de castidad.»

Expresaba agresión con la danza, y burla por los principios de etiqueta y educación que pilotean nuestra sociedad y evitan su desplome y hundimiento.

Este hombre era un hablador profesional, un «lingüista». Poco después de la intervención mutilante a la que fue sujeto, entró en crisis de angustia por destabaquización y entonces buscó ese instrumento moderno de tortura que consiste en hablar, hablar y hablar. Alí estuvo en su elemento mucho tiempo; nunca creyó en el psicoanálisis al que se había sometido y pensó que lo que le sucedía de verdad, lo que estaba obstaculizando su categoría de lingüista era... ¡los dientes! Se ingenió para hacerse de una piorrea y con toda justificación le extirparon toda la dentadura y se sintió liberado. Mejoró la mecánica de las palabras que salían sin impedimento alguno, con facilidad, sin estorbo; ahora su arma era más eficiente, se había convertido en una lengua de poco más de cien caballos, en una *bazooka* que arrojaba bombas de curare. El análisis se suspendió porque no había hombre con la capacidad

suficiente para seguir las asociaciones libres a esa velocidad de proyectil interplanetario. Venció al analista y se retiró satisfecho. ¡Nadie podía con él!

—Yo soy Alí el Maldito —decía—, de la tribu de los irredentos. Mi tienda del desierto es negra, estoy solo, mis camellos han muerto de sed. Mis hombres han sido muertos a cuchillo, uno a uno. Mis mujeres han sido cohabitadas y violadas por mis enemigos, una a una frente a mí. Estoy fuera de la ley de Mahoma, nada tengo que ver con los siete cielos de Alah. No tengo qué comer. Mi tienda es negra, todas las colgaduras de mi tienda han sido robadas. Mi barba ha pasado del negro al gris y del gris al blanco. No queda una sola gota de agua en mi copa. Mis camellos han muerto de sed a la puerta de mi tienda. Mi tienda es negra y estoy solo. Mis mujeres han sido poseídas por los miembros de otra kabila. Tengo sed. Alah ha muerto para mí. Yo soy Alí el Maldito con un alfanje en la mano y dispuesto a malar.

—Se ha dicho que a la cúspide de las montañas más elevadas sólo llegan dos animales: el águila imperial que vuela con sus enormes alas —lo que no tiene mérito alguno— y las serpientes que se arrastran y son devoradas al llegar a la cumbre por esas mismas águilas.

—Yo digo que ninguno de los dos tienen mérito; sólo los machos cabríos, de grandes barbas llenas de cardos y de polvo, con las rodillas sangrantes, las pezuñas abiertas y llenas de heridas, las corvas lastimadas y rotas, el cuerno astillado, que llegan a la cumbre después de un esfuerzo inmenso, llenos aún de energía, de dolor, de sacrificio. Que luego luchan entre sí a topetazos por la posesión de la hembra que, al igual, ha subido y los observa espectante, y ante la posibilidad de ser poseída, se emociona e interroga con la mirada la identidad del que la violará y será su dueño. ¡Ellos sí tienen mérito! Si pudiera escoger sería macho cabrío, salvaje, para subir dejando pedazos de pellejo en el camino áspero, árido, difícil y cortante, con las rodillas sangrantes, las pezuñas mutiladas, los cuernos astillados, las barbas sucias y manchadas, llenas de cardos, los testículos colgantes de antología y oliendo a esmegma y a cabrón magníficamente.

—Viajero amigo: recuerda que un simún pasó por tu casa y no te hizo daño, tan sólo dejó unas cuantas partículas de arena. Recuérdalo, pasó por tu hogar y no te hizo daño; recoge esas arenas y exprésalas como quieras.

Alguna vez soñó con ser pepenador en Vladivostok.

Masoquismo asociado a la dignidad y al orgullo. Honradez violenta y agresiva asociada a un interés definitivo por la vida humana. Ternura maternal e integridad de acero sueco; todo ello hace una combinación extraña que origina un producto fuera de lo habitual: Alí el Maldito.

Había nacido para manejar cuadrigas romanas o luchar frente a Troya al lado de Aquiles. Era una mezcla de éste con Ulises y Áyax. Su ambición y la intensidad que ponía en su vida no tenían límite. Si me hubiera escuchado compararlo con todos estos mequetrefes, habría dejado de hablarme por el resto de sus días.

Amigo de la brutalidad, era dulce como una paloma y capaz de acariciar a una viejecita sufriende de diabetes y artritis, de cáncer, con una finura y delicadeza increíbles, con esas manos que Belcebú le había dado para acariciar mujeres y manotear un discurso político.

Su lengua acidulada servía para impregnar de coraje y valor a los enfermos agonizantes, a quienes insultaba y de quienes se burlaba, logrando hacerlos sentir que la muerte estaba lejos; ¡cómo creer que estaban graves, cuando lo veían tan seguro, tan insultativo y desconsiderado con ellos!

A todo mundo curaba poniendo lo mejor de su ciencia y su arte que mostraba a raudales y que hacía quedar muy mal a otros médicos. Al terminar, representaba la escena del templo y los mercaderes: los arrojaba a latigazos, regalándoles su trabajo sin aceptar remuneración alguna. En ese momento era como Dios, daba la vida gratuita y estaba en la cumbre; su sentimiento de inferioridad se esfumaba y sólo quedaba el chaparrito omnipotente, profundamente humilde y desinteresado.

Naturalmente tenía a su Dios, *sui generis*. En la escala de los valores humanos —decía rascándose la punta de la nariz con el labio inferior, y ya para entonces había trasegado media botella de cognac de buena factura—, considero que la más baja jerarquía, lo que equivale al infierno, es la realización de la homosexualidad, que sería el diablo de las religiones convencionales. En la escala superior, en la cúspide, está el valor óptimo que el hombre puede alcanzar: la realización heterosexual. Si el Diablo es la homosexualidad, lo más destructivo que el hombre puede elegir, es consecuente pensar que el valor mayor, Dios, será una mujer; ¡sí!, Dios tiene que ser femenino. La comprobación es fácil; yo adoro a las mujeres y me dejaría matar por ellas; el placer mayor para un creyente es ver a Dios, estar en Dios, vivir en Dios. Yo quisiera verlas, estar en ellas, vivir en ellas, lo que me daría el placer máximo, infinito. El alma femenina es el complemento necesario y lo que mejor se adapta a lo masculino. Dios es mujer sin duda. Dios es femenino, ¡Amén!

Yo no podía entender por qué razón Alí bailaba, se desnudaba y mostraba el trasero haciendo un baile español extraordinariamente agresivo y entraba en trance con el alcohol excitándose progresivamente cuando el público respondía. Iba lenta pero indefectiblemente al éxtasis exhibicionista, que incluía el holocausto final de sus

amigos a quienes destruía por medio de una tempestad condensada en vocablos tóxicos; hasta que me percaté que no bailaba para alguien sino sobre alguien. ¿Sobre sus padres, de quienes decía que alguna vez habían bailado sobre él durante una bofetiza despiadada que él había asimilado parsimoniosamente, pero con el diablo meciéndose dentro? Fue luego ¿que se lanzó a la política estudiantil contra el gobernante inefable que odiaba la educación? ¿Sería aventurado pensar que se dedicó a odiar a todos los hombres colocados por arriba de él, en cualquier situación? ¿Bailaría mi amigo Alí, simbólicamente, sobre sus paternos enemigos cada vez que podía?

Este teórico del amor, de la vida, de la política y de la destructividad, se regocijaba con coitos homéricos y alardeaba que con la poda de la intervención quirúrgica había aumentado su potencial en línea de gráfica ascendente y que esperaba mantener en meseta durante los siguientes cincuenta años.

Se nublaban su felicidad al escuchar mi teoría sobre el sexo: —Cuando vienes al mundo traes una dotación precisa en números inmodificables, que podrás practicar durante tu permanencia en este planeta. Cada uno sabe o no, lo que hace con esa dotación. Se puede vivir dispendiosamente, engolosinándose, o, lo que filosóficamente podría decirse, gastar pólvora en pájaros prietos. O bien, se puede vivir con sabiduría, reglamentándose y colocándolos de manera que se aleje en forma importante el momento más grave para la vida de un hombre narcisista: cuando por vanidad prefiere que las mujeres le digan que no.

Le hice un cálculo aproximado y sólo le quedaba para el miércoles de ceniza. Creo que fue la ocasión en que perdió el apetito, dejaron de gustarle las feas y como antídoto ingirió varias docenas de ostiones montados sobre nueces y pistaches. ¡Perdóname, Alí, el mal rato! Sufrió un ataque de bradilalia complicado con estrefosimbolia.

Todo lo ocasionó una reacción mía, hostil, ante la petulancia de mi amigo que suponía ser el único hombre capaz de conducir a una mujer por la senda dulce del orgasmo, que sólo él conocía el secreto de los encuentros entre Salomón y la Reina de Saba: la ingesta de la infusión del producto de la raspa del hueso de la picha del tejón. Pero no terminaba ahí; también era el único enterado del resultado real de la acción del Odiseo de Kasantzakis sobre Helena durante su marcha hacia la Antártida.

No era fácil entender cómo podíamos ser amigos Alí y yo. Por ese entonces yo me ocupaba del descubrimiento máximo del siglo XIX: el inconsciente. Pasaba horas y más horas encerrado en una habitación escuchando siempre; afuera el sol brillaba esplendorosamente y la gente se quemaba la piel y sentía vivir. Lo mismo en invierno que en primavera, escuchaba constantemente lo que querían y tenían que decirme los seres humanos que necesitaban ayuda en una y otra forma.

El cielo seguía estando ahí, prodigándose dispendiosamente, el sol hacía su ciclo

imperecedero y yo era el hijo natural pero ilegítimo de este mundo lleno de fuego y de vida, de frío y llovizna, de olores pestilentes y aromas de hueledenoche. Me sentía en ostracismo y castigado por una profesión que me hacía permanecer en la cueva oscura y fría, que, además, me conducía a otra región aún peor: el inconsciente. Éste me producía temor y temblor, perplejidad y una sensación de acercarme al infinito, al infierno, al final de toda esperanza; recibiendo, inmutable, la tragedia plena, objetiva y cruel, sin remedio y sin salida.

No vivía metido en la vida de mis semejantes; vivía en su desván. Entre cachivaches antiguos e inservibles, donde ocasionalmente saltaba una rata o una tarántula que a ambos nos asustaba y detenía nuestra respiración. También descubríamos alguna descompostura en el avenamiento, que nos ensuciaba y cuyo olor difícilmente soportábamos ambos, aunque a mí no me producía rubor.

Metido en la trastienda del hombre, descubría todo lo grave de la vida humana, encontrándome a cada paso con algo indescifrable. Sin luz ni hilo que ayudara a nadie a salir, aquel laberinto sorbía mi vida y la convertía en permanencia subterránea, abandonado a mis propios recursos cumpliendo una larga condena en aguas profundas y ajenas.

Al abrir la puerta que daba entrada y salida a quienes iban en mi busca, tenía un acceso de parpadeo a lo que la vida ofrece a quienes no se meten con el inconsciente y lo dejan en paz.

De manera distante Alí y yo nos ocupábamos de lo mismo. Nuestro interés mutuo era el hombre, ese minúsculo ser que había sido creado de manera unitaria e individual. ¿Cómo no ser narcisista cuando lo ha creado a uno Dios igual a él?, ¿uno sólo? Si Pitágoras no se equivoca sólo había dos: Dios... y Dios. Perdono a los hombres sentirse como dioses porque lo son y no tienen la culpa de que alguien los haya soliviantado de tal manera. Traen dentro ese germen de omnipotencia y de grandeza que probablemente es el pecado original y no otra cosa. Toda la evolución humana conduce a la obtención de la humildad. A la curación del narcisismo, de su omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia. La salud del género humano podrá conseguirse cuando el hombre haya matado al dios que tiene dentro, el que funciona como tal y lo hace enormemente narcisista, claro, con narcisismo teístico. Para que el hombre logre convertirse en ser humano, debe despojarse de Dios y elaborar sus atributos, los que le pertenecen y le son propios; mientras vaya a la deificación irá a la destrucción de sí mismo en holocausto a Dios.

Con actitud sádica, con una incredulidad de la grandeza del hombre y acerca de su ascendencia paterna divina, Alí se ocupaba de dos de los orificios humanos en su aspecto fisiológico. No hay dignidad por grande que sea —decía Alí— que permanezca intacta después del pujido clásico para mostrar las almorranas. Señorones y señoronas habían de desnudarse, colocarse en decúbito y mostrar el trasero, para sentirse arrojados del paraíso social; ¡habían perdido intimidad, fachada e identidad! No había majestad ante el gastroenterólogo, lo que le confería una sensación de

grandeza basada en la humillación de los demás. Llegaban convertidos en dioses y pocos minutos después estaban convertidos en piltrafas avergonzadas mientras el Maldito Alí cantaba victoria como los gallos al amanecer porque habían hecho salir el sol.

Yo trabajaba con una gran dosis de escepticismo; estaba preparado a aceptar la idea del Antiguo Testamento, la tesis del pecado original. Cuando alguien penetraba al cuarto de trabajo, estaba dispuesto a ver brotar lentamente, en mi presencia, los cuernos que lo identificarían con Él, en el centro de los infiernos, todo pestilente a azufre. Un cliché más que confirmaría lo conocido y repetido desde muchos siglos antes.

¡Pero no pasaba nada! Los que me buscaban estaban enfermos porque entre otras cosas preferían hacerse daño que dañar a los otros. Las mujeres preferían enfermar de ataques y parálisis antes de entregarse al placer sexual con la persona amada porque no llenaba las exigencias familiares o sociales o ambas.

A algunos se les paralizaba un brazo para no dejar caer con toda su fuerza el puño sobre la cara del padre brutal. Otros vomitaban porque no podían aguantar la mentira, el engaño y el abuso. Alguien no podía deglutir el fraude y hacía anorexia nerviosa. Mi laboratorio era algo asombroso y, o seguía trabajando estúpidamente o cambiaba radicalmente mi concepción de la estructura humana básica y le concedía, cuando menos, un porcentaje importante de bondad.

Eran dos mundos. Distantes uno del otro, sólo en apariencia. Alí, por ejemplo, era precisamente uno de los magníficos ejemplares que yo podía añadir a mi lista, pero él no estaba dispuesto al experimento por segunda vez. Después de todo era privilegio suyo hacer lo que quisiera de su vida. Incluso destruirla.

Por un momento Alí estuvo a punto de lograr la consumación. Parecía cercana la apoteosis y el sacrificio máximo, su propia destrucción en holocausto grandioso, solo, abandonado por todos sus amigos y clientes agradecidos. Además, por ambivalencia, le produjo dolor y rabia insoportables, con una sensación de impotencia y derrota, el ser escarnecido por sus enemigos. Quiso salvar un principio de justicia, de solidaridad y amor hacia los miserables de su hospital, su sitio de trabajo donde daba lo mejor de su vida, muchas horas de labor, una gran estimación y respeto por quienes, enfermos y derrotados económicamente, necesitaban del concurso de ese personaje de epopeya, sólo existente en la mente de los novelistas. Él era de esos contados seres que aman a los pobres y sufrientes, apaleados por la vida que nunca responde a nuestras preguntas y que no las admite siquiera. Sentía la humillación, el dolor y el ridículo en forma hiperestésica. Amaba profundamente aquellos cuerpos encogidos sobre las camas, dolorosos y malolientes, flacos hasta la incredulidad, amarillos de ese color de bilis derramada en la sangre de los pobres, de los infelices y miserables, que la naturaleza otorga a los que tienen que pedir limosna para calmar su

dolor y curar su enfermedad.

—Me dedico a la mierda ¿sabes?, porque el mundo está lleno de eso. Imagino el fin del mundo como una orgía diluvial de mierda, ahogando a todos los que usan perfumes y pieles, automóviles kilométricos y chequeras repletas, baños de mármol y jabones diamantinos; ellos serán ahogados por una ola de cuarenta codos de mierda que vendrá lentamente haciendo olas, ¡y no habrá arca!

Este Maldito era un inconsciente puro sin censura, que deseaba ayudar a los naufragos de la vida que se fijan a una tabla cualquiera que flote. Él era un madero magnífico... tan sólo cariado en el centro por la polilla alimentada durante la infancia, durante su trato con aquello que estorba el camino del hombre hacia la madurez: el hombre mismo, el del Génesis y el Diluvio en sus dos expresiones, hombre y mujer sustentados por la autoridad de la procreación: Padre y Madre.

Cuando se lanzó a la batalla iba a salvar al género humano. De él dependía la vida y la salud de cientos de hombres, el porvenir de su hospital. Al principio le interesó ganar esa lucha y destruir a su oponente, logrando el beneficio para los necesitados y el éxito personal. Abandonado por sus amigos, permaneció solo y fue vencido. Sintió odio enorme por quienes deberían corresponder a sus ideales y luchar por ellos, ayudándolo. Convencido de su fracaso, de que estaba solo contra alguien más fuerte, se llenó de amargura y gratificó su masoquismo, relamiéndose ante la idea de que pronto alcanzaría el éxtasis: crucificado, solo ¡por salvar al género humano! Era una realización incomparable; ya que no había podido vencer a sus enemigos desde el punto de vista de su propia realidad, éstos, sin quererlo, lo habían conducido hacia el martirologio, la consumación, la muerte entre rayos, truenos y oscuridad pesada e intransitable; se abriría el cielo y su padre desde allá le diría orgulloso: ¡Es mi hijo!

Entonces me buscó. El destino se había burlado de él. Instantes antes de la crucifixión, su padre había dictado contraorden: se cambiaba el Monte Calvario por un hospital de prostitutas con problemas ginecológicos. Tan sólo se cambiaba un orificio por otro.

Se había cometido una injusticia secular y otra celestial. Nunca se había desaprovechado de manera tan estúpida la naturaleza humana. Allí era un gran personaje para ambas posibilidades: realización secular de Jesús y realización celestial de Jesús. ¡Era simplemente una pifia más de la omnisapiencia divina! Decididamente Dios era una creación humana y necesariamente sujeta a la imperfección del hombre mismo. Era irreal y necio pedirle más.

Nunca estuvo hombre alguno más cercano a la divinidad y la esencia misma de Dios; todo fue cuestión de orificios. Cinco a Cristo, dos al primitivo Alí, uno solo al Maldito Alí descrucificado.

Unos días después de la escaramuza del hospital, Alí saboreaba la derrota fervorosamente. Un sabor amargo lo reconciliaba con la vida. Su mundo se derrumbaba estrepitosamente y escalaban el poder los fariseos mientras Alí deambulaba descorazonado y orgulloso de su soledad y su abandono.

De pronto recordó que necesitaba comprar algo y penetró a una zapatería; una empleada se aproximó solícita y preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Necesito un par de zapatos.

—¿Qué número usa usted?, ¿en qué color?

—Color negro, del seis y medio, aunque mi número es del siete y medio.

—No comprendo, señor, si calza usted del siete y medio por qué debo traerle un número menor.

—No se preocupe, señorita, tráigame lo que le pido.

La empleada confusa se marchó a la trastienda volteando a ver un tanto perpleja a su cliente. Al cabo de unos minutos, regresó trayendo un par de calzado negro del número solicitado. Pidió a Alí que se sentara, y trató inútilmente de introducir el pie derecho en el zapato. Fuerza, masaje, calzador, truco; finalmente triunfó la vendedora, que ya estaba a punto de caer desmayada.

Alí estaba rubicundo, con un rictus de dolor que disimulaba cuidadosa y artísticamente. Sonrió y le dijo: —Éstos me quedan perfectamente bien, me los llevo.

Ella lo miró atónita; recibió el importe, fue a la caja y regresó con el paquete conteniendo los zapatos viejos. Le entregó su paquete y le dijo: —Felicidades, señor, y muchas gracias; pero, sería tan amable de decirme ¿por qué si calza usted del siete y medio, compra del seis y medio?

—Mire, señorita, la cosa no tiene ningún misterio. Tengo cuarenta y cinco años aproximadamente; soy médico cirujano a la fuerza, porque mis intereses eran otros. Tuve una infancia desgraciada, me castigaron mucho mis padres, en la escuela me decían turco y se burlaban constantemente de mi nariz. Me metieron a la cárcel, las muchachas no me hacían caso, perdí una oposición en la Facultad por influencias que favorecieron a otro. Mi esposa no me quiere, tan sólo me soporta. A últimas fechas han ocurrido sucesos muy desagradables dentro de mi trabajo y fuera de él, y mis amigos me dejaron solo. Fui maltratado por las autoridades médicas superiores en jerarquía y todo, en mi vida, desde el principio hasta hoy, no es sino un conjunto de episodios depresivos, tristes y dolorosos. No tengo un momento de alegría, nada me causa placer, todo es motivo de desasosiego y desesperanza. Mi única compensación es llegar a mi casa por la noche, sentarme a la orilla de la cama y quitarme los zapatos.

Me molestan los comerciantes, por quienes secretamente siento envidia. No puedo aceptar que esa clase, importante en la actualidad como la que más, esté integrada por advenedizos arribistas y toda clase de fracasados. La inteligencia extraordinaria de muchos hombres no les sirve sino para vivir a duras penas y con enormes limitaciones; se mantienen a la zaga de los listos y bien relacionados. Algunos de los exponentes magníficos del ser humano desde el punto de vista moral, cultural, viven limítrofes a la inanición y con una escasez rayana en la miseria.

Hablo de toda clase de comerciantes: del francés elegante, frío y despreciativo — caballero de las finanzas—, del banquero tradicional, heredero de influencia y apoyo paternal y social, del fabricante asociado al político de hogaño lleno de poder, todo colateral a los dispositivos legales. Del gran industrial ampuloso, socialistoide de mente flexible y ágil, cuyo dinero está más o menos impregnado de explotación, abuso, expoliación y truculencia.

Todos ellos comen bien, beben mejor, han monopolizado las mejores amantes, los barrios lujosos y exclusivos, pasean *ad libitum*, sin taxativas, tienen todo en abundancia y dispendioso. Ellos desconocen las privaciones y la elección, el sacrificio de una cosa por otra; su mundo es un inmenso escaparate en que indican lo que desean; poseen la lámpara de Aladino, manejan la magia de nuestra época a voluntad.

¿Qué les queda a los pobres diablos del profesionalismo? Ni siquiera atenderlos, ya que una jerarquía conduce a la otra; sus médicos también son industriales, élite, los trescientos... se entienden perfectamente entre sí, son unos para los otros.

Te aseguro, por otra parte, que no me falta la capacidad necesaria para proponerme buenos tips, formas de obtener ganancia legítima, empleando la inteligencia. Si ésta sirve para comprender el P. H., las funciones hepáticas y el *stress*, también servirá para obtener ingresos acumulables.

Quizá deba transmitirte mis pensamientos al respecto, que llevan senderos variados: yo he descubierto un negocio que no se le ha ocurrido a nadie antes: los laboratorios practican con frecuencia espermocultivos y exámenes de vitalidad de espermatozoides en fresco; todo esto es causa de enorme molestia, humillación y sensación de infantilismo, regresión e indignidad en los individuos que deben sujetarse a una exploración de esa clase. Tú sabes que es menester que se encierren a solas en un lugar oscuro y aislado, donde los dejan con su conciencia y la obligación de producir sus espermatozoides a como dé lugar. La mayor parte recurre a la masturbación que retrotrae al paciente a los felices trece años de la juventud; puede ocurrir que el dueño del laboratorio clínico le entregue unas postales pornográficas victorianas, sin verlo de frente, o bien que las haga pasar por debajo de la puerta.

Ambos se sienten mal y cuando todo ha terminado, peor. No se miran sino de soslayo, como si hubiera un secreto vergonzoso entre ellos.

Mi proyecto es simple, como el monopolio de las rocolas. Si alguien necesita practicar uno de esos exámenes, me habla por teléfono, me dice el tipo de individuo

que se presentará al laboratorio, la hora y el día; a esa misma hora y ese mismo día, tendrá toda arregladita, la caja de Petri, o como quieras llamar a la rubia, morena o pelirroja, bien dispuesta a evitar la regresión del sujeto, la humillación y el embarazo del laboratorista y laboratorizado.

¿Qué te parece mi talento comercial? Cientos de laboratorios sujetos al beneficio de un criadero de cuyos, conejos o ratas blancas si lo prefieres.

¿Cómo es posible que esos comerciantes de mentalidad tan próspera no hayan pensado en el negocio de proporcionar muchachas adecuadas a cada cliente de espermatoscopia, para evitar todo el sinnúmero de molestias y dificultades que ocasiona la vuelta a la segunda infancia?

Estoy seguro, además, de que los hombres acabarían acostumbrándose a la triste idea de que valdría la pena practicarse exámenes periódicos como en la diabetes, digamos, cada treinta días. Sería un negocio que se autoalimentaría, limpio, insospechable. Los estériles, los sojuzgados, especialmente, me asegurarían una estatua en el curso de los años. «Justificador ético-científico de la infidelidad.»

—Mejor di, «apóstol del burdel científico».

Con motivo de su aparente derrota, algo ha cambiado en la vida de Alí. Ahora le interesan también los poetas y la Biblia. Cada vez se introduce más en el espíritu de García Lorca y los Testamentos y analiza mejor los símbolos que en ambos son insuperables.

Sus metas son diferentes. Sin sentirlo él van dirigiéndose hacia la obtención de una madurez significativa. Lo que antes era un juego, motivo de burla, escarnio y crítica, ahora cobra seriedad, sentido y enseñanza.

—¿Sabes una cosa? —me dijo—, ahora sí comprendo a Caín. Siempre fue un enigma para mí el hecho de que Dios despreciara sin razón alguna su ofrecimiento y tampoco diera una explicación satisfactoria mostrándose injusto con él.

—Yo estaba dispuesto a sacrificarme para beneficio de mis semejantes. Tenía la estructura necesaria para hacerlo, estaba dispuesto, y ya ves; todo falló y degeneró en una pachanga ridícula.

—Pero, Alí, ¿qué tiene que ver esto con Caín?

—Es muy simple. Nadie puede comprender la conducta de un Dios que recibe un obsequio, el mejor que alguien puede darle y, ello no obstante, lo rechaza, aceptando lo que otro le da, que no parece mejor o peor que el anterior. Visto como un acto aislado no tiene razón, pero en realidad debe ser comprendido como el contexto de algo total: Dios ha castigado a Adán después de haberlo creado a su imagen y semejanza; lo castiga entre otras cosas, mandándolo a trabajar: «Maldita será la tierra por amor de ti; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinos y cardos te producirá, y comerás hierba del campo.»

—Dios ha castigado al hombre y Caín era el producto de haber conocido Adán a su esposa; nace después de su expulsión del Paraíso. Luego nació Abel, segundo hijo de esa unión. Caín ofrece a Dios el resultado del castigo. Abel ofrece la carne de un animal de los pastores, de lo no maldito por Dios. Abel es un miserable muerto de miedo, que conserva la maldición como una amenaza y trata de granjear la voluntad del déspota que castigó a su padre y a su madre con toda la especie; chantajea a Dios obsequiándole algo que aparentemente no se relaciona con el castigo fundamental impuesto al hombre. Es servil, indigno; estoy seguro que de él descienden los burócratas y todos los testaferros de los individuos con poder, a quienes sirven en forma humillante, buscando siempre la aprobación.

—Caín no podía desconocer lo que había ocurrido con sus padres; sabía seguramente que entre los castigos estaba el de su procreación y nacimiento. Ofreció a Dios justamente el producto de la tierra, que había maldecido por la rebeldía de su madre y la obsecuencia de su padre hacia ella. Caín, que fue un trabajador de la tierra, ofrecía lo mejor de lo que ella producía a quien había tratado mal a su madre y parecía, en realidad, la figura fuerte del Universo, la imagen del padre autoritario irracional. Caín le llevó a la divinidad lo que producía con sus manos, con su trabajo,

con lo que se alimentaba; cumplía el castigo y justificaba su existencia. Le llevó el producto de la tierra que Dios había declarado maldita. ¿Podría concebirse una actitud más valiente, fiera y temeraria?

—No olvides que Caín no era hijo sino nieto de Dios y que no había entre ellos confianza o trato alguno; con el hijo es más directa la relación, mayor el sufrimiento por lo que le suceda. Caín era extraño a Dios, desconocido, pecaminoso y producto de un castigo, ¿qué oportunidad tenía su rebeldía de ser tomada en cuenta?, ¿bien recibida?

—Dios sufrió el impacto del insulto de la actitud abierta, franca, y resuelta de Caín. Se le llevaba la primera muestra de que la tierra podía producir beneficios con el amor de un hombre trabajador, esto es, que podía no ser castigo trabajarla. Se le llevaba lo que Él odiaba y había utilizado para vengarse del hombre. Alguien lo desafiaba y le traía el producto de su error.

—Como podrás ver —continuaba Alí—, Caín es un verdadero rebelde, valiente y no le teme a Dios. Es asombroso ver cómo no acepta diferencia alguna frente a Abel. Es un hombre que da lo que puede y lo que tiene. Dios expresa grave desprecio por la tierra y sus productos, colocando a los animales del pastor en un lugar más elevado y aceptable.

—La verdadera separación entre Dios y el hombre se instala a partir de Caín, que se va solitario, que no lo necesita más. Algo cambia luego: con uno de sus descendientes indirectos, Noé, Dios firmará un trato en forma de compromiso: el hombre no volverá a matar. «Estableceré mi pacto con vosotros y no fenecerá ya más toda carne con aguas de diluvio; ni habrá más diluvio para destruir la tierra. No tornaré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud: ni volveré a destruir todo lo viviente, como he hecho.» (1-9 y 21-28. *Génesis*).

—Caín se ha enfrentado y ha vencido a Dios. Nunca más volverá el hombre a ser dependiente directo como una criatura. Se inicia un periodo de liberación de la imagen del padre iracundo y autoritario. De ahí en adelante la historia del hombre es un ensayo de independencia y autoafirmación, con alternativas y variantes que no disminuyen la validez del esfuerzo.

—Observa como el primer acto de rebelión perpetrado por la mujer es proseguido por uno de sus hijos a quien Dios castiga rechazando la muestra de su amor; pero no lo destruye, como tampoco lo hizo con Eva. Hay algo en la actitud de Dios que resulta alentador; respeta en cierta medida al rebelde.

—Y fíjate como el Dios salvaje, primitivo, brutal de los primeros tiempos se va dulcificando poco a poco. El que argumenta con Jonás y sonrío ante la cólera de Job, ya no es el mismo. Está muy lejos del original y continúa transformándose hasta llegar el momento en que justifica su existencia, se reúne con el hombre en un momento y en un individuo; en esa síntesis está la comprobación de la existencia de Dios: Jesús ahora es Dios para los hombres y para Dios. Este nuevo Dios debe haber

exclamado durante la consumación: «Ahora sí existo, ahora soy, gracias, Jesucristo, por haber demostrado con tu vida y tu divinidad que yo soy, que existo, ¡gracias, padre!».

—Lo dudas, ¿verdad? Es tan diáfano todo: durante miles de años todo se orientó hacia la búsqueda de Dios, de comprenderlo e identificarlo; no fue posible aunque se fue elaborando lenta pero seguramente la materia de la que debería nacer Dios. Jamás se dieron las condiciones precisas y el momento indicado antes del nacimiento de Jesús de Nazareth.

Ante mi asombro, Alí prosiguió: —Tú no puedes explicarte esto porque posees como la mayor parte de la gente un pensamiento convencional, estereotipado —aquí el Maldito Alí se estaba metiendo en mi campo de acción.

—Sí, como lo oyes, estereotipado. De no ser así comprenderías fácilmente que el Dios de los primeros tiempos y del Antiguo Testamento, no es Dios, es tan sólo un hombre bivalente, bipolar, dicotómico. Dios creó el universo en seis días y descansó el séptimo, semana hebrea; de haber sido en la época moderna todo lo habría realizado durante una semana inglesa, ¿o no? Es un Dios primitivo sujeto a influencias humanas también primitivas: no empleó el calendario gregoriano porque no había sido descubierto aún; se cansó en seis días de trabajo, pretendía una vida ilusa de laxitud y pereza y al fracasar racionaliza su fracaso y castiga a alguien, le echa la culpa a la serpiente, a la mujer y finalmente, sin poderlo evitar, al hombre. Justifica el placer sexual al través de la procreación. Castiga y destruye a millares de seres satisfaciendo su odio y cólera y así sucesivamente.

—El Dios confuso y desorientado de los primeros tiempos da traspiés tratando de encontrar un hombre que lo justifique. Una conducta que lo enorgullezca. Actúa de pronto como un padre bondadoso y lleno de sentimientos de culpa. Luego es un bárbaro que golpea brutalmente sin considerar donde da. ¡El criminal más grande de la historia y el menos justificado!, mejor dicho, jamás se preocupó ni le importó justificar nada.

—Prefiere gente sin dignidad, por ejemplo, Abraham, que hace pasar a su mujer Sarai y luego Sara como su hermana para salvar el pellejo. Permite que le sea infiel, como cualquier *souteneur* ¡dos veces, para que no te enredes!

—Y luego ese asunto de los hijos de Jacob. Sugiere la circuncisión de tantos hombres para emprenderla después contra ellos pasándolos a cuchillo, mientras está en su apogeo la inflamación prepucial. ¿Qué me dices?, hasta la cirugía empleaba para conseguir sus propósitos.

—Tú, psicoanalista ingenuo, has perdido un punto de vista inicial que era pródigo en posibilidades para comprender el problema de la pérdida del Paraíso: como tú deberías saber, la serpiente es un símbolo fálico.

—Bueno, en el sentido estricto ortodoxo.

—Pues bien, la serpiente tienta a Eva y ésta convence a Adán para que la secunde. Al castigarlos Dios dice a la mujer: «Multiplicaré en gran manera tus

dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos y tu marido será tu deseo y él se enseñoreará de ti»; o «tu voluntad será sujeta a tu marido». Todo este castigo está relacionado directamente con el sexo y la realización del placer sexual y sus consecuencias.

—Como verás fácilmente a pesar de tu miopía intelectual y dentro de tu propia especialidad, la tentación debe ser atribuida a Eva, que se interesó por la serpiente, falo de Adán, y después se dieron cuenta de que estaban desnudos. O bien, la lascivia, el deseo hizo presa de Eva, ésta convenció a su hombre y entonces fue cuando se enteraron de que estaban desnudos y ella se sintió mancillada; la sugerencia del Génesis es clara: percepción de desnudez, tentación de la serpiente. La mujer inicia. El hombre acepta. Dios los descubre. Castiga a Eva con lo relativo al producto del acto que habían hecho a los ojos de la divinidad, mejor que a sus espaldas; viene entonces el castigo del parto, preñeces y todo lo demás. El siguiente capítulo dice: «Inmediatamente el resultado de conocerse hombre y mujer: la concepción y el parto de Caín.» ¡Cualquier juez aceptaría la evidencia como concluyente!

—Puede ser.

—No hay razón alguna para seleccionar a la serpiente como animal inteligente por excelencia; si se le toma como un ser dañino, venenoso, peligroso, podría ser, aunque se estaría exagerando considerablemente. Debe pues comprenderse simbólicamente y no de otra manera.

—En los primeros libros del Antiguo Testamento, se le confiere una importancia suma a la desnudez, a la relación sexual, al hecho de parir, al adulterio, a la relación incestuosa y a la esterilidad. Hay mucho que decir en relación con todo eso así como del castigo de Sodoma y Gomorra, Onán, etcétera. Sólo después aparecen consideraciones éticas de otra naturaleza: el Decálogo, por ejemplo.

—¿Por qué —abundaba mi amigo Alí— no escogieron un animal más sutil que la serpiente? ¿Uno más peligroso?, ¿más destructivo? ¿Por qué precisamente éste y relacionándolo con desnudez, deseo y procreación? En aquel tiempo deben haber hecho mucho daño las moscas, los mosquitos, los chapulines, los tigres, lagartos, ¡qué sé yo! ¡Convéncete!, proyectaron en esa leyenda lo que más les preocupaba, lo más vigente y sensual en una raza primitiva. Y te repito lo que dijo Jehová a la serpiente: «Y enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el calcañar.»

—¿Desde cuándo las mujeres matan a las serpientes hiriéndolas en la cabeza? En cambio, ¿no es cierto que las mujeres hieren la cabeza del falo haciéndolo descender, disminuir de volumen, volviéndolo flácido? ¿No es desde unos cuantos minutos de relación sexual, que el hombre y su serpiente se tornan derrotados, vencidos?

—¿Crees sinceramente, que era necesario que se le atribuyera el complejo de castración a quien no lo necesita, a quien positivamente castra a cada hombre instantes después de realizar el acto sexual? ¿No le disminuye la hombría y lo torna impotente luego? ¿No lo desemponzoña extrayéndole el veneno a la víbora muerta,

herida en la cabeza, cualquier falo *post coitum*? ¿Envidia del pene? ¡Bah!

—Para terminar, estimado psicólogo, te diré que los jornaleros, los agricultores y los campesinos en pequeño, los que trabajan directamente la tierra y la riegan con su sudor; aquellos que creen en la fatalidad de sus vidas y en lo imposible de cambiarlas, pase lo que pase; todos los que tienen que ver con esa especie de castigo injusto desde la época de Jehová, descienden de Caín. No entiendo por qué no lo adoran y lo canonizan, aunque sea para arrastrarlo por las calles cuando no les cumpla el milagro de cambiar sus vidas y mejorar su existencia. ¡Santo y maldición de los miserables! ¡Único héroe agrícola de la eternidad! ¡Único capaz de acabar con todos los Abeles que padecemos!

Alí creía fervorosamente en las mujeres como amantes. Eran inmejorables para la cama y en cuanto a él, insustituibles.

No estaba de acuerdo con la tesis coridoniana de uno de los ejemplos de la doctrina contraria a la de Alí. Sólo que las deseaba exuberantes, violentas y agresivas, llenas de fuego y furor; para él poseer a una mujer así, era algo dramático y deploraba no tener un poeta a su servicio particular como lo han tenido los grandes del hacer humano. Adoraba a García Loica, el único, y era una calamidad importante — ¡estúpida guerra!—, habérselo matado antes de que el Maldito hubiera realizado las grandes cosas que debería cantar su poeta andaluz.

—El animal deplorable de la creación —señalaba rabioso— es la mujer doméstica y horripilante, de mente estrecha como el contenido de un zapato chino. Mujer que habla de cuentas de luz y pagos de agua, de tintorería y del maldito costo de la comida —que a Alí le importaba lo que a un tigre magnífico el zacate. Podía comer durante una hora y no saber nada de lo que había ingerido, mientras desollaba verbalmente a todo el mundo, igual amigos que enemigos. Creo que la comida le molestaba más que nada porque tenía que dejar de hablar mientras tenía algo en la boca, ¡era una pérdida de tiempo desgraciada!

—Ese animal deplorable que termina su vida con el título profesional de esposa por todas las leyes y cubriéndose por todos lados como los apostadores experimentados, que exige avales con doble y hasta triple firma, ese animal que había limitado la vida de los hombres hasta la estrechez máxima: reuniones sociales, canasta, viajes con gente importante a lugares sin importancia, convencionalismos y todo lo demás.

—¿Qué tenía que hacer frente a Jerusalén, durante la Cruzada, la esposa o una hija de Godofredo de Bouillon, por ejemplo?

—Hay algo, sin embargo, que no comprendo totalmente y que me intriga constituyendo un desafío: ¿Por qué la naturaleza produce más mujeres que hombres?, ¿por qué viven éstas más que nosotros y hay puras viudas? ¿Hay alguna razón especial biológica?

—He pensado que el mismo hecho de que ellas procreen les confiere una superioridad manifiesta; las hace mucho más significativas para la supervivencia de la raza y la permanencia de la especie humana. Deben ser mucho más importantes para la prosecución de la vida y para otros fines que desconozco, si no, ¿por qué es mayor su número y duración?

—El hecho mismo de que los hombres se sientan importantes, dominen actualmente desde el punto de vista económico, político e intelectual, ¿no será una manifestación de decadencia de la raza?, ¿no debería ser interpretado como algo peligroso y antinatural, antibiológico?

—Si las mujeres son enemigas de la guerra, adheridas a la tierra y poseen un

sentido de socialización en relación con la igualdad de los hijos y del amor que ellas les profesan, si poseen la bondad y el perdón ¿no estaremos asistiendo al gran error del universo con el mandato de los hombres?

—¡Ahí te dejo el asunto para que me lo resuelvas!

Este diablo de bolsillo que era Alí vivía pendiente de la existencia —pero no lo aceptaba— de una mujer, Eviana.

Ella había amado mucho, primero a sus hermanos y después a su padre. Apuntaba a salvaje y marimacho desesperando a su padre, lleno de cortesía, que soñaba con que fuera embajadora.

Esta niña flaca, esmirriada y un tanto deslavada, pobre hasta tener que comerse las cáscaras de los duraznos que pelaban en su casa, cuando llegó a los quince años caminaba sin brasier. Para entonces ya odiaba a las «esposas de Jesús», ese rebaño miserable, desperdicio de luteína y foliculina, de zapatos andróginos y faldas enciclopédicas —no por el contenido; esas frustráneas esposas de Dios, frecuentemente bigotonas, de pisada fuerte y ademanes rudos, de corazón pétreo y vientre estéril. Manipuladoras, explotadoras que imponen a la debilidad e impotencia al Jesús extraño que no sabe de ellas, que debe ser besado y aceptado antes del servicio amargo de acíbar.

La primera caridad que recibió Eviana fue ser aceptada pagando cuota especial en un colegio de monjas. Increíble caridad que consistía en hacerla sentir constantemente su pobreza, su desigual condición con las demás yeguas finas. Las siguió odiando durante su labor en hospitales de sangre donde eran admitidas.

—Son las mismas —decía Eviana—, las indiferentes durante los dolores de parto y hacia la urgencia de quien no tiene a nadie, ni padre para su hijo; no les interesa la dilatación del cuello ni el latido del corazón del pequeño que quiere vencer la barrera que lo traerá a la superficie: «¿Su documentación?, ¿está casada por la Iglesia?» ¡Qué porquería de gente! Esas madres no dan más que fibromas, hacen perder la fe en ese cuento de la Iglesia Católica.

Supo entregarse a un hombre que no vivía en su casa, que vivía en otra y con otra. Lo hizo sin condiciones y sin más interés que obtener amor a cambio de amor.

Una vez se acercó a un grupo de hombres próceres durante una reunión donde se debatían temas avanzados y se hablaba de problemas básicos e importantes; metió baza en la charla y les espetó la siguiente pregunta: ¿quién de ustedes estaría dispuesto a darle un hijo a una mujer que se lo pidiera sin condiciones, a mí, por ejemplo?

Uno fue al baño porque había tomado unos mariscos descompuestos unas horas antes; otro tenía que operar un apéndice con treinta mil leucocitos; otro más había dejado el motor de su automóvil andando. En realidad, decía Eviana, lo que habían dejado en alguna parte, en el regazo de su madre probablemente, era la hombría.

Esta mujer parecía no tener cabida en un mundo tan lleno de mentiras y convencionalismos; no estaba bien en parte alguna. La gente que se viste de lo que dejan las tías, que come lo que dejan los hermanos y camina porque no tiene para el ómnibus, o se emputece o adquiere un orgullo fiero y una dignidad real; esto último fue lo que le sucedió a Eviana.

En su trabajo descubrió el latrocinio de alguno de sus jefes quien traficaba con el sufrimiento y hambre de los empleados; era de esas fieras que viven de la carroña, que roba a los que no tienen otra cosa que un arduo trabajo remunerado con un sueldo paupérrimo. Armó una zacapela con sus intenciones reivindicatorias: levantó actas, recabó firmas, comprobó fraudes y cerró un expediente completo e irrefutable; firmaron los hombrecitos y las mujercitas y... nada pasó. Como no pasa nada cuando la justicia tiene precio y la alta burocracia es por antítesis con la India la casta de los intocables. Sí, sí pasó algo: ella fue cesada y escarnecida porque todos desconocieron su firma y se llamaron sorprendidos.

—Pero, ¿creerás tú? —me decía ella—, que todos los que al principio me incitaron a seguir, a pelear en una lucha justiciera, se asustaron en cuanto entró en juego el problema del vientre y se les encogieron las gonadas, huyeron como liebres y me negaron como al pobre de Cristo, tres veces antes de que cantara el gallo en jefe de ese departamento. Me entró una rabia enorme; deseos de escupirlos y masticarlos —hay que recordar que a esta mujer el asunto de masticar le era muy importante—, de hacer algo para sacudirlos y hacerlos sentir que eran seres humanos y que eso los obligaba a no traicionarse.

—Todo fue inútil; no sólo resultó sacrificada sino culpable. En este mundo se hacen las cosas bien: no sólo saben defenderse los grandes de la burocracia, sino que resultan limpios de todo cargo; los impugnadores, idealistas y crédulos, los rebeldes que cumplen con esa obligación primordial humana, la de rebelarse, que es la base de la historia, ellos, resultan culpables y castigados. Los otros, sin mácula. ¡Kyrie Eleison!

Eviana era desde siempre una mujer sensual, gustosa de todo lo relacionado con los sentidos: quemarse horas enteras desnuda al sol, en la azotea para no provocar alarma. Nadar en el mar por la noche alumbrando su desnudez por los seres fosforescentes. Gozaba hasta la cercanía del orgasmo ante una puesta de sol; la hacía feliz descubrir un nido sobre una enredadera, la caricia de un perro juguetero, y hundirse en un arroyo montado sobre piedras pulidas por los años. Un árbol, la lluvia sobre la piel, un vaso de cerveza y sobre todas las cosas existentes la deleitaba la presencia de un niño, milagro de la naturaleza y fermento de las grandes y pequeñas cosas, recipiente del porvenir del universo.

Era mujer desde el cabello largo hasta la punta de los pies y sentía aversión por las que visten con traje sastre de hombros anchos y caminan con paso largo y tranco

firme.

—Las mujeres —decía— tienen una canica entre los glúteos y si no la dejan caer, su paso es menudo y cuidadoso; las otras son las que dejaron caer la canica. Ésa es la diferencia.

—Una mujer tiene algunas cosas no intercambiables con los hombres —opinaba Eviana— a pesar de que tienen otras que sí lo son; lo fundamental es aquello que las distingue cuando el partero insatisfecho y con gesto de resignación dice al padre: «niña». Otras no son tan manifiestas aunque griten y algunas mujeres las ahoguen criminalmente: las lágrimas sangrantes del útero vacío que éste detiene satisfecho cuando la labor ha dado el resultado racional, la ocupación viva.

Ella había decidido que dar la vida, así, sin hipérbole, era la ocupación máxima de una mujer y la realización más fecunda; no podía morir sin hacer vida con el hombre que amaba. ¡Qué ocupación grata, hacer vida!

¡Y pensar que Dios las castigó por ello!

Muchas veces me he preguntado, ¿cómo sería un mundo justo?

Interrogué a Alí sobre el tema y más o menos me dijo lo siguiente:

—Cuentan que había un cazador de tigres con una experiencia en el oficio de treinta años, y sucedió que una vez salió para una zona conocida con el objeto de obtener unos cuantos ejemplares felinos.

Nunca se había equivocado antes porque conocía el resultado de los errores, pero esta ocasión cometió uno de consecuencias imprevisibles: armó su casa de campaña, hizo una fogata circular, preparó sus armas y se acostó a dormir. Tiempo después, oyó algo que lo despertó y que inmediatamente atribuyó al ruido producido por los pasos de un tigre que calculó grande y pesado; efectivamente, percibió a corta distancia, ya amenazantes, dos ojos que se dirigían hacia él y que estaban preparados para saltar sobre su presa.

El error era catastrófico, ¡había dejado su fusil a unos centímetros del alcance de su mano derecha, unos cuantos, aunque suficientes para no alcanzarlo sin mover el torso! Pensó rápidamente y tomó el cuchillo de monte que estaba junto a su mano, lo asió hábilmente y se dirigió a Dios implorándole: —Si estás por el tigre que me mate al primer zarpazo; si estás por mí que le atraviere el corazón a la primera cuchillada. Mi duda, mi miedo, Señor... ¿y si eres neutral?

No sé si no quería hablar en serio o si no creía en el problema. Algo se ocultaba detrás de su cinismo, y yo diría que era una gran fe en el género humano.

Eviana le producía desasosiego, y empleaba un fenómeno de negación al desconocer su realidad profunda. Yo no sabía si todo estaba relacionado con la semejanza que podía encontrarse entre ambos.

—Yo —decía Eviana— tengo una fe racional en el hombre; pienso que hay una posibilidad válida dentro de cada uno y sucede que ésta se desarrolla suficientemente

aunque no siempre de manera óptima. En función de ese mismo desarrollo está la evolución de la persona. Mi duda estriba en si la tendencia normal es hacia la realización o hacia la nulificación.

—El tiempo mejor del verbo —afirmaba—, quizá el único verdadero es el gerundio, estar siendo. Nadie es ni ha sido antes de muerto. Estar vivo es estar siendo constante y cambiantemente. Es algo dinámico y móvil, acción perenne. Dios es eso, acción, dinamismo, movimiento. Es lucha de contrarios y es resultante dinámica. El único sentido de la vida es la vida misma. El tiempo es la esencia y el único sentido de la vida. Percibir la lucha, el movimiento, el tiempo, la acción, es la vida y la única justificación, por ello el goce está en el camino, no en el resultado. En la vida hay que gastar, gastarse durante el camino. Al llegar al final es preciso haber agotado todo lo que tenemos: cuerpo, espíritu, emociones, alegría. Paradójicamente, mientras más gastamos algunas cosas más crecen, aumentan proporcionalmente al empleo y uso que se les dé, pero vivir como si uno debiera entregar sólo lo necesario para sostenerse en pie; entregar a la muerte, como si dijéramos, piel y huesos.

El mayor pecado es la avaricia y la acumulación, contrarios a la vida y a su fundamentación misma. El atesoramiento es muerte, es adherirse a las cosas que son muerte, es apresar la vida en una caja fuerte, donde se destruye. Es básico emplear todo el tiempo que se nos concedió, íntegras, las potencialidades que se nos obsequiaron para realizarnos al máximo, para acercarnos a Dios, gastarlo todo, porque nunca habrá otra oportunidad, nunca.

—La cuestión es que todos buscan algo en la vida, llegar a alguna parte y han olvidado que el único lugar al que conduce la vida es la muerte. Cuando han llegado están muertos y no se enteraron, no vivieron, simplemente.

—Los zen-budistas, por ejemplo, lo han sabido desde siempre. La puerta de la vida hay que abrirla hacia fuera, hay que salir de uno, abrir sus compuertas para que penetre el mundo exterior con todo lo que tiene para identificarse con el universo y formar parte de él. A los cuantos años de nacer la educación y la cultura sacan al hombre de la naturaleza, lo desnaturalizan por así decirlo. El hombre debe volver a formar parte del todo, ser el todo para realizar su vida en forma total. En ese momento se torna el hombre uno con Dios. Ahí está Dios.

Iba por la noche caminando bajo la mirada indiferente de las estrellas. Nada se movía y podía escucharse la ausencia total de sonidos. Todo parecía solo y yo iba sin saber a dónde y por qué. Aparentemente seguía una orden de alguien que me necesitaba con urgencia.

Todo parecía extraño aunque conocido. Estaba seguro que había estado ahí o lo había leído en alguna parte, pues me era familiar aquella llanura cubierta de césped húmedo, todo verde y bien cuidado. De vez en vez podían verse árboles de abundante follaje y desconocidos para mí; quizá había cedros anchos como paraguas abiertos a medias; otros parecían piñones de copa solitaria y lejana, llamados *snáubar*. Pero ¿qué hacía yo ahí, en ese paisaje ajeno a mi horizonte habitual? ¿Cómo había llegado a ese sitio? ¿Qué estaba pasando?

Pensaba y trataba de situarme. La noche olía a tierra húmeda, a orégano y yerbabuena. Podía escuchar el canto de los grillos y, estaba seguro, ¡sí!, estaba seguro: ¡ahí había víboras aunque no pudiera escucharlas!

Qué tontería, ¿por qué tenía que haber víboras ahí?

Recordé una noche de cacería hacía muchos años, en que no tuve la fortaleza de negarme a acompañar a quienes gozan matando animales. Encontramos una víbora atravesada en una especie de canal de riego; estaba dormida mientras digería un conejo o algo que había deglutido entero, porque a cierto nivel se la veía engrosar desproporcionadamente. ¿Veinte tiros inexpertos? Perdí la cuenta y fingí que no tenía importancia, que se trataba de reptiles ponzoñosos y que sus convulsiones no me producían ningún dolor.

¡Caramba! ¿Cómo no me había dado cuenta? Ahora reconocía el lugar, como si alguien me lo hubiera dicho al oído: Mesopotamia, entre el Tigris y el Éufrates. ¡Sí, tenía que ser eso! Pero, ¿qué hacía yo allí?

De pronto me pareció ver dos luces; al aproximarme los reconocí. ¿Pero era posible? Enormes, barrigones y asexuados, dos tipos armados con espadas flamígeras que alumbraban el camino, estaban junto a una especie de puerta y parecían invitarme a pasar. Los que yo recordaba haber leído eran fieros y no dejaban entrar. ¿Habrían cambiado la guardia?, ¿las cosas?

Amablemente me indicaron que podía entrar. Insinuaron, con una sonrisa, que eran amigos y que me esperaban. Entré con miedo, interés y alegría. Empezaba a orientarme en el tiempo, aunque no estaba seguro que también en el espacio. Ese sitio, no había duda, era de donde me habían echado hacía mucho tiempo; entonces había sentido frío, vergüenza y gran temor... Aún sentía en mi boca aquellos labios cálidos y recordaba la sensación de seguridad, valor y coraje, de fuerza e independencia, después de hacerla mía. ¡Cosa única aquella!

Ahora caminaba pausadamente, una gran calma me invadía. Percibía agudamente el olor de los arbustos que formaban valla: rosas, heliotropos y clavos embalsamaban

el ambiente que casi podía tocarse.

De pronto oí un ruido a mis pies y me percaté que se trataba de una serpiente que parecía interesarse por mí, por verme y hacerse notoria; me llamó la atención algo más: el olor penetrante de las axilas de alguien que yo conocía muy bien; ¡era para enloquecer todo eso! No podía ser más que ella, Eviana, que ahora se me aparecía de la manera más extraña y sin previo aviso, y ¡qué atuendo llevaba!

—¿Me conoces? Soy la que te liberó de tu padre y te mostró el camino de la independencia y la madurez, ¿recuerdas?

Enrojecí, me pareció estrecho el lugar y sentí calor. ¡Claro que recordaba todo! Claudicante, mentiroso y cobarde, la había dejado sola frente al padre; sin embargo ella me había perdonado y me había dado un retoño de mí mismo, ¡un verdadero milagro!

Cuando yo iba a decir algo, la escena cambió de improviso y me encontré a solas en la oscuridad. Descubrí que frente a mí estaba recostado un viejo. Podía escuchar el ruido de su respiración fatigosa.

—Eres psicoanalista, ¿no es así?

Su voz parecía un eco, se oía cascada, insegura, sin inflexiones, triste, quizá implorante.

—Te hice venir para hablar contigo y pedirte una explicación.

—No podía con mi asombro. Tenía que ser Él, con mayúscula.

—¿No me escuchaste?, ¿no respondes?

Se suponía que yo debía estar aterrorizado. ¿Por qué no ocurría tal cosa? En cambio sentía pena, un intenso deseo de proteger al anciano.

—¿Quiere decirme el porqué de su pregunta? —inquirí con un afán de comportarme siempre como un profesional y devolver pregunta por pregunta.

—Estoy solo, tengo tantas cosas que decir... pero no es fácil encontrar alguien adecuado y capaz de escuchar.

Me di cuenta que sufría una gran depresión desde el momento en que nos echó. Pero... ¿qué digo? ¡He creído todo el cuento y ahora estoy haciendo uso de él!

Era necesario despojarse de todo afán interpretativo, tan perjudicial y tan frecuente como inservible. Me dediqué a escucharlo.

—Yo he sido un solitario desde siempre, sin capacidad alguna de relación, de temperamento colérico sanguíneo, odiado por todos y constantemente solicitado de favores por los medios más diversos, entre los que el chantaje no es el mayor.

—Se me atribuyen con un desparpajo increíble grandes crímenes, favores indebidos, prevaricación, cohecho, nepotismo. Todos hablan en mi nombre sin consultarme. Otros se callan, son los menos y por cierto no los que menos dificultades me causan.

—Algunos dicen que para obtener mis beneficios es necesario ser bueno, comer poco, no fornicar, ayudar a los demás, rezar. Otros suponen que deben amar a todo el mundo, agotar los espermatozoides, comer bien. Hay quienes piensan que la miel es

un signo de haberme logrado, la leche y el vino también. Algunos me dan forma de conejo, borrego o chivo; otros me han totemizado y me dan forma en trozos de madera y qué sé yo cuantas cosas más.

—En alguna época me lanzaron los epítetos más crudos. Luego me han endilgado multitud de mujeres. Los atributos que me han conferido han sido de tal variedad, que ha sido una suerte providencial olvidarlos.

Lo que no podían atribuirme directamente lo desplazaban a mis supuestos hijos; ¿recuerdas aquel trabajo de Hércules relativo a las cincuenta vírgenes? ¡Qué imaginación la de tus hermanos!

—Había una razón para tolerar y perdonarlo todo: era universal, ecuménico. De pronto las cosas cambiaron; una tribu de desarrapados se apoderó de mí y me hizo suyo. Tomó posesión de esta cosa que ves, y lo que es peor, inventó una trampa formidable para convertirme en seductor-adúltero y allí me tienes, metido hasta las cejas en los asuntos de los hombres y haciendo piruetas para sostener el equilibrio.

—Pequeños revoltosos, egoístas y llenos de arrogancia. Unidos Propietarios de Dios, hablando con él, dictándole órdenes y condiciones. Seguramente habrás leído mi biografía escrita por ellos y me habrás odiado cordialmente. ¿Cómo no hacerlo al conocer toda mi ejecutoria cruel, despiadada y brutal?

—Uno de ellos, de gran humildad y cierta grandeza, creó un cisma, se decretó pariente cercano mío, consanguíneo, sacándome del clan original de primitivos pastores. Fue un alivio recuperar la libertad aunque limitada.

—Es justo decir que algunos han estado a punto de descubrirme y de acercarse a mí. Ésos son los contemplativos, los místicos que me buscan al través de la acción.

—Unos cuantos se han identificado conmigo y han funcionado provisionalmente con mi aprobación: Buda, Gandhi. Son las pequeñas libertades que me he tomado.

—¿Debo mencionarte la cauda de individuos que hablan interpretándome, de mi parte y en mi nombre? En verso, en prosa, sensual, bárbaro, sádico, amenazante, llorón. Aparezco en novelas de aventuras, en cuentos de piratas; soy el héroe de relatos pornográficos y de cuentos de crueldad insuperable. No sé cómo he podido resistir la pena, la vergüenza, el disgusto, la cólera, la frustración...

—Si tuviera que describirte exactamente lo que soy, lo que me siento, te diría ¡el gran basurero del universo!, ¡la Cloaca Máxima!, ¡el óptimo ejemplar del Síndrome de Cotard!^[1]

—El atributo que no tolero y me ha causado el disgusto más serio de mi vida: el Santo Niño de Atocha. Te confesaré que también me desternilla de risa, según esté mi ánimo.

—Sentí más mi soledad después de conocer la compañía. Jugando un día a la divinidad —mira tú lo que trae la holgazanería— tomé un poco de tierra mojada que resultó pegajosa y moldeable. Me salió algo raro, asimétrico y frágil. Al secarse se endureció y en cuanto pudo comunicarse conmigo ¡maldita sea la hora! me exigió que le entregara la dirección de todo para construir y crear como yo.

—Elaboré algo que pudiera entretenerlo y que al mismo tiempo que calmarlo, fuera su castigo; hice algo semejante y diferente, que me quedó mejor.

—Tanto, que el hombre no dejaba de seguirla y creo que no ha dejado de seguirla. Desde entonces me dejó en paz y mientras se ocupaba de ella, descansé un poco. Existo para él ocasionalmente; sólo cuando necesita algo que no puede resolver.

—Es un mal agradecido. ¿Recuerdas cómo trataron al que dijo ser mi hijo? Creo que lo mataron por un fenómeno de desplazamiento. ¿Así se dice? Le hicieron a él lo que hubieran hecho conmigo si me tienen a su alcance.

—Te decía de aquella pareja: una ocasión, quizá atraído por su olor, él se aproximó hasta tocarla, cayó sobre ella y algo sucedió. A partir de entonces caminaban cada vez menos y se alejaban cada vez más de mí. Cada vez era más áspero en su trato conmigo y noté que empezó a verme con lástima; había algo burlón en su mirada, como que le divertía mi perplejidad.

—Un día me abandonaron riéndose en mis barbas. Lo que sigue ya lo conoces; él mismo se ha encargado de escribirlo: tonterías, barbarie, atrocidades. Ha complicado las cosas hasta hacerlas insostenibles. Pero a ella le sigue siendo fiel y ella fiel a sus movimientos. ¡Nunca más creeré en nada!, fue bastante. Desde entonces perdí la paz. Se ha multiplicado de día y de noche, con sol y lluvia, en verano y en invierno; siempre está pidiendo algo, exigiendo más, nunca se conforma y cada vez se vuelve más imperativo.

—Emplea el soborno, el cohecho, la amenaza y la lisonja. Conoce miles de trucos; casi no descanso ya que el único día que me concedí de reposo, al imitarme, creó un conjunto de nuevos problemas que llenan ese tiempo. Ni el sábado respeta ya.

—Estoy solo, con una soledad aterradora. No quisiera acabar con él porque, ¿qué haría entonces? Su ruido de moscardón me molesta pero me da la ilusión de compañía. Para que se modere he corrido la voz de Satanás y otras patrañas, pero pronto se recupera y como se siente inmortal ya no teme más.

Todo lo que te digo es muy desordenado.

—No te preocupes, es la mejor manera de hacerlo, sin censura. Pero ¿qué hice?, yo, ¡tuteándolo! Pero es que se veía tan desamparado, tan impotente.

—Estoy confuso y se me ha olvidado para qué te necesitaba...

—No hay prisa —respondí— tengo todo el tiempo necesario.

—No lo creas, no tenemos tanto tiempo; éste es fugaz en la forma de comunicación que he elegido. Quizá valga la pena proseguir con libertad y decirte lo que estoy pensando: yo no comprendo al hombre. Me parece un ser absurdo, paradójico y loco; ¡ahora recuerdo!, para eso te hice venir. Entiendo que eres psicólogo y que conoces las motivaciones del hombre. Eso que se llama inconsciente y que se le conocía con otros nombres: alma, espíritu, infierno y cielo. Necesito tu ayuda para entender algunas cosas y adaptar mi conducta a ellas. Por ejemplo, ¿por qué salvan a tanta gente por medio de la ciencia, en la que se han afanado tanto y después matan a un número mayor, desintegrándolos? ¿Por qué existe el boxeo en los

países llamados civilizados? ¿Por qué los grandes investigadores me invocan cuando se estancan? ¿Por qué si creen en el infierno se portan así los católicos? ¿Por qué algunos conglomerados humanos me han postergado, poniendo en mi lugar a una mujer?

—Mire usted, es una avalancha de preguntas; el hecho de que una pregunta sea fácilmente hecha, no implica que la respuesta sea igualmente fácil. Tiene usted muchas dudas y por lo que puedo observar, le quedan muchas por exponer.

—Así es, hay una enormidad de ellas; semejantes a las que ustedes me hacen todos los días y que como verá hoy, no tienen respuesta fácil. Hay cierta reciprocidad en mi actitud inquisitiva, con una diferencia: se trata del inocente que no sabe por qué se le atribuyen tantas cosas que, precisamente, ahora me interesa dilucidar.

—Sufren ustedes una especie de enfermedad —supongo que tú y tus colegas ya le habrán colocado nombre—, que consiste en sentirse hijos predilectos míos, únicos; parecen príncipes consortes injertados de primadona. El universo termina donde termina la piel de cada uno, y todo lo que ocurre en el cosmos, todo, lo interpretan en relación con el hombre; poseen de verdad una seria e intolerable petulancia.

—¿Podrías explicarme el hecho de que un individuo se atreva a destruir animales que se llevaron mil millones de años para principiar a existir? Todo para mostrarlo, muerto ya, relleno de trapo y colgando de una pared.

—Dime algo más, ¿qué clase de diagnósticos hacen ustedes? ¿Por qué consideran loco al que se desnuda en público, insulta a su madre, se alucina y delira? ¿Por qué no juzgan así a quien disminuye el peso de los alimentos, desata guerras, arroja millares de sacos de café al mar, sostiene el precio de los víveres destruyéndolos y acumula cantidades astronómicas de dinero? ¿Qué han hecho con la Creación? ¿Qué con la vida? No crees —me dijo dulcemente— ¿que son un aborto de humanidad? ¿Que cualquier padre se sentiría profundamente avergonzado y culpable por la procreación de tales monstruos?

—Yo no soy como piensan ustedes, cobardes y estúpidos, el culpable de los desastres que suceden constantemente. No lo soy evidentemente, porque ustedes me crearon a mí, me dejaron solo y luego quisieron que yo les resolviera todos los problemas que provocan por la incapacidad de razonar que sufren. Me lanzaron al infinito como si fuera un astronauta, me atascaron ahí y me atribuyeron lo que había en fermento dentro de cada uno. Luego olvidaron la labor de mejoramiento y de búsqueda de su propia virtud, ¡era más fácil pedirme y culparme!

—Conmigo ha sucedido exactamente lo contrario; como se separaron de ustedes, he podido evolucionar sin el contacto con los seres humanos, que se reproducen con tanta facilidad y sin merecerlo. Solo, he cobrado vida y he llegado a existir finalmente. Ha resultado entonces algo paradójico: me formaron con la utopía de su virtud, me pusieron en órbita, y se quedaron sin mí. Parecía que eran rebeldes y que valían la pena; ¡no!, perdieron el rumbo y ahora ya no saben quiénes son ni lo que

quieren: están ausentes de su naturaleza original. Yo conservo algo por mi aislamiento, ¿no es absurdo todo? ¿Quieren acaso crear un género nuevo? ¿No se encuentran suficientemente interesantes? ¿Desean un *homo absurdus*? ¿Tanto se desprecian y se odian? Finalmente, por qué, si éste no es suficientemente bueno y adecuado ¿no crean un nuevo Dios?

—Pero si a usted se le atribuyen omnisciencia, omnipotencia y omnipresencia.

—Pamplinas inventadas por los homínidos. Han tratado de darse importancia haciéndose pasar por hijos y luego por enemigos, héroes, protegidos, etcétera.

—A propósito, ¿podrías decirme por qué inventó el hombre la homosexualidad? ¿Por qué lo que para mí constituyó un juego lo han dramatizado hasta convertirlo en tragedia?

—Tú sabes que Platón intentó un gobierno en una república ideal, gobierno de filósofos: yo pensé en la posibilidad de un intento con un nuevo género: los psicoanalistas. Pero como soy realista quise enterarme directamente de la clase de personas que son; ¿puede confiarse en ustedes?, o es que no se puede dar tal oportunidad a quienes —como se dice en alguna parte— no curan ni un pulque.

—¿Te interesa saber por qué pensé en un grupo tan extraño? Me dije: si el hombre tiene en su inconsciente cielo e infierno, si fue de ahí mismo de donde yo nací, si fue capaz de producir una figura como la mía en alguna época de su evolución, quienes sean expertos en la búsqueda de las profundidades quizá puedan encontrar la fórmula para extraer la bondad y nobleza y lograr así la prosecución de la virtud, de la perfección humana. Ahora bien, si ustedes son teóricos y lingüistas la experiencia irá al fracaso.

—Vamos por partes: usted desea hacer cosas y hace preguntas. Empiezo por decir que todo está de acuerdo con la opinión preformada que existe de usted.

—No puede estarlo; la idea que se tiene de mí es completamente falsa, tiene ribetes de infundio. Yo no existo originalmente; soy un producto elaborado que ha tomado cuerpo y que no vive *per se*. Sin el hombre sería yo como una fantasía, un contenido delirante de una parafrenia fantástica; que se ha liberado, se ha estructurado tomando carta de existencia. No necesito ya del loco que me creó, en una palabra. Debo haber estado sujeto a numerosas creaciones siempre en relación con mis hacedores. Se proyectaron en mí diversas cualidades y diversos aspectos negativos. Los primitivos me concibieron como ellos: cruel, vengativo, fuerte, todopoderoso, lleno de pasiones humanas. Lograron construirme hasta después de varios intentos para obtener un hombre-dios-fuerte.

—Digo hombre-dios-fuerte porque antes de una figura masculina debieron tener diosas mujeres. Puedes imaginar fácilmente por qué ellas fueron muy importantes: daban la vida, alimentaban, proporcionaban linaje, protegían y daban amor. En una época fueron los elementos más importantes biológica y orgánicamente.

—En un momento todo cambió. El hombre la dominó y se hizo cargo de todo lo valioso; entonces tuvieron la necesidad de crearme y desde ese instante soy muy

importante.

—Así y todo, ellas han mandado siempre, aunque desgraciadamente no en los aspectos que nunca debieron dejar: la guerra, la justicia y otros más que omitiré para no enojarte.

—¿Qué te parece la pretensión de tus congéneres? Ella es secundaria, no desciende de Dios sino ¡de él! Para comenzar la colocó en segundo plano. Luego se supone que ella lo incitó a tratar de ser igual a mí; yo lo castigué cruelmente y sin razón, de la manera que habrás leído. Ciertamente me atribuyen muy poca inteligencia.

—Lo ocurrido fue que ambos se desearon y se distanciaron de mí, lo que ocasionó trastornos en la vida infantil, donde lo tenían todo y nada les causaba preocupación, responsabilidad o trabajo. Es fácil pensar que quisieron simbolizar la independencia, la necesidad de valerse por sí mismos. La unión sexual los hizo madurar, los convirtió en adultos.

—Habría sido inútil mi vida y yo inexistente si las cosas hubieran proseguido igual. Cuando ya no satisfacía sus necesidades, hube de cambiar y me agregaron atributos. Admiro a aquellos que mejoraron mi figura: Noé, Abraham, Job, Moisés, Isaías, Oseas y Jonás. Eran rebeldes y me obligaron a comprometerme a ciertos cambios y modificar mi concepto de justicia, de castigo, de la desigualdad entre los hombres y yo. Querían razonar y comprender; no aceptaban inferioridad alguna. Insuflaron un poco de dignidad a mi vida. Empecé a sentir que vivía o que sería posible algún día existir justificadamente, concretándome, dejando de ser una abstracción.

—Cuando han aparecido ciertos personajes he abrigado grandes esperanzas, he sentido que tenía sangre en mis venas y la he oído latir con la fuerza necesaria. Sócrates, ese viejo feo, casado con una horrible mujer, oye, ¿sería masoquista?, ¿sufiría ese asunto de transferencia? Laotse, simpático, inteligente, sabio: «Sólo sé que no sé nada.» «Algo puede ser y no ser simultáneamente.» No es mucho pero es importante y básico. Viejos sabios y buenos, ¡siempre quise ser así!

—Buda, el panzón admirable, percibió poco: vejez, enfermedad y muerte; pero las sintió hondamente. O como dirías tú, *erlebnis*, vivencia, *insight*, cenestesia, amor visceral de Tata Vasco.

—Juan de la Cruz, Meister Eckhart, Francisco de Asís... contemplativos y actuantes, ejemplares raros de la humanidad. Estoy formado, un poco, por todos ellos; cada uno ha dado algo a mi estructura, me han sostenido y conformado. Sin ellos habría muerto antes de haber sido, o sería una imagen trivial y absurda; nunca habría logrado salir del Génesis y de mi armazón idolátrica, ¡qué pena!, nunca habría pasado de perico perro, peleando siempre con los hombres, destruyendo a mis enemigos, inundando la tierra a cada rato. Seguiría siendo hombre y de los malos.

—Todos los intentos de tonificarme me ayudaban parcialmente, pero no lograban que tomara una forma determinada de seguridad en cuanto a mi propio valer. Era yo

una masa informe que no cobraba cuerpo, que no podía sostenerse en pie, para que me entiendas. Con el tiempo las cosas cambiaron y la esperanza renació pero te aseguro que no fue fácil. He sufrido lo indecible durante la época de prueba; una ansiedad constante y enormes dudas me acecharon respecto de mi propio nacimiento y confirmación.

—¿Recuerdas tu emoción, tu angustia, mientras el jurado deliberaba durante tu examen profesional? ¿Mientras esperabas un veredicto sobre la malignidad o no de una biopsia? ¿Cuando desconocías la reacción de una potencia mundial frente a otra, después de un agravio serio, en esta era atómica?

—Eso me ocurrió en grado infinitamente mayor, cuando supe de la existencia del Hijo del Hombre. Muchacho de Galilea, de extracción dudosa y oscura, de vida anodina al principio y de intensidad increíble después. Nunca he sufrido tanto como en ese tiempo. ¡Cuando comenzó a decir que era hijo mío!, cuando fue buscando deliberadamente el dolor y el sacrificio. Cuando hablaba oscura y confusamente sobre lo que le deparaba su padre y animaba a los otros a seguirlo, a dejar todo, a empobrecerse y a seguir su camino. Nadie había usado una táctica semejante, un lenguaje parecido; comenzó mi martirio, ¿sería verdad?, ¿era ése el hombre que iba a comprobar mi existencia?, ¿me daría la vida que yo ansiaba y que parecía no llegar nunca?

—¡Qué años aquellos! Los recuerdo y vuelvo a sentir un hormigueo, me sofoco y parece que me ponen una plancha en el corazón. ¡Entiéndeme!, yo me sentía como un fraude, al margen de la honradez y la justicia, una mentira burda y grosera. Nunca tuve la oportunidad de explicarme con nadie, de defenderme. Nadie ha sido tan denigrado y tan inmerecidamente adorado; nadie con tan nula posibilidad de expresar su dolor y su indignación, su cólera ante el mal trato y las adulaciones. ¡Nadie tan impotente como yo!

—Extraña figura la del galileo... ¿Crearás que la desprecié durante los primeros años? Toda esa historia de su nacimiento, la anunciación, su sabiduría precoz, ¿era un niño catedrático?, tímido, sin alegría y dedicado a los libros; lo odié encarnizadamente, me parecía un farsante, una creación como yo, sacado de la nada, exhibicionista y con intereses bien orientados y utilitarios. No comprendí que para que los hombres creyeran en Dios era preciso que alguien de carne y hueso merodeara entre ellos y remozara la fe para que obtuviera su privilegio quien vivía de ella, ¡yo!, qué sé yo todo lo que pensé entonces. Creí que acabaría como todo lo anterior y estaba muy disgustado; era iconoclasta y veía la truculencia de la existencia de Jesús. ¡No me dejaría engañar una vez más!

—Fui cambiando poco a poco: ¡amor!, ¡amor! era el grito de Jesús. Valía la pena considerar una doctrina que no reconocía límites en el amor. Comencé a interesarme en lo que vendría; ¿se trataba de un predicador tan sólo?, ¿por primera vez un individuo estaría dispuesto a vivir lo que predicaba, pasara lo que pasara?

—En tantos siglos instalado en la mente del hombre, en su inconsciente, donde tú

quieras, me han defraudado grandes doctrinas que han carecido de la firma final: la disposición a sostener lo que se cree y por lo que se vive incluso con el martirio y la propia muerte.

—Me resultaba extraña su actitud hacia las mujeres que lo amaron tanto a pesar de que jamás se ocupó de ellas eróticamente; me sorprendía que permanecieran a su lado, fieles e invariables, y se hicieran solidarias de su doctrina revolucionaria y heterodoxa. Había en él la emoción pura, el amor crudo y sencillo de un ser humano por otro, fuera quien fuera. ¿Qué puede objetarse a una doctrina de tal fuerza? Acepta hasta al mercenario de Magdalena quien se purifica tal vez con ese acto de amor. Me gustan las gentes que aman. El antídoto contra todo envenenamiento humano es el amor.

—Me era difícil aceptar que fuera excepcional un hombre casi analfabeta, que nunca escribió nada, que repite lo transmitido, que no muestra su erudición. Traté de tomar las cosas con calma pero no fue posible; me concernía cada vez más el asunto para verlo tranquilamente. Estaba pendiente de cada uno de sus pasos, de cada frase suya, lo seguía permanentemente y bebía sus palabras pesando cada uno de sus actos; me convertí en una especie de fiscal diabólico: a todo le hallaba un pero, una explicación deprimente y utilitaria. Desmenuzaba todo y recurrí a la palabra sugestión muchas veces, hablé de teatralidad, dramatismo, arrogancia, y le endilgué muchas otras designaciones; pero nunca pude achacarle insinceridad, mentira, maldad. ¡No le quedaban a él ni a sus actos!

—La incertidumbre era cada vez mayor y mi responsabilidad aumentaba: si todo terminaba como de costumbre, las cosas seguirían como siempre, una horrorosa calma y mi pasividad resignada después de la gran decepción. Pero, ¿y si las cosas marchaban mal?, quiero decir ¿bien? ¿Cuáles serían mis obligaciones en lo futuro? Al adquirir patente de identidad devendría un ejemplo a imitar y tendría que transformar mi actitud. ¿Haría yo un papel satisfactorio?

—Recuerdo como la peor pesadilla aquellos momentos de prueba... Cuando fue tentado por Belcebú después de un ayuno de cuarenta días con sus noches, él, poseedor único de la responsabilidad que el Bautista, ya muerto, había depositado en sus manos y quedaba como único sostén de la fe. Debilitado, temeroso, ¿podría resistir la prueba?

—Yo no tenía medio alguno para ayudarlo, ningún recurso susceptible de ser empleado para fortalecerlo, para sostener su determinación. Toda ocasión hacía más peligrosa mi existencia, él podía claudicar en cualquier momento.

—Y el terror, la paranoia, si quieres, se apoderó de mí con aquella seguridad que ponía en su padre: «El que me ha visto, ha visto al padre; ¿cómo pues, dices tú: Muéstranos al Padre?» «¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; mas el Padre que está en mí, él hace las obras.» «Yo soy la vida verdadera, y mi padre es el labrador.»

—Identificándose conmigo, fortaleciéndose conmigo, obteniendo de mi

existencia (?) una fuerza tal; ¿imaginas mi temor? ¿Cuál padre? ¿Cuál sostén? Me convencí entonces de su grandeza, fundada en sí mismo. ¡Qué paradoja!

—«No sólo de pan vive el hombre.» «No tentarás al Señor tu Dios.» «Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás.» Todo se oye tan fácil, tan firme, desde allá; pero ¿qué me dices desde acá, donde yo estaba?

—No descarté la posibilidad de que, a medida que ganaba terreno, adoptara una actitud petulante y se identificara con Dios. ¿Te das cuenta de la intensidad de narcisismo, como dicen ustedes, que podría producir en cualquier hombre una situación de esa naturaleza? Pues también resistió sin deterioro. Quizá hubo algunas pequeñas insinuaciones que hacían pensar que tomaba cuerpo en él la idea de su propia importancia; pero a fuer de justos, debemos reconocer que no valían la pena comparadas con la labor que se había echado a cuestras.

—Menudearon latigazos en el templo y predicaciones a pesar de su escasa erudición. Ya para estas alturas yo deseaba vivir, ya sentía la vida fermentar dentro de mí. Parecía que estaba ligado a él, que de su vida dependía simbióticamente, que me transmitía su vitalidad. Los sentimientos de culpa derivados de mi existir espurio aminoraban y tendían a desaparecer.

—No era fácil entender a Jesús; me puso a cavilar largamente con su exposición de los eunucos: «Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos que se hicieron a sí mismos por causa del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso, séalo.» Eso me confundió, no se parecía en nada al primer hombre que se me atribuyó. Eran tan diferentes sus enseñanzas, que no parecían tener punto de contacto con todo lo sabido. ¿Qué sucedía con él? ¿Pensaría que la mujer le restaba fuerza al hombre? O bien, ¿le molestaba que la mujer fuera sorda y que cada vez que un hombre le pedía que se sentara, ella se acostaba?

—¿Y qué me dices de la blandura de sus discípulos? ¡Qué incapacidad para comprenderlo y para hacer algo por su cuenta! Le resultaron pobres diablos de mentalidad limitada, de escaso valor, llenos de necesidades biológicas e incapaces de elevarse un poco. Además cobardes hasta lo increíble; llenos de dudas, se convirtieron en subalternos que nunca pusieron en tela de juicio la grandeza de su maestro; ¡claro!, tampoco eran rivales de calidad para su figura.

—Abandonado por todos, lo hacían sufrir intensamente y con refinamiento sádico: tuvo que resucitar muertos, curar a ciegos y leprosos, aliviar metrorragias, hacerla, pues, de taumaturgo; fabricar vino y pan simultáneamente, organizar cenas asombrosas por su cantidad y urgencia. Asistir a banquetes, echar a los mercaderes y resolver problemas burocráticos frente al poder secular del César. No creyeron en él a pesar de que todo lo realizó; pero además, lo hizo porque ya no creían en Dios, que no tenía nombre, ni forma, ni podía hablarse de él, ni era necesario... Todo fue irónico, cínico, cruel.

—Pero lo más grave es la certidumbre a la que tuvo que llegar: la inutilidad

absoluta de su sacrificio, lo absurdo de su crucifixión, la disolución total de su obra.

—Muchas veces me he preguntado en qué consiste la grandeza de Jesús y no es fácil encontrar la respuesta, a menos que admita el siguiente hecho: llegó a ser Dios. Pero ¿cómo puedo decir yo esto? Llegó a ser Dios. ¡Qué difícil afirmación!

—Yo soy una hipótesis con que la humanidad ha tratado de sostenerse, de sustentarse en su necesidad de ideales y de esa manifestación de enajenación o extrañeza. Es Jesús quien llegó a la realización de esa hipótesis; la convirtió en realidad y le dio carta de identidad a una imagen como es la mía, inventada y tomada de la nada. A él le tocaba darme vida o enterrarme definitivamente.

—Falta un punto por aclarar: ¿qué papel juega la mujer en todo este asunto?, ¿por qué hay que obligar al hombre a ser asceta? «Hacerse eunuco por causa del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso séalo.» Significa esto que para que el hombre vuelva a ser como Dios ¿debe retornar a su condición original?, ¿con la costilla dentro?, ¿debe ausentarse de la mujer y quedarse solo, prístino, frente a Dios?

—Para finalizar y dejarte satisfecho y tranquilo espiritualmente vuelvo a decirte que Dios no existía. Recuerda que Dios soy yo y que no lo fui hasta que Jesús se consumó. Todo lo anterior a él son suposiciones y quimeras. Te dejo el problema para que lo aclares.

¡Éste parecía el lenguaje de Alí y no el de Jehová! ¿Qué ocurre? ¿Por qué ha desaparecido? ¡Ahora me toca a mí decir algo!

La noche había terminado y yo salía del paraíso solo, con un misterio insoluble que no dejaría de acicatear mi conciencia. No podía ser un sueño; todo era claro y de una plasticidad inigualable. Las ideas permanecían grabadas en mi mente pero no podía saber si fuera de mi inconsciente eran verdaderas. Caminé lenta y tristemente. Me parecía que nunca podría asomarme al misterio de las cosas de manera satisfactoria. ¿Habría, por otra parte, un misterio?, ¿una verdad sola? O bien, ¿todo era una lucha de verdades a medias, paradojas y antítesis? ¿Con qué derecho pedir más?

A lo lejos, al fondo del camino sombreado de antiguos árboles, estaba Napoleón Alí. Sonreía mefistofélicamente. ¿Nunca terminarían mis complicaciones? ¿Me habría dado algún bebedizo mágico?, ¿pentotal sódico? Me molestó su sonrisa burlona; parecía un viejo sabio que conoce la razón última de las cosas y se muestra apenado y condescendiente ante la perplejidad que embarga a un pobre mortal.

—Ahora, psicoanalista ingenuo, ¿cómo vas a salir de este enredo en que se han metido tu inconsciente y tú? Debo decirte que me regocija en grande tu turbación, ya que perteneces a esos presuntuosos que parecen tener la respuesta adecuada para cada fenómeno, acción, conducta y pregunta. Pero si te sirve de consuelo te diré que hay una idea tuya que me interesa mucho: «Hay que gastarlo todo y entregar a la muerte tan sólo piel y huesos». Yo agregaría, haciéndole cuernos y una trompetilla.

Efectivamente, me hizo cuernos, me lanzó una estrepitosa trompetilla y desapareció dejando fuerte olor a camello y azufre.

¿Quieres nieve de limón?

Era una voz tierna y dolorida: —Ya terminó todo y saliste muy bien.

¡Esto era una burla! ¿Así es como terminan bien las cosas?

—No te muevas demasiado que puedes caerte; no puedo sostenerte yo sola.

Abrí los ojos y un dolor agudo y terebrante me aguzó el intelecto: me dolía la retrofaringe. Qué manera de propinarle a uno el pentotal ¡como mazazo! Escupí saliva asalmonada y ya estaba en la realidad nuevamente: amigdalectomía sin complicaciones; se inició con anestesia de aplicación endovenosa e intubación posterior. Había vuelto del Tigris y el Éufrates sano y salvo pero confuso.

Alí sonreía burlonamente. —Eres un sangrón; vaya trabajo que dio cohibir la hemorragia de tus vasos obstinados. Por ello tardó tanto la intervención.

Si no hubiera sangrado pude evitarme la entrevista celestial tan preñada de consecuencias para el resto de mi vida.

Eviana estaba ahí, junto a mí, feliz de mi recuperación, a pesar del ojo morado que le había puesto de un codazo mientras me movía bajo el mando de los núcleos subcorticales.

—Que sea el primero... —me dijo—, y el último ¿eh?

Alí era un hombre honrado. Nunca había cedido ante la fuerza o el cohecho, de la naturaleza que fuera. Recordemos que había iniciado la batalla hacía tiempo, cuando su estado natal tuvo un gobernante inconsútil, a quien llamaban así porque era un «descosido». Mandó cerrar la escuela superior porque decía: —Yo he logrado lo máximo que un hombre puede aspirar sin haber estudiado siquiera la primaria completa; no se necesita para nada ese asunto llamado escuela.

Alí fue a la huelga y luchó como un león; no, mejor como una llama. Escupió discursos maravillosos con un contenido letal potenciado. Gastó su saliva —que debió haber empleado para asimilar enzima y estimular su estatura— en vitriólicos discursos contra el gobernante que pretendía ahogar la cultura. Conclusión: Alí se quedó chaparro y preso.

Pero de ahí nació nuestro flamante gastroenterólogo. Deprimido y decepcionado de la política militante, ahogó su pena en el ciego y en la ampolla rectal. Trató de encontrar el motor y la razón de existir en esa parte del cuerpo que gobierna al hombre: el vil vientre y su contenido.

Cuando nos conocimos en la Facultad me dijo: —Yo soy árabe por los cuatro costados, ¿y tú?

Todo yo era costado, tan flaco y muerto de hambre que me confundieron un Primero de Mayo con un líder de los verdaderos, de aquellos que eran del grueso del filo de una navaja y caminaban sobre ella. Todo esto era cuando los líderes tenían color; luego se hicieron como el agua potable: inodoros, incoloros, insípidos... sin gérmenes y sin muchas cosas más, para acabar pronto.

Costado a la derecha y a la izquierda, al frente y detrás. Comía poco, de vez en cuando y sólo para purgarme porque me sentía mal; creía en el invento máximo de la medicina primitiva y buscaba la catarsis comiendo un poco más y agregándole algo inalcanzable habitualmente: cien gramos de chocolates, de cualquier clase, pues todos me producían extrañeza y pringapié.

Mi pobreza y hambre eran tales, que estaba seguro de entrar en desnutrición con un solo día de ayuno. Veía mal por las tardes, a la hora del crepúsculo; más tarde le pusieron nombre de mujer trágica a ese fenómeno: Hemeralopia. ¿Podría ser la mujer de Parménides? ¡Oh, fisioquímicos románticos!

Iba por las calles envidiando a todo el mundo, pero con un orgullo fiero de personaje de epopeya. ¡Solo contra el mundo, y muerto de hambre, con jaqueca permanente y siempre a punto de tronar en la escuela! Ya no podía con la angustia ni con la petulancia. Me salvé de la paranoia, me quedé en paranoide; fue cosa de terminaciones.

Aquel Primero de Mayo, un capitán de los que disuelven a los rebeldes, me agarró diciendo: —A usted lo queríamos, ¡jálele!

Nunca fui un valiente, a decir verdad ni la mitad de uno. Empalidecí y

empavorecí. Se me ocurrió un pensamiento extraño: ¿debería yo permitir que me vendaran?, ¿qué frase iba a decir para inmortalizarme?

Al llegar frente al superior, éste le dijo al capitán: —No seas bruto, éste no es, ¡suéltalo! —Así fue, me propinó un empujón y un nuevo: —¡Jálele! —¿por qué no me lo dijo, baboso? —Por eso, porque, tenía los labios pegados.

Yo creo que todavía es posible que me confundan con el mismo líder, 29 años después. Yo también he engordado suficiente...

Hemos caminado mucho Alí y yo desde entonces. Han transcurrido muchos años solares, varios siglos si juzgamos por los acontecimientos, todo fue ayer si pensamos en la muerte. Hemos recorrido mucho espacio, se ha acortado lo que nos falta y seguimos siendo unos ignorantes dignos de lástima.

El Alí de ahora y aquí, ha escuchado mi petición para que me permitiera escribir un esbozo acerca de él; con un aire de fastidio me ha dicho: —Lo pensaré; más tienen la misma pretensión.

¿Será posible lo que le ocurre a mi amigo? Alí cree que Jesús ya se había referido a él antes de estos siete últimos solicitantes de sus derechos biográficos. Mateo lo escribió al pie de la letra: «¿No entendéis aún, que todo lo que entra en, la boca va al vientre, y es echado en la letrina?» «Mas lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre.»

Ha interpretado a su manera estos conceptos sublimando su profesión. Cuando habla Mateo de lo que sale de la boca, parece que lo han tomado como modelo de la descripción caracterológica de un fariseo típico.

Se ha reído cuando le dije: —Tú siempre has existido; unas veces frente a Abel, otras tentando a Cristo en el desierto, regresando a Ithaca, disputando con Agustín, y también en la hoguera de una plaza principal por orden de la Inquisición.

—Sí —respondió cambiando súbitamente su expresión, mostrando desconcierto y tristeza—, pero, ¿qué soy ahora?

—Lo sabrás a través de un sueño, de alguna admonición; interroga a los arúspices.

—Esta noche seguiré tu consejo, aborto de psicoanalista; me pondré el dedo gordo de la mano derecha en el ombligo y un ladrillo encima, veremos qué pasa.

Alí durmió profundamente aquella noche. Su sueño fue pesado y difícil y al despertar sólo recordaba esto:

—Me examinaban un burócrata, un sacerdote y un político en una especie de ágora; una numerosa concurrencia se había congregado en una explanada como de una gran universidad, pero asombrosamente sentía a toda esa gente muy cerca de mí, bebían mi aliento y estaban ansiosos de conocer lo que iba a decir.

—Me hacían preguntas, pero sólo recuerdo una: «¿Qué es el hombre?» —El hombre es la máquina más cara y complicada de fabricar caca; el hombre es sueño y espíritu; el hombre es Dios —respondí.

—La multitud me abucheaba y me aplaudía, me lanzaba insultos y ¡olés!, no se

ponían de acuerdo; disputaban entre sí y finalmente peleaban en dos o tres bandos violentamente. Me envolvía en un remolino incontrolable, me sentía cogido peligrosamente y me invadía una angustia abrumadora y la certeza de mi muerte próxima.

—De pronto, se oyó un trueno pavoroso precedido de un enorme resplandor. La muchedumbre retrocedió cubriéndose la cara y temblando de miedo; ¿qué ocurría?

—En medio del ágora, a unos cien metros de altura, descendía algo extraño: era un diván con un hombre acostado en él, con un puro en la boca, a la freudiana, con un brillo extraño en los ojos y le salía humo por los oídos. Tenía una caña de pescar en la mano derecha. Al aproximarse a la superficie reconocí tus facciones, ¡eras tú, malhadado psiquiatra!, ¿qué tenías que hacer ahí, en mi sueño?

—A punto de tomar tierra el diván, observé tu atuendo, ¡vaya tipo ridículo!, ¿por qué tenías que venir vestido a la damasquina? *Láffe*, *shíruel* y babuchas. ¡Nunca había visto un psicoanalista árabe!, y ¡qué olor a camello acomplejado! Lo único occidental era el puro a la vienesa.

—Una vez en tierra el vehículo psicoanalítico, bajaste suavemente, como si fueras Harun Al Raschid, y con todo el desparpajo de ustedes, los jergafásicos, le dirigiste a la audiencia así: «Ni nunca más diremos a la obra de nuestras manos: Dioses nuestros: “.....” Dales, oh jehová, lo que les has de dar: dales matriz expeliente y enjutos pechos.»

—Se oyó un ¡ah! prolongado y reverente. Se pudo ver el oleaje producido por las cabezas que ondulaban cuchicheando entre sí: —¡milagro!, ¡milagro! —Luego, con una mueca de aburrimiento tú dijiste: «El que esté libre de complejos que arroje la primera piedra.» Qué bueno que estos tipos nunca curan a nadie —pensé—, de lo contrario qué pedriza nos habrían propinado.

—En seguida me tomaste de la mano con ademán protector y me condujiste a un sitio seguro por una de las salidas de la plaza, diciéndome: «Prosigue, tu camino va por ahí, ve al encuentro de tu destino...»

—Aparte de la agresividad franca contra mí, ¿qué otra cosa observas en tu sueño?

—Algo que me molesta y conmueve: la idea de tener que esperar de ti que me digas dónde va mi camino y el ansia de que así fuera. Pero, ¿tú lo sabes realmente?

—No sé, pero estoy seguro de que tú sí lo conoces.

—No se me ocurre nada, excepto que mi destructividad podría ser reactiva y no caracterológica; que me gustaría emplearla en algo productivo.

—Bueno, quizá ése sea el camino.

—Tengo más de cuarenta y cinco años de edad. Debo construir, hacer algo significativo, que justifique mi vida. Estoy cansado de todo, desilusionado de los ideales y de los que preconizan esos mismos ideales; predicadores que conocemos muy bien: panículo adiposo abundante, *emboinpoint*, chequeras infladas, viajes en primera, vinos selectos, *cocottes* de clase no turística, veleros, congresos financieros, ¡bah! Y lo peor es que se han apoderado del socialismo al que han convertido en

prostituta. Sufro una rabia incontenible; hoy me comería un tigre o un gerente perfumado. O realizo mi vida sin limitaciones haciendo lo que debo y quiero hacer o me dedico a odiar a todo el mundo, a los farsantes, a esas *vedettes* de la política, de las finanzas, de la religión y la burocracia.

—Veo que el mundo se hunde sin remedio y parece condenado a la muerte por inanición, precisamente por la pasividad de los pocos que piensan todavía, y no actúan; parece que estuvieran enfermos de la acción, de la conación, del élan vital.

—Sí, es precisamente una de las bases de la neurosis: inactividad, insensibilidad, no estar preocupado; todo ocurre lejano, como ausente de nuestra afectividad.

—Sí, claro, ahora vas a comenzar con tu maldita cátedra; dirás muchas explicaciones, mecanismos, y nada sucederá. Hay que actuar en este mundo lleno de mentiras blancas y aparentemente inocuas: «Labor social», «repartición justa de la riqueza» y ¿cuántas más quieres que cite?

—¡Qué asco!, soy un individuo que conoce la inmundicia y la pobreza en todas sus expresiones y nada me ocasiona tanta náusea y malestar como la putería intelectual, emocional y del lenguaje. Predicadores, discípulos de Hitler, emplean las mentiras más extrañas, grandes y fabulosas, con el objeto de hacerlas más fácilmente creídas por nuestro ser racional.

—No exageres, Amigd-Alí —como le llamaba desde la operación.

—No exagero, la honradez es algo activo y la pasividad del hombre que permite el cohecho, la violación de la ley y la justicia está soportada por la inercia de la mayoría, ¡rebaño de castrados impotentes!

—Hablas como un político en campaña.

—Eso es, justamente, ¡ahí está la solución! Volver a la política como en mis años mozos y luchar; la vida es eso, lucha, actividad, realización. Volver a mi elemento donde rendí lo mejor de mí mismo, entregarme completamente a la política como si fuera una mujer hermosa y experta. ¿Por qué habré estado ciego todo este tiempo? Empezaré hoy mismo, ¿vienes conmigo?

—¿Es necesario?

Sentí calosfrío. Allí era masoquista, honrado y agresivo, ¡vaya combinación extravagante!, ¿qué pensarían los políticos de algo así? No soy pesimista, tampoco estúpido en grado intolerable, pero una decisión de esa envergadura en quien no está dispuesto a transigir ni a hacer componendas ni tiene precio en el supermercado nacional e internacional, se traduce, *Alea Jacta Est* y, ¡que Dios nos coja confesados! ¿Qué iba a hacer Alí en un mundo lleno de «sentido práctico»? ese atributo de la clase media y tres cuartos, de la burguesía pedorra que vive de celebraciones de cumpleaños, aniversarios, pasteles, misas domingueras, indignación moral y películas de tres «A»... ¿Qué iba a ser de él en un mundo que manda a la cárcel a Bertrand Russell?

Ahora seré yo quien vaya a dormir con el pulgar en el ombligo y un aerolito encima, tratando de interrogar a magos, chamanes y bolas de cristal, quiromancia y

asientos de café.

Alí llegó a la política como llegan los elegidos. Tres clientes lo llevaron al puesto inicial que habría de conducirlo a la exaltación, a la eternidad.

Era médico de un personaje básico de la burocracia gubernamental, enfermo de hemorroides complicadas con impotencia. De un altísimo elemento obrero de la lideratura, enfermo de úlcera duodenal, arterioesclerosis cerebral, complicado con adulterio peligroso. Finalmente, médico de un procer cumbre de la iglesia, enfermo —rara avis—, de tercio-cuaternarismo con L. C. R. cementérico; todo un ejemplar venusino al cubo. Alí era, además, médico del único hijo al descubierto de nuestro jerarca, en edad de *outsider-bítnico*.

El cliente inicial fue la esposa del líder. Ella indujo al amante a consultarlo, pues el político eminentísimo empezaba el ocaso y omega de la sexualidad. Cuando ella conoció al sujeto padecía de hemorroides y la impotencia relativa fue producto de la misma interrelación. Multípara, fue a consultar a Alí, por dolor en el hipocondrio derecho; diagnóstico fácil para un venado tan tiroteado: Colecistitis calculosa. Los cálculos, como los designios de Dios, son imprevisibles; se enlazaron las cosas de tal manera que condujeron el tinglado al gabinete de Nostradamus Alí.

La señora fue informada que debería sujetarse a una intervención para extirpar la vesícula empedrada, y respondió que debería consultarlo con su esposo, vino éste, habló con el taumaturgo y quedaron de acuerdo en operarla tan pronto como se realizaran los análisis previos a toda intervención quirúrgica.

El político eminente fue a consulta pasando por las horcas caudinas de la exploración para investigar hemorroides, ¡ay! de los vencidos. Durante la charla de «sobremesa» —costumbre inveterada de Alí—, el político preguntó: «¿Es cierto que va usted a operar a doña fulana de tal?» Alí, que era como el «don Memoria» de «39 escalones», despepitó inmediatamente diagnóstico, pronóstico y demás familia sin dejar nada dentro de la faltriquera.

Tan comunicativo como inquisitivo, nuestro héroe se metió con él, ¿la conocía? Alí agarró la punta del hilo, lo desenredó y llegó a donde era necesario: ambos se entendían. Habían sido compañeros de infancia y el líder los había separado hasta que se encontraron y juntaron cólicos y pujidos, haciendo de todo un *ménage à trois* impresionante.

La úlcera péptica y arterioesclerosis lideril sabía o no, toleraba o no todo este asunto habitual en nuestro siglo; pero como a su vez había tenido una larga carrera parecida, su balance era positivo y lo hacía transigente.

Empezó su carrera de líder cuando los sindicatos tenían color de sangre de toro; ahora se había actualizado, como el color de los sindicatos que desmanejaba; horchata era su color predilecto. —Los líderes han evolucionado y no podía ser de otra forma —decía ahuecando la voz—; nuestros antecesores son a nosotros, esto es,

Rosa Luxemburgo a mí, lo, que el hombre de Neanderthal es al hombre moderno. No puede uno alejarse de los principios vitales: el hombre es rebelde como obligación durante la juventud y conservador durante la vejez. Es una verdad estadística que reconoce excepciones. Los jóvenes conservadores son idénticos en patología a los viejos rebeldes, con la limitación de que es característica negativa en los primeros y positiva en los segundos.

Nuestro líder había leído algo casi igual en su juventud y, aunque no recordaba dónde, lo hacía suyo porque ese pensamiento había nacido de su experiencia. Pero había una variante definitiva en su actitud; él había luchado porque quería llegar a colmar sus metas y en cuanto lo logró dio marcha atrás y se quedó con lo que era verdad para él, su conservadurismo, su burguesismo resumido en el máximo orgullo y seguridad: cuentahabientismo en un banco próspero. ¿Su aspiración máxima? Responder al mensaje del Gran Jefe un día de toma de posesión.

Su carrera había sido desesperadamente común, pero lo encumbró un cambio en la filosofía gubernamental al virar la dirección lideresca dirigida desde las esferas altas y con un fin claro: convertir en colaboradores a los opositores mediante la intervención catalítica de la moneda. Instrumento más demoledor no descubrió el *homo putridus*.

Era orador oficial y hablaba contra los monopolistas, los tráfugas del movimiento libertario económico social, contra el abuso hacia su amado rebaño. Predicaba, como todos los traidores, satisfecho, ahíto, y secretamente implorando al cielo que el mar no se encrespe, que no haya temblores.

«Movía» la opinión pública en el sendero necesario para una votación, para un decreto y todo aquello que necesitara la apariencia democrática. La verdad es que él vivía tan distante y enajenado de los problemas obreros, sociales, de los vitales y existenciales de los pobres trabajadores, como una estrella de Hércules o Andrómeda de este planeta nuestro tan sufrido y dispuesto a reventar.

Le habían dicho que era malo pensar demasiado en problemas, que producía hipocondría, melancolía y demencia; ignoro por qué acentuaba esta última, pero él había optado por evitar enfermedades y trifulcas sacudiendo los malos pensamientos producidos por el super-yo moribundo para entonces, a causa de tanta argumentación intencionada. Se trazó el camino que había de seguir en los próximos cincuenta años y lo prosiguió sin variación apreciable, si exceptuamos los insignificantes cambios necesarios, previos a cada nuevo periodo de gobierno. Era, lo que se llama en lenguaje anglosajón, *self made man*.

Uno de los grandes méritos —timbre de prez del que pocos podían ufanarse— que se le atribuía a este señor era su éxito sexual y simultáneo con dos hermanas; conservaba una fotografía acostado con ambas. Otro es que aprendió a escuchar música sin recurrir a Morfeo, asustado, seguramente, por el ridículo que había hecho cuando en la secundaria el maestro le había preguntado el nombre del dios del sueño y él, observando el movimiento de los labios de un soplón, había contestado «Orfeo»;

queriéndolo ayudar, el maestro le dijo: —Falta una m. —Nuestro líder rectificó: — ¡Orfeom!

También poseía sordera selectiva y oportuna y halitosis que usaba como cortina protectora de los arriesgados y necios que —como en el tenis— pretendieran rematar cerca de la red para amedrentarlo.

Quizá debamos añadir que tenía manos pequeñas, asalchichonadas, como si hubiera sido mal terminado y de prisa, y que se había restirado el cogote mediante cirugía «reconstructiva»; no quedó bien.

Lo único realmente humano era la úlcera péptica que había quedado como recuerdo de la lucha que alguna vez sostuvo su inconsciente contra las incitaciones del medio ambiente. Pero así como la úlcera había encallecido, todo él estaba acartonado y carente de «Pepe Grillo», a quien una vez —ya no recordaba cuándo— había ahorcado en el aire y lanzado fuera de su conciencia, lejos de él. Había que ser indestructible, sus normas invariables y jamás se desviaría de sus lineamientos. ¡Jamás!

El político no difería mucho del resto de sus compañeros. Algunas ocasiones son hombres de buen humor y hasta eso les ayuda en un país triste, dado a la depresión, a la avitaminosis y al machismo. Se explica que así sea. Se ganan la vida fácilmente; es poco lo que hay que hacer y cuando se plantea un problema en el que intervienen los intereses de la mayoría optan por la minoría, que son ellos invariablemente. Lo mismo puede tratarse de la carestía de alimentos que de la protección a la industria de un amigo, o la desviación del trazo de una carretera para que pase por la hacienda del suegro. En cuanto se ha protegido la industria nacional, ¡viva la pepa!

En la etapa decisiva de su carrera, llegado el momento de «jugársela», iba en pos del Gran Jefe en una comitiva que inauguraba por tercera vez la misma obra de «necesidad improrrogable». El camino que tenían que cruzar el personaje y sus acompañantes, era empedrado y lleno de hondonadas. Se detuvo el jefe por un momento y nuestro héroe, aprovechando la coyuntura, jadeante corrió hacia él para abordarlo, pero metió el pie en un hoyo y vaciló estando a punto de caer. El señor lo tomó por el brazo y le dijo: «Se cae usted, don fulano...» A lo que repuso inmediatamente, tambaleante, todavía. «¡Sí!, Señor, si usted no me apoya ¡me caigo! Me caeré si no consigo que ordene usted la forma en que deben aceptar y disponer lo de mi candidatura a diputado federal; me están postergando injustamente, ¡ayúdeme, Señor, que me caigo!»

Le hizo gracia al Señor todo el asunto y lo que cayó sobre nuestro político fue la Gracia del Jefe; dado el papirotazo inicial, lo demás fue sencillo. Con la salvedad de que recibió una especie de castigo proporcional a su éxito; con un tanto de pensamiento mágico, más o menos fundado, atribuía a su curul los males que le aquejaban pues era tanto el tiempo que tenía que estar sentado, somnoliento,

escuchando ruidos aprobatorios, un bordoneo incansable, en que todo lo que tenía que hacer era levantar un dedo y permanecer con los glúteos inmóviles, cálidos, protegidos. Tanto de eso produjo la congestión que lo llevó a las tradicionales almorranas, vergonzosas y vergonzantes, y a la sabiduría de Alí.

En su adolescencia había formado un partido político que contaba con cuatro gatos; eran ellos jóvenes llenos de fuego, masturbación, ideales y pie de atleta. En plena defensa de la causa de oposición fue encarcelado durante setenta y una horas. Por una se salvó de salir convertido en conejo y gallina pues como decía alguien, «en menos tiempo pueden echarlo a perder a uno». Obtuvo cicatrices y neurosis de angustia, depresión ansiosa y limitación grave de la vida. En otras palabras se asustaba hasta de la sombra de sus orejas.

Cuando salió por influencia de sus padres —no eran realmente necesarias— se prometió a sí mismo que no desmayaría, que proseguiría por esa ruta y que los embates de la existencia jamás lo harían cambiar; a eso se debía que no estuviera muy seguro de que las hemorroides no fueran un castigo divino, enviado directamente por alguno de los que defendieron las Termópilas o el alma en pena de algún niño héroe, o de Cambronne, por ejemplo —que era el héroe de Alí— quien había elevado la gastroenterología, en Waterloo, a una altura jamás sospechada.

La novia largó al sujeto con todo y sus ideales, cambiándolo por un tipo de canas en las sienes y chequera repleta. La odió intensamente, se sintió incomprendido por ella, falsa e interesada; quedaba solo con su honra y pensó en el jardín céntrico de su pueblo como el lugar adecuado para suicidarse a las cinco de la tarde de un día triste, apacible y sin sol: el arma elegida, la pistola.

Lo salvó una tía bizca, soltera y menopáusica. Lo vio desmejorado, lo llevó con un sacerdote, su guía espiritual, para que lo confesara y le diera unos cuantos consejos respecto de esas cochinas que hacen los jóvenes cuando están a solas. Así fue: le infiltraron en el alma el elixir del sentimiento de culpa, la gloria de Dios en las alturas y el pecado original, además de la posibilidad de volverse idiota.

Lo mandaron a hacer unos ejercicios espirituales en un lugar adecuado y, ¡nunca estuvo tan cerca de la homofilia como entonces! Escuchó una charla, resistió una embestida y echó a correr en estado de pánico. Se curó del suicidio ante el temor de perder la honra.

Una muchacha muy sana y buenota que estaba en su casa desde hacía meses, a quien no había visto porque sólo se fijaba en su novia y en sus ideales políticos de reivindicación, lo curó definitivamente en unas cuantas sesiones, mientras sus familiares escuchaban por radio las comedias tristes del final de la tarde.

Se curó de la morriña y se le volteó el entendimiento respecto de ciertas cosas; se le salieron musarañas que guardaba en el cráneo, ahuyentó murciélagos, vació el cacumen de fantasías y se quedó con las puras realidades.

Su primer paso fue venderse a buen precio en la facultad y formar un batallón de choque. Se sostuvo en primera línea hasta obtener el título profesional y sintió que el

horizonte se ampliaba. Se las ingenió para ingresar al partido más fuerte y desempeñó lo que había que desempeñar: llevaba medicinas a la amante de su jefe, resolvía todos los problemas que pudieran presentársele a ella, a otra y a quien fuera, usando discreción y sigilo de mejor suerte.

Un empujón. Otro más y recibió la estafeta. En un medio en que todo se arregla a empujones, no pudo quejarse del impulso que le propinaron, suficiente para llegar a donde ya no podía regresar.

Existe, como en el escalamiento de las montañas, un nivel en que se encuentran las huellas de los que han subido antes, alcayatas por donde es relativamente fácil el ascenso. Él llegó a ese nivel de seguridad, en que se juega de una alcayata a otra sin peligro; una especie de juego de pelota en que se va de diputado a senador, de éste a gobernador, de éste a embajador o sub-ministro o ministro, y, vuelta a empezar cuando ya se ha descubierto la técnica de la inmovilidad y movimiento continuos.

Conoció sus limitaciones cuando se amorrilló y quedó varado en un medio, encajonado, sin poder salir. Comprendió entonces su tope, lo aceptó con cierta filosofía, contando con que aún era posible lucrar empujando a otros. Todavía podía ejercer influencia para algunos de sus amigos, aunque había perdido la posibilidad de su propio ascenso.

Estaba en esas circunstancias cuando conoció a Alí.

Una noche fue llamado Alí para atender a un personaje que vivía en un lugar apartado, aparentemente modesto por su aspecto exterior. Sólo por eso. El individuo, de unos cincuenta y cinco años de edad, sufría un cólico de características un tanto confusas; eran dolores irradiados hacia el epigastrio, que hicieron suponer a su médico que se trataba de dolor de úlcera duodenal. Por esa razón sugirieron el nombre de Alí para consulta inmediata.

Llegó, vio y venció. Se trataba de una crisis tabética, que simulaba un síndrome doloroso de úlcera. ¡Qué le duraba! Durante el interrogatorio se dio cuenta de que el paciente parecía un tanto distraído, como desorientado; hablaba de las grandes cosas que tenía que hacer, de una nueva cruzada, de su importancia y de alguien interesado en impedir estas realizaciones. Concluyó Alí que se trataba de taboparálisis, producto del periodo de ataque a la médula y al encéfalo.

Cedieron las crisis y mejoró la sintomatología cerebral después de un tratamiento intenso, ayudado por un especialista psiquiatra, aunque no se logró *restitutio ad integrum*.

Consideró Alí que para el santo que era... y que la autoridad y temor que infundía su paciente, podrían ocultar el deterioro y las limitaciones. Eso era lo más que se podía lograr y había que conformarse. Si se toleraba la psicosis en los ministerios seculares ¡bien podía aceptarse en los medios eclesiásticos! Por otra parte, para mandar al rebaño no se necesitaba así, urgentemente, una gran estructuración en el

pensamiento, lógica y raciocinio. Quizá hasta sería una conveniencia inapreciable lo que le sucedía, ¡una especie de milagro! Si muchos santos de la iglesia habían sido iluminados, éste podía pasar por uno que había recibido algo parecido, ¡un linternazo!

Alí era una variante del bandido norteamericano de películas, bandido de pegoste, hechizo y enteramente inconsistente, incapaz de matar una hormiga en la realidad; con orgías de sangre, sadismo y poder, sexo y violencia, en su segunda vida, disociada de la primera, era como ilusión compensatoria de su existencia recta, ascética y un poco mística.

Una de sus partes admiraba a todos estos seres de la política y la iglesia, de la industria y de la literatura. Habría deseado ser uno de ellos, envidiaba a los que habían logrado ser lo que él soñó.

Súbitamente volvía a presentarse el germen que aparentemente se había ahogado en él. Sólo que a los cuarenta y cinco años no se puede errar el camino. Ya la meta está próxima, la muerte asoma su perfil vago pero visible.

—Si tan sólo —decía—, hubiera escuchado con atención el susurro amortiguado... —Había cambiado la política por la medicina; le parecía justo, pues, que la medicina, como revancha, lo llevara a la política. Un demonio familiar en él, redivivo, empezó a agujonearlo dolorosamente. Era preciso decidirse y lanzarse a ese mundo resbaloso, caótico, tan deseado.

Para completar la descripción del paciente eclesiástico de Alí, diremos que fue el tercer hijo de una madre «santa» y un padre «monstruo». Eran ocho hijos, unos vivos y otros tontos. De un apetito feroz todos, y seguiditos como marimba; entre otras cosas ese matrimonio dio a la humanidad dos sacerdotes y dos monjas.

El padre liberal, abierto a las ideas de su tiempo, interesado en Augusto Comte y con un sí es no es de rebeldía en la sangre, odiaba la dictadura aunque no sabía exactamente qué podría sustituirla. Aborrecía a los curas, porque lo habían asustado de chico, habían dominado en su casa, controlaban a su padre y a su madre y el confesor intervenía en todo. Lo que pudo habersele comprado de juguetes y dulces, fue otorgado al párroco, quien no se conformaba solamente con los dineros, sino que también se interesó por sus «seis fierros» so pretexto de mostrarle algunas figuras talladas, unos cuadros, y como quien no quiere la cosa, empezó a meter mano y a tocarle los muslos con intenciones siniestras.

Ya siendo padre de familia, siempre había mandado en su casa, aparentemente. La madre decía que él era el jefe de la casa, el señor, y nadie lo creía. La imagen más clara de esa situación podría ser descrita de la manera siguiente: ella montada sobre él; éste cabeza abajo en decúbito ventral; ella golpeándolo con una piedra en la cabeza y pidiendo auxilio a los vecinos, ¡quítenmelo que me mata!

Él comprendía muy bien que no valía nada en la casa. Su frustración era mucha. Los sacerdotes se habían apoderado de su mujer y ella consultaba todo con un

confesor ignorante, estúpido y lúbrico que manejaba la casa y la moral. Lo diabólico, lo que lo enervaba profundamente, era que también le manejara el ritmo y la intensidad de las relaciones sexuales entre su esposa y él. Le reventaba saber que estuviera al tanto de todo lo que ocurría entre ellos. Su esposa había perdido el gusto por el sexo en los últimos años por la influencia nefasta del clero. Antes, cuando jóvenes, era otra cosa. Ella era rubia y a él le encantaba acariciarla desnuda, buscando, siempre, el Vellochino de Oro. ¡Ah!, ella ayudaba de buen grado y lo animaba al grito de ¡al abordaje, Jasón! ¡Qué tiempos aquéllos! Ahora era una vieja avinagrada que no quería saber nada de todas esas porquerías que iban contra los mandamientos de la S. M. I. C. Como ya no podía concebir, no encontraba justificación para dedicarse a esa clase de juegos prohibidos. No estaba dispuesta a ceder. Toda la curia la sostenía. La sola idea de que pudiera verla desnuda, la ponía chinita.

La única ocasión en que el padre se mostró a la altura de sus gonadas fue cuando se casó una de sus hijas con un tipo muy católico. Ella había «resbalado» y lo ignoraba su padre que se enteró de ello por el flamante esposo que fue a devolver a la muchacha porque ya estaba usada. Como no se sentía muy bien ese día, furiosamente respondió a su breve yerno: «mis hijas no son sandías; no las doy caladas».

Con ese acto había terminado su energía. Nunca volvió a defenderse de nada. Se declaró vencido por la esposa, la vida y los curas. Éstos, habían llegado a una solución preciosa de la relación padre-hijos. Ante la negativa de él para dejarse mandar por ellos, ante la lucha que enfrentó en sus primeros años de matrimonio para salvar a sus hijos, cuando menos, de las garras de la curia, la reacción del clero, rá-rá-rá, fue la que sigue: se apoderaron del alma de los hijos, les insuflaron el pecado original, los sacramentos y el infierno, así como la necesidad de salvar a su progenitor del mundo de podredumbre, pecado y perdición acercándose a él y pidiéndole, amorosamente, que lo hiciera por ellos. Les introdujeron la angustia admirablemente. El padre frente a los hijos que querían salvar su alma del fuego eterno. Querían salvarlo ¡contra su voluntad! O sea, si la ensartas pierdes y si no también.

Habían convertido en asunto personal salvarlo del mal y de todo lo demás. Para entonces, se habían tornado obsesivos; se persignaban todo el día, rezaban, suspiraban y se daban golpes de pecho; se confesaban cada jueves y comulgaban cada viernes. Oían misa cada tercer día y hacían penitencia ofreciendo sacrificios de toda índole: cigarrillos, chocolates, no cortarse el cabello, un hábito, y la más optimista prometió que llevaría a su padre de rodillas al templo que a ella le gustaba.

Lo habían colocado en una encrucijada que, si no tenía salida para un hombre fuerte, menos para él, débil y sojuzgado por la bruja esposa, bigotona y de voz de contralto. No tuvo más remedio que ceder; dobló las manos y se provocó una hipertensión arterial.

Sus hijos se sintieron sus salvadores. Lo tacharon de ingrato y jamás le

perdonaron todo lo que los hizo sufrir. Incluían a la pobre madre, mártir, olvidada, buena como el pan, sacrificada constantemente, casada con un monstruo, incrédulo, enemigo de Dios y comunista.

Unos reaccionaron haciéndose homosexuales; otra, la usada, se prostituyó y además se hizo protestante. Dos más, horribles monjas, esposas del pobre Jesús. Dos sacerdotes: uno por vocación, tímido y con grave temor a hombres y mujeres, al que se le fue toda la infancia escogiendo arquetipo; el otro, en cambio, era la misma piel de Judas, rompe-ventanas, tragón, terror de las niñas por su afición al pellizco; capaz de orinarse ahí mismo, donde le daban ganas, y cabalgó sobre las sirvientas desde que descubrió el misterio de la libido. Toda una carrera que todavía no terminaba a los cincuenta y cinco...

Éste era el cliente de Alí. Cuando joven jugó fútbol en el seminario y era fuerte como un toro y con un cuello de gorila del Congo Belga. Su interés por las mujeres no le despertaba miedo a condenarse; le importaban tres pepinos las admoniciones, los castigos y la teología. Vivía enajenado de su profesión, pero cuando subía al púlpito tronaba contra los enemigos de Dios. Lanzaba fuego contra los pecaminosos que no respetaban la ley de Moisés, modificada por los miembros de la rama espuria.

Sólo que lo que atacaba, castigaba y maldecía era su propio yo y la conducta de su yo-mismo; pero él no se enteraba, hablaba de alguien en abstracto mientras él estaba ahí, en concreto.

Era un enemigo de la lubricidad y la masturbación, del adulterio, de la mentira, la insinceridad, de la ausencia de caridad. Nunca había visto dentro de sí, se era un extraño y repetía sin cesar lo que había aprendido, lo que debía combatir... en otros.

Tenía la inteligencia necesaria para comprender los principios básicos de la ética, identificaba la mentira, conocía suficientemente de semántica y poseía un trasfondo cultural que incluía a los humanistas, el latín y muchas cosas más. Pues bien, este individuo era de una inmoralidad manifiesta y crueldad inusitada; su manera de mentir abyecta y deliberadamente, permaneciendo ausente de la esencia misma de las cosas, era impresionante.

Es un fenómeno que podría comprenderse parcialmente, si se atribuye a individuos como éste una disociación ideo-afectiva, de tipo limítrofe con la esquizofrenia. En ese caso, se trataría de «medios-locos», tipos mucho más peligrosos que los completos, a quienes se recluye, se aísla y se hace anodinos desde el punto de vista social. No así los «medios», que merodean dentro del grupo más amplio, encuentran adeptos y seguidores y además, poseen la capacidad de hipnotizar a la gran cantidad de gente que vive en permanente duermevela, sonámbulos, y dispuestos a creer cualquier cosa.

Lo mejor de su vida sucedió en París, tierra del buen vino, del impresionismo y la buena mesa, poblado de mujeres agresivas que miran directamente a los ojos con un aire de conquista, rivalidad, desafío e invitación. Fue ahí donde experimentó todos los contra-mandamientos, ya que él debía conocer lo que tendría que combatir después.

París y Roma determinaron el curso de sus intereses; no era un seminarista nato pero sí un sensual de la mejor estirpe. Tenía pegue entonces, ¡felices veintitrés años!; cabellera abundante y rizada, ojos grandes, vivos, brillantes e inquisitivos.

Roma le pareció demasiado académica; todo era grandioso y tenía una historia severa y trascendente. París tenía algo semejante pero se habían ocupado más del amor, de la buena vida. Lo mismo hacían una catedral gótica impresionante que una comida de ensueño, ¡eso sí era vida!

La sotana le sirvió siempre de *camouflage*; debajo de ese artefacto neutro, se ocultaba una batería antiaérea potentísima. Muchos se llevaron el chasco de su vida por juzgarlo tomando en cuenta su forma de caminar y la actitud de sus manos. En esos sectores anatómicos parecía un iluminado en línea directa con Dios.

Dedicaba gran paciencia a los adolescentes, que lo sentían muy tierno y comprensivo. ¡Ay de los que se dejaban hipnotizar por la boa!; ingresaban al coridonismo con la sanción de la representación divina. Y aunque aceptaba lo que se le atribuye a Balzac, «no hay mejor amigo que el de caderas anchas», él no era precisamente un fanático; daban fe de ello los que habían sucumbido y los que habían podido salvarse por piernas.

Desde muy joven tenía apego a la astrología porque una gitana le había vaticinado: «aunque no sé lo que te depare el destino porque no veo si eres hombre o mujer, hay en tu vida poder y fuerza por todos lados; pero cuídate de los turcos, te harán padecer».

Las dos primeras partes de la profecía se habían realizado; empleaba sotana y funcionaba como gañán e iba en camino de lograr cada vez más poder; era personaje importante de la iglesia, *bon vivant*, con influencia notoria en las almas y en las finanzas. Sobre lo que meditaba de vez en cuando, era en la tercera parte de la frase de aquella gitana de falda floreada y aire misterioso:... ¿será que me enviarán a Turquía como castigo?, ¿cómo podría llegar allá si no tengo intereses de catequizador ni de santo? —Bueno —decía—. No tiene por qué realizarse necesariamente la tercera. Además no soy supersticioso. —Olvidaba que había creído en las dos anteriores y que empleaba un mecanismo de pensamiento en el que disminuía la importancia de lo que creía realmente; lo que le convenía se había realizado y haría lo imposible para que el resto no aconteciera.

Recordaba con orgullo haber salido avante de la única crisis realmente importante a lo largo de su carrera. Claro que tuvo que elegir entre el retiro a un lejano pueblo y el escándalo periodístico, la acción directa y el peligro de su integridad física. Naturalmente optó por lo primero y aguardó a que saliera del gobierno el pistolero embravecido, padre de aquella linda muchacha que le había quitado el sueño... Volvió fortalecido por el aire campestre, la leche sin agua, la abundante cosecha de limosnas y por la amistad de las mozas del lugar, ingenuas, sanotas y tímidas.

Ya la política de su país estaba dirigida hacia una especie paradójica de derechismo siniestro: el nuevo jefe del gobierno parecía estrechamente ligado a la

curia tradicional aunque lanzaba rayos y centellas contra los protegidos de la misma; se habían empleado la jerga y los métodos social-demócrata de izquierda para llevar al poder al representante de la reacción.

La estrella del prelado cobraba fulgor de arcoiris y cada sismo que la removía, servía para afianzarlo a su silla de inmarcesible caudillo. Agradecido por la curación que se había logrado, quiso agradecer a Alí sus servicios con una espléndida cantidad, que fue sutilmente rechazada por nuestro amigo.

—¡Es tu oportunidad! —se escuchó decir a sí mismo. Le explicó que, en realidad, la medicina le interesaba mucho en el aspecto social y le parecía deplorable que se cobrara por los servicios a la salud, que tenía la seguridad que las cosas serían diferentes sin la intervención de la moneda, que desvirtuaba cualquier relación humana deteriorándola. Como quien no quiere la cosa, dejó caer que le gustaría ampliar su función en la medicina, digamos, con proyección hacia la colectividad; que después de ejercerla durante más de veinte años le parecía mezquino seguirlo haciendo individualmente. Sólo que no veía la forma de lograrlo; todo estaba tan influido políticamente, él no tenía amigos entre los que dominaban la situación, que se había convertido en una oligarquía estricta sin la menor oportunidad para los que estaban fuera del grupo elegido, por útil y valiosa que fuera su colaboración.

Empleaba un lenguaje quejumbroso, convincente y con una intención franca; quería dar al prelado una imagen de sí mismo débil, moldeable. Se hacía violencia, pero sus fines bien valían una misa y comunión. Logró, al fin, que su señoría le preguntara: —¿Qué le gustaría obtener concretamente?

Alí garraspeó antes de dar el salto mortal, se tapó las narices y se tiró a fondo: — Quizá una diputación por mi estado natal para representarlo en la cámara baja; en realidad nada serio ni importante... pero, en fin, algo útil podría hacerse... estoy tan dispuesto a acatar la disciplina del caso, del medio...

Era sincero en ese momento y estaba tan convencido de lo que decía, que logró ser convincente hasta el grado de obtener una promesa de pensarlo y tratar de resolver su asunto.

Volvió a buscarme entonces para informarme de los avances logrados y quizá para causarme envidia.

—¿Qué opinas de todo esto?, ¿qué te parece?

—Que vas a meterte en un mundo que no te quiere, donde serás un secuestro; y que tus padrinos no saben que se han echado un alacrán a la espalda; lo siento también por ellos, que perderán su tranquilidad y la poltronería que se habían ganado con tan refinado esmero.

—¡Al diablo contigo, mi animoso amigo!, me has fortalecido con tu apoyo. Para que te enteres, haré una carrera política que tendrá la limitación natural del tiempo, de mi edad, porque llegué tarde; pero te juro que será una realización aceptable. ¡Tan

bien que estaba el mundo sin esta peste de psicoanalistas! Ahora, y por la influencia de ustedes, todo tiene dos caras. ¿Por qué no hacen su dios particular y representativo a Jano? He cambiado, estoy maduro para actuar, soy más tranquilo y elástico, ya aprendí a ceder y tú, ¡insistes con tu ambivalencia de los demonios!

—Recuerda Alí, que se actúa en función del carácter, de los tendones, nervios, músculos, y si tus huesos son duros, también tienen que ver en ello. El temperamento es congénito e inmodificable; tu formación ética es casi una estructura tan firme como tu anatomía. Aunque lo desearas, quizá no vas a actuar sino como puedas, no como quieras. Por otra parte, pienso que después de tantos años de luchar a brazo partido como médico, tu campo de acción debería ser la medicina dentro de la política; esta última, así, tal cual, está hecha para gente que esculpe la personalidad necesaria desde la infancia: frecuencia modulada, ninguna arista que moleste al tacto, plasticidad de cera; carencia de principios arraigados, estómago de hiena, acatar que se debe pasar inadvertido por largo tiempo, una gran capacidad de ingratitud; mano y costillas inmutables para abrazar a quien abominas, sordera selectiva para la censura, narcisismo incomparable, único.

—Pero... tú habías concluido conmigo en que tal vez debería dedicarme a la política, ¿has cambiado de opinión? Además, ¿no es una característica importante, que han poseído los grandes, la temeridad, el deseo de aventura, de modificar las cosas?

—Sí, siempre que sea una determinación espontánea y genuina; que no sea producto reactivo de tu odio a la autoridad y a todo lo que la recuerde. Para decirlo de una vez, de la rebeldía ante tus padres.

—Vuelta a tus necesidades. Estás deformado y no puedes pensar sino en razón de interpretaciones y sugerencias de explicación. Ahora me doy cuenta de que ustedes son los productores de la neurosis obsesiva, los industriales de la locura; la hacen aparecer donde no se sospechaba su existencia. Y ten presente que no soy como tú, no poseo el genio en las nalgas, no puedo permanecer sentado ahí, horas y más horas, esperando que algo suceda. Yo soy de acción, mi voluntad es superior a mi intelecto y tengo que hacer algo con lo que poseo. He cargado mucho lastre que limitó mi capacidad de vuelo y la posibilidad de llegar hacia algo que pensé que existía; y lo que existe, como la ciencia más importante para el hombre, es la política; de ella depende su existencia o desaparición. Los físicos, médicos, filósofos, arquitectos, ustedes, los psicólogos, ¡todos!, subordinados a los políticos; ¿no es horrible y peligroso? Ninguno de los que he conocido es superior a mí en honradez, en coraje, en juicio y razonamiento: ¿por qué he de permanecer a oscuras sin hacer nada?

—Estamos de acuerdo, Alí, la política es tan importante como nunca pudo preverse; ¿por qué delegar en otros el poder y la dirección? ¿Por qué no convertimos cada uno en un político y no permitir jamás una resolución desacorde con nosotros? ¿Cómo es que cada quien actúa como su propio médico o arquitecto, opta por una religión, acepta o rechaza el psicoanálisis y en cambio permite que cualquiera

resuelva su vida, la de otros, el destino de todos? Donde comienza nuestro desacuerdo es en cuanto al momento de intervenir, en las posibilidades de lograrlo y, finalmente, en si tú eres el abogado y si tus circunstancias lo permitirán. ¿Tú puedes?, ¿eres tú quien debe probar? ¿No se obtendrá el fracaso y además la pérdida de una persona tan valiosa para otros menesteres?

—Todo el que se considera un ser racional, se siente con derecho de decirme quién soy, cómo soy, recomendarme cómo actuar y anunciar lo que sucederá conmigo. Soy un boceto de líneas mínimas a las que cualquiera puede agregar algo y darle una palmadita. Siempre ha sido igual y yo tengo la culpa, por supuesto; yo les he concedido el derecho de que actúen así porque digo abiertamente lo que quiero, lo que pienso, mis proyectos. Pero ya no más. Definiré yo mismo mi trayectoria. No quiero permanecer más tiempo con el inconsciente lleno de basura ni seguir empleando mi fuerza en reprimir, reprimir y reprimir. No tengo derecho de echar a perder mi vida porque alguien cree o no cree lo que debo hacer. ¡Al diablo con tanta consideración y convencionalismo!

—A ti te pasa, mi querido psicólogo, lo que en el cuento de los dos truhanes que van a ser decapitados por ladrones. Uno de ellos se dirige al Gran Visir y le dice:

—Si nos perdonas la vida, yo enseñaré a hablar al caballo blanco que monta el Sultán Harun Al Raschid. —Asombrado el Gran Visir, dispone una entrevista entre los truhanes y el Sultán. En su presencia, el ladrón afirma que puede enseñar a hablar a su caballo predilecto.

—¿En cuánto tiempo? —pregunta el Sultán.

—En diez años, señor.

—Concedido —responde el soberano. Al retirarse los bandidos, uno le dice al otro:

—¿Cómo te atreves a decir tal cosa?

—No te preocupes —responde el audaz—; en diez años se muere el Sultán, el caballo, o nosotros. O, incluso, el caballo aprende a hablar.

—Descuida; me voy a sentar diez años a esperar que tú decidas mi destino. Cuando me muera y vaya al Tártaro, deberé responder de mí mismo; informaré a los jueces infernales lo que hice de mí. Me preguntarán por qué no fui yo, no por qué no fui tú. Deberé responder por Alí el Maldito, no por el pazguato psicoanalista que eres tú.

—Doctor, ¿tiene usted mucha suerte!, pase, pase.

Aquella mañana Alí cumplía puntualmente con su visita médica al intérprete de Dios, que se encontraba optimista y en plena recuperación.

—¡Ha matado usted víbora en viernes santo!

—¿A quién he matado, señor?, ¿de qué se trata?

—Cómo, ¿así que no está usted informado? Le advierto que una de sus futuras

obligaciones será la de revisar los periódicos a la primera hora de la mañana; nos guste o no, ahí está la temperatura anímica del país, la mentalidad política como en diapositivas; el horizonte —porque así lo permite Dios— que altera designios y ánimos.

—Siéntese, por favor, y escuche:

«Don fulano de tal, precandidato a la diputación del Estado de tal, cogido por un becerro. Ofreció una comida en su rancho a la que asistió un nutrido grupo de sus amigos, entre los que se encontraban personajes de la banca y la política del país, como gesto solidario a su candidatura. A los postres, don Fulano invitó a los comensales a dirigirse a la plaza de toros que posee dentro de la propiedad, para ofrecerles, en gratitud a su asistencia, tres novillos que había dispuesto para distracción de sus amigos y tener la oportunidad de mostrarles su aptitud para el toreo, su pasión máxima, aparte de servir al país. No logró hacerlo totalmente, pues unos minutos después de que sus peones dejaron salir al primer novillo, al rematar un lance con mucho salero y valor, el torete hizo por él, lo prendió por el recto, lo ensartó lastimándolo intensamente, y después de hacerlo girar varias veces sobre el cuerno, lo arrojó contra el burladero donde se golpeó fuertemente el cráneo, que sonó como olla vacía.

»Una ambulancia lo condujo inconsciente y ensangrentado a un sanatorio particular, donde sus más allegados aguardaban, impacientes y nerviosos, que su médico informara de su estado.

»El diagnóstico es el siguiente: Desgarramiento de recto con hemorragia profunda y fractura del piso medio del cráneo, fundados en la salida de sangre y líquido, tiñendo el pantalón por una parte y el ángulo maxilar por el lado del oído izquierdo.

»Se procederá a la operación quirúrgica en los dos extremos, y deberá permanecer en absoluto reposo, esto es, al margen de cualquier actividad que altere sus sistemas.»

Alí estaba anonadado y sintió que un sudor frío lo invadía; se engarrotó y fue el prelado convaleciente quien tuvo que ayudarlo a ponerse de pie para darle un estrecho abrazo que puso a Alí en un emergente estado de náusea.

—Usted vencerá al otro candidato sin la menor duda. Es un tipo de segunda, casado con una loca, absolutamente impopular, que simplemente ha alquilado su nombre para llenar los requisitos de la contienda. ¡Éste! —dijo señalando el periódico— era del que yo temía, y está liquidado.

—Y como yo me siento notablemente bien y la ocasión lo amerita, me dará usted permiso de tomar un poco de cognac y brindar por su triunfo.

Se encaminó hacia un extremo del salón y abrió un mueble hermosamente tallado que contenía un arsenal de botellas; parsimoniosamente buscó hasta encontrar la que quería, sirvió dos copas y, tomando una en cada mano, se dirigió a Alí, diciendo:

—Espero que sí habrá usted desayunado; de lo contrario seré yo quien le prohíba beber.

—Sí, sí, señor, ya desayuné —dijo Alí casi arrebatándole la copa—, ¡salud!

—¡Por usted! —brindó el prelado—; pero cuénteme cómo se siente, qué ha hecho usted, qué informes tiene aparte del que le acabo de dar —dijo soltando una franca carcajada.

Alí se había repuesto; se daba cuenta que estuvo a punto de echar a perder las cosas. El magnífico cognac le ayudó a tragarse sus impulsos y lo puso en orden.

—Pues, sólo tengo dos conocidos que parecen apoyarme, y... bueno, hacen lo que pueden, pero parece que no han logrado vencer las dudas que prevalecen en la persona decisiva.

—¿Cuáles son las objeciones principales?

—Parece que no soy suficientemente conocido dentro del medio, o mis antecedentes revolucionarios no son ostensibles. La verdad, es que no sé hasta qué punto mi ascendencia levantina.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo.

—Bien, ha llegado la hora de pagarle. No voy a dar pormenores, pero recuerde que entre las bambalinas de asociaciones cristianas, hay revolucionarios y devotas damas, desde la primera hasta la última.

—Vaya con Dios —dijo con su ademán predilecto—, pronto recibirá buenas noticias.

Con una sensación extraña en el epigastrio, donde se proyecta el plexus solar, una flaqueza en las corvas y la seguridad de que se le iría el sueño esa noche, salió de la mansión de su serenísima.

Ya era de los elegidos del grupo escanciado por Ganimedes. Se abría todo un universo ante su perspectiva vital. Una vez afuera, respiró a plenos pulmones repetidas veces, y sintió fuerza en su sangre, en sus músculos, en todo su cuerpo.

—¡Por fin! —musitó—, después de tantos tumbos ha llegado el momento. Si este engendro lo dice, ¡no hay duda!

—Todo sucedía en un edificio moderno por fuera y muy antiguo en su interior. Era una construcción circular sin ventanas y el techo de cemento armado ligerísimo. En la única entrada estaba un guardia centurión.

—Venían juntos, Espartaco, Pericles y Gregorio Séptimo; iban al mismo sitio y aparentemente llevaban la misma misión. El primero iba montado en un obrero sucio, engrasado y sudoroso, que tiraba de un telar; aquello parecía absurdo, cruel y despiadado. Espartaco se veía viejo, gordo y calvo...

—Pericles, desgarrado y antipático, iba vestido en forma extravagante: llevaba un gorro con cuernitos, tenía calzado en forma de pezuñas y una prominencia, como cola, que salía de la entrepierna de su casimir inglés. Montaba un gañán sucio y emaciado que apenas podía con él.

—Gregorio Séptimo vestía túnica roja de terciopelo. Llevaba en la cabeza un

solideo con una pluma de mosquetero y largas transparencias pornográficas, enrolladas como espada al cinto. Montaba una vieja beata, de nariz ganchuda, ojos muy juntos y cabello erizado. Llevaba un crucifijo en la mano y exorcizaba presentándolo hacia todos lados, con un letrero escrito en la manga derecha que decía: «Canossa».

—Yo sabía que eran los reyes magos, no comprendo cómo. Traían regalos para mí. Era muy pequeño y estaba todo zurrado y maloliente, aunque parecía muy contento. Estaba acostado en una especie de cuna hecha de paja amontonada, y me cuidaban un hombre y una mujer. Él, eras tú, con una cara de bobo insoportable, con barba, plácido. Ella, eras tú también; te veías cómico, muy preocupado y me acariciabas con ternura y disgusto a la vez; ¡hacías una mamá magnífica!, te veías chichona y con unas grandes nalgas de percherón. Asumías una actitud de desconfianza por la llegada de los intrusos, como si alguien fuera a hacerle daño a tu niño indefenso y sucio.

—Llegaban los tres magos y descendían de sus cabalgaduras parsimoniosamente, y les embutían a sus «vehículos» un morral con paja en el hocico que luego colgaban de su cabeza.

—Penetraban inclinándose por la puertecita, que parecía la del Santo Sepulcro. Adentro estaba yo y pataleaba de gusto al verlos y les lanzaba los brazos como pidiéndoles algo. Traían cada uno una alforja, probablemente con un regalo. Hacían gestos como si percibieran un mal olor; se aproximaban cautelosamente, con una sonrisa forzada hacia ti, mamá bretona y percherona, me hacían una caricia en la mejilla y depositaban la alforja a un lado de mi cuna miserable.

—Cantaban algo tratando de ponerse de acuerdo y a tono. Era una mezcla extraña: himno nacional, internacional, *dominus vobiscum*, con música de Bach, algo de twist y canto gregoriano. Era un canto impresionante, porque parecía oírse, además, música de *dápke* mezclada con cante jondo.

—Hablaron los tres y dijeron: «Ertejj, ¿báddak teshtéguel laal ejkúme?»^[2]

—Apenas dejaron los obsequios, se taparon las narices y salieron apresuradamente. Yo me arrastré hacia los regalos y busqué dentro de las bolsas. Hallé una pinza de colgar ropa apretando unos labios de hule, unos anteojos oscuros y unos tapones de baquelita para los oídos, pero sin conexión alguna ni artefacto para reducir o aumentar los sonidos: eran tapones solamente.

—Rompí los anteojos al lanzarlos contra una piedra, abrí con fuerza superior a la de un niño la pinza para colgar ropa y me tragué los tapones para los oídos.

—Empecé a berrear como desesperado, te mordí un dedo ¡mamasota!, y me paré y comencé a andar con gran seguridad, dirigiéndome al interior de ese lugar, donde vi una especie de anfiteatro con abundantes hileras de sillas cubiertas de terciopelo verde, una mesa en el presidium y un vaso con agua, un micrófono y un martillo de los de remates. Me dirigí al podium, empecé a crecer, al llegar a la mesa y pararme tras el micrófono, tomé el mazo, bebí un trago de agua y comencé a hablar; para

entonces ya era un hombre más grande de lo que soy realmente.

—Me despertó una sirena de ambulancia. Alcancé a escucharme que decía al despertar: «La Constitución es una ramera manoseada».

—Es todo, mamá psiquiatra; ¿a qué hora me das el pecho y me cambias los pañales?

Alí se presentó en la Cámara, todo emocionado, impecable, como novia recién casada —virgen por supuesto—, que va llena de ilusión al tálamo nupcial y ha idealizado hasta convertirlo en éter al bárbaro que la desposó.

A. A. Antes de Alí. Dice que así será conocido ese periodo político de oscurantismo y barbarie. Se le abreviará así para distinguirlo del actual, del de las luces que se inicia con él.

Transcurrieron muchos meses, desde su confirmación como hijo predilecto del Estado sin que supiera de él. Han sucedido muchas cosas, sin importancia aparente, aunque han dejado huella indeleble en Alí.

Ahora se le ve flaco, taciturno, y hace esfuerzos por ahogar una cólera sorda que lo corroe. No ha podido hallarle la cuadratura al circo.

Su permanencia en las sesiones es agitada, ansiosa, como si tuviera hormigas en los calzoncillos. Está cazando una oportunidad para hacer algo. No está dispuesto a permanecer amorcillado ahí, creando lama. Su boca muestra un rictus de rencor, humillación y deseo de vengarse.

Han enviado una proposición a su Cámara. Se presenta el orador que va a transmitirla y le da lectura. Se hace el silencio y parece existir una aprobación tácita en el ambiente gélido y apoltronado. Cuando concluye alguien levanta la mano y dice: «Para abundar en la moción del compañero...» Luego otro más.

Parece que aquello va directamente a la unanimidad. Alí fuma y fuma; tamborilea sobre los brazos del sillón. Ve hacia abajo con una mirada hosca y biliosa. Un sabor amargo le molesta y la lengua está adherida al paladar. Su corazón late fuerte y golpea el tórax, lo puede escuchar al nivel del oído. Su cara está enrojecida, siente que algo va a reventar dentro de sí. Debe hablar ahora, suceda lo que suceda, ¡ahora!

Salta de su asiento, pide la palabra y con voz temblorosa de cólera y oxidación —no la ha empleado en mucho tiempo—, dice:

—Si esta honorable y fraudulenta asamblea tuviera el tiempo y la paciencia necesarios, les contaría el cuento de la vida de Dantón, les hablaría de Catón, me referiría a Cicerón. Les haría una relación de los hombres de barba completa, calvicie adecuada y hombros anchos, caderas angostas y prominencia en la garganta; símbolos, todos, de la hombría hormonal y política. Pero es tarde, todos quieren ir a su casa, a platicar con la esposa de los episodios del día y enseñar a sus hijos el concepto del deber y aconsejarlos para que sean hombres de bien y jamás claudiquen ante la imposición.

—Las dos afirmaciones simples del hombre, decir sí y decir no, son las más frecuentes y seguramente la segunda es la más difícil de expresar adecuada y justamente.

—Las cosas han llegado a ser tan simples en este recinto, que con la primera de ellas basta y sobra; la otra podría borrarse, sin peligro, del diccionario y del léxico de

esta asamblea de hombres notables.

—Hace meses que sólo oigo decir que sí. Cada uno tiene el derecho de decirlo, como el de cobrar su quincena y disfrutar de sus vacaciones. Nadie que tuviera una pequeña fracción de sentido de realidad se opondría a derechos consuetudinarios de esa calidad.

—Pero decir *no*, implica justificación, razonamiento, juicio y energía. Decir que sí, aquí, sólo requiere eso, decir que sí. Yo protesto con toda la fuerza de mi dignidad, y exijo que si se ha de decir «sí», se razone, al igual que al decir «no».

—Esto ayudaría, también, a conservar el buen funcionamiento de los brillantes cerebros de ustedes, representantes del pueblo, pues estarían ejerciendo las facultades humanas que los separa de los primates. Pretendo que piensen y no se atrofien. Lo hago por la salud de ustedes y de la nación, que tiene el derecho de saber el porqué de los «sí» que aquí se exclaman a destajo.

—Propongo, honorables señores que me escucháis, que, de aquí en adelante, el que respalde, empuje, acepte, abunde, sostenga, dispense, acuerde y se solidarice, exprese el porqué de su aprobación, indique con un razonamiento personal por qué levanta el dedo en sentido de afirmación y se porta como una muñeca que alza el dedo y dice, «yo sé andar, yo hablo».

Los representantes del pueblo se quedaron estupefactos; exactamente como si un ferrocarril que corre a una velocidad moderada y todo va sobre ruedas, encuentra un obstáculo en la vía. Los viajeros duermen y sueñan con un negocio jugoso hecho al amparo y con la ayuda de la ley; de pronto todo se sacude, se despiertan bruscamente y no saben qué ocurre, aunque perciben que es algo muy desagradable.

Tal sucedió después de escuchar la palabra de Alí. Les tomó tiempo recuperar la orientación topopsíquica: ¿seguían estando ahí, en la Cámara!

Alí no perdió el tiempo. Sabía que no estaban grabando en ese momento, así que prosiguió con confianza:

—Los hombres están acostumbrados a decir sí y luego a agregarle «señor». Eso se aprende desde pequeño, se sigue confirmando en la escuela primaria, secundaria, bachillerato y profesional. Luego hay que sonreír al jefe, al cliente, al cobrador, a todo el mundo.

—Algunos llegan a la política y se acomodan; ¿por qué habrían de cambiar aquella actitud aprendida frente a la autoridad del padre, de la madre, del maestro y del jefe?

—¿Del Gran Jefe?, ¡es un honor servirlo!, honrarse con su compañía y colaborar con él; todo sabiduría, doctrina y razón. Es preferible continuar por *vis a tergo* — luego les explicaré esto, mis queridos colegas, por lo pronto avanzaré que no es un insulto—, por inercia. ¿Para qué hacer olas?

—Quiero apuntar que un signo de madurez adquirido con esfuerzo importante, consiste en decir ¡no! Por no decirlo se embarazan muchas mujeres.

—Por último les digo que los órganos que no se usan se atrofian. Es un principio de biología que se ha comprobado hasta la saciedad. Las glándulas de secreción

interna, las pares inferiores, pierden su tejido noble, de secreción, para llenar su cavidad con un tejido conjuntivo intersticial.

—Voy a comer criadillas tatemadas, señores. ¿Quién me acompaña?

Ha ido a entrevistarle una comisión. Este país, piensa Alí, todo lo arregla con comisiones y decretos, así sea sostener la moneda como ordenar excusados limpios en las gasolineras. Comisión integrada por cuatro personajes de peso, de la vieja guardia moderada y reconocida por ser portavoz del G. J.

La cita fue a desayunar en un restorán de moda, y el que llevó la batuta era un hombre taimado, con tipo de indígena fuertemente acentuado, dientes muy blancos, labios delgados, huidizos y mirada lateral y vertiginosa. Llamó la atención de Alí el contraste que establecía con la exótica y morena personalidad del sujeto, un enorme rubí «sangre de pichón» montado, decididamente, para mano de mujer, que lucía en el dedo meñique con la misma naturalidad con que fumaba.

—Era una circunstancia providencial —dijo cordialmente—, que no se hubiera grabado nada en la sesión; que los periódicos no le hubieran concedido importancia al debate. Que hubiera sido todo tan a temprana hora de un día anterior a las vacaciones. En fin, que todo hubiera sucedido casi inadvertido...

Que ellos concedían una importancia extrema a la inteligencia, al valor civil, a la integridad. Era de verdad una suerte tener representantes con tales atributos, tan enérgicos y dispuestos a la colaboración.

Tan así era la cosa, que habían venido en representación del gran grupo, el mayoritario, a pedirle que integrara el bloque que manejaba la Cámara. A formar un núcleo importante con ellos, lo que significaría darle mayor fuerza a su representación. A tomarlo en cuenta para la relación con otros organismos decisivos en la vida nacional y tener acceso a otros múltiples sitios, cosas, invitaciones...

—Miren ustedes —les dijo Alí—; yo soy médico, y antes de conocerlos, antes de llegar a la Cámara, vivía de mi carrera de gastroenterólogo. No puedo decir que gané en mi sector en un sentido absoluto porque no tuve competidor. Tampoco sabría decirles si me conocían los votantes, si estuvieron de acuerdo y si no influyeron factores extraños en los resultados. No obstante, he llegado y estoy dentro de un partido que ganó conmigo las elecciones.

—¿Qué puedo hacer ahora? ¿Aceptar tranquilamente mi suerte y confiar en que me siga ayudando? ¿Obtener el mayor provecho personal y saborear tranquilamente mi nueva posición?

—Mi situación anterior, mi trabajo muy severo, intenso y mal retribuido, fue un periodo de preparación para enfrentarme a todo lo que pudiera venir. El sufrimiento de los demás, la miseria física, la pobreza moral y económica, mi estrecho contacto con la muerte, me curtieron y me proporcionaron una filosofía a la que soy adicto y no deseo cambiar. Quiero rendir mi máximo esfuerzo en el tiempo que dure mi ejercicio. Les agradezco el almuerzo, su charla, sus sugerencias y su amistad. Conozco mi respuesta, sólo que no sé en qué términos ponerla; así que si no les incomoda, permítanme pensarla y dárselas en un tiempo prudente. ¿Les parece?

Salieron del desayuno aliviados los representantes de la mayoría. Seguramente que tan sólo era cuestión de tiempo y precio. A este abonero con cara de inteligente y aspecto de místico, seguramente le encantarían los centavos.

Alí salió meditabundo y preocupado. Habían reaccionado los tipos como no lo esperaba. Nadie había respondido durante la asamblea, y recurrían a lo que suponían el factor básico: había que comprar al nuevo diputado con una concesión, un embute, poder, ¡quién sabe qué más! Probablemente, pensó Alí, otros han intentado algo y los han destruido tras bambalinas comprándolos.

—¿Qué debo hacer? ¿Emplearé las oportunidades que tenga a fondo, pase lo que pase? ¿Cómo hacerlo? ¿Me subordinaré a ver qué puedo obtener subrepticamente? ¿Puedo hacerlo?

—¡Maldita sea mi estampa, la tuya, la dependencia y todo lo demás!

—¿Qué sucede?

—¡Cómo que qué sucede! ¡Lo que me dijiste! No sé qué hacer...

—Alí; no hay probabilidades de que encuentres un sólo adicto a ti en la Cámara; lo que te propongas hacer será una labor individual, aislada, y así, no hay la menor posibilidad de que puedas catequizar a nadie. La honradez se admira en los otros; los mismos que admiran esa honradez y al hombre que la practica, no están dispuestos a hacer nada semejante y tampoco a ayudarlo. Eso va a sucederte.

—En cambio, dentro de cincuenta años, cuando ya no representes peligro alguno de infección, de perturbación de conciencias, pondrán una placa con tu nombre por ahí; harán una sesión de homenaje conmemorativo de un modelo de prohombre, de un señor forjador de la patria. Citarán tus conceptos que ahora son locura, herejía pura.

—¿Para qué vengo a verte? Ahora mismo siento ganas de llorar y de convertirlo todo en un herradero. No tengo salida. No podré redondear nada como no sea uno o dos escándalos para crear un poco de sedimento que quede por ahí, para tiempos por venir...

—¡Siempre fue así, desde que tengo uso de razón! Sacrificarme sin ver la tierra prometida. Pobre Moisés, siempre me simpatizó por ello. Si pudiera conformarme y reconocer, aceptar que ésa es mi labor y no otra...

—¡Convénceme de ese hecho, geniopigio!^[3] ¡Inyéctame! ¡Chócame! ¡Lobotomízame! ¡Cástrame!

—... ¿No dices nada?

—Digo que tendrás un entierro magnífico. Frente a tu cuerpo se dirán discursos y te señalarán como ejemplo. Y los que lo harán tampoco serán como tú, sino diferentes: vivos, prácticos, realistas.

—Entonces, ¿no hay esperanza?

—Si deseas ver concluida tu labor, no la hay. Si en cambio, consideras que eres

pilote de una cimentación, si eres capaz de asumir que sólo eres el arranque de un motor, si piensas en ti como un abono que al destruirse servirá para enriquecer la tierra y producir algún arbusto, planta o yerba que a su vez alimente a quien podrá realizar la obra comenzada por ti, entonces, sí hay salida. Y no debes atormentarte ya por lo que ocurre, sino aceptar que naciste fuera de tiempo; te excediste en la espera o en el anticipo, ¿quién lo sabe?

—Quizá todo es un sueño, Alí, un juego demoniaco y ridículo: nacer, intentar, morir; todo para volver a nacer, intentar y morir nuevamente. Perdemos nuestro tiempo haciéndonos preguntas sin respuesta, cuando lo que hay que hacer es vivir, sin o con sentido, lo mismo da; respondiendo a las incitaciones de la existencia, que tampoco pregunta nada.

—Para vencer esta ley hay que convertirse en espíritu y sueño; lanzar la impedimenta que actúa como contrapeso y llegar a la realización sin lastre, sin meta y sin dolor.

La vida se ha vuelto pesada, tórpida. Alí echa de menos la batalla diaria junto al lecho de sus enfermos. Hay una calma chicha que amodorra, se está enmoheciendo y se ha agriado su carácter.

Ni siquiera la revisión del salario mínimo, que será el proyecto a tratar en la Cámara ese día, parece alterar su rostro sombrío. Se lee la ponencia —como es habitual—, cuyo texto tiene el atributo de revivir a Alí quien se dirige a la tribuna apenas ha terminado el que la da a conocer.

—¿Por qué no tocar el fondo del problema que tan superficialmente ha expuesto el compañero? Antes de calificar de suficiente el aumento aquí propuesto, ya se habrán elevado todos los precios dejando al pueblo con una capacidad adquisitiva útil para el siglo XIX.

—El pueblo debe comer adecuadamente para no tener pelagra, ceguera, para no sufrir *sprue* tropical. Debe protegerse a fin de no padecer frío, neumonías, parasitosis. Debe tener agua para bañarse y beber, para no sufrir enfermedades de la piel y abolir ese aspecto que los diferencia de los ricos, que entre otras cosas no hacen ninguna gracia; porque bañarse cuando se tienen baños de mármol, agua tibia abundante y ropa limpia, es un placer y no una aventura. Aquí todavía es preciso escoger entre bebérsela o bañarse; si exceptuamos la posibilidad de que puedan hacerse ambas cosas...

—¿Por qué no legislar adecuadamente? ¿Por qué no exigir mantenimiento de precios? Para ello no es preciso crear una dictadura, ni siquiera un castigo para los bellacos que juegan con la supervivencia de la raza humana graduando su fortuna en base al hambre.

—Sólo pido que pensemos en la forma de terminar con ese caos de libertinaje limitando la proporción de ganancia, disminuyendo esos injustos porcentajes que

ingresan a las arcas de cuarenta ladrones mientras a cada minuto, nace un desnutrido.

—Si se protege a los búfalos en estancias especiales para evitar su desaparición, si se cuida a tigres y leones, a quienes se vigila y reglamenta su alimentación, ¿no seremos honrados con la raza humana?

—Pero como siempre —ya lo sé—, tienen ustedes prisa. Están angustiados por ir a comer un buen platillo internacional rociado con un vino de tradición; buen café con tibio y añejo cognac. A nadie se le indigestará nada; dormirán siesta y más tarde se harán acompañar por su odalisca habida con el salario mínimo de la Cámara.

—¿Nadie contesta? ¿No cuento con su apoyo?

—Deploro sinceramente que a ninguno de ustedes le dé apoplejía.

Entre un ambiente tenso, hermoso para el sacrificio, Alí buscaba la salida cuando un tipo, muy seguro de su investidura, se aproximó a él violentamente, con una cólera incontenible que se traducía en cada músculo, en todo él. Sacó la pistola y tomó a Alí por el brazo, lo empujó hacia la pared y lo encañonó en el vientre, precisamente al nivel de la aorta abdominal.

Mortal el tiro —pensó Alí—; si sigue esa trayectoria no me dará tiempo para decir «pío».

Pero recapacitó y lo vio a los ojos, sonrió bondadosamente y le dijo a su ejecutor en ciernes:

—Por favor, espere un momento; no estoy listo aún.

Abrió pausadamente un pañuelo blanco, lo dobló como se hace cuando se va a romper la piñata, se vendó los ojos y, con gran tranquilidad, después de abrirse la camisa, gritó: —¡Fusíleme!

Días después del incidente en la Cámara, Alí sufrió diarrea intensa. Se ha practicado todo género de análisis para investigar gérmenes y parásitos. No han hallado nada y no mejora. Como organicista a ultranza que es, se burla de mí.

—Tú tienes diarrea psicósomática; tu colon está irritado.

—Y el tuyo está loco.

—Escucha, Alí, yo sólo conozco un tipo de valiente: el que domina su miedo. Y mientras mayor es éste más valiente debe calificarse. Vale la pena, pues, considerar que si te hubieras zurrado frente al monstruito ese de la Cámara, serías un cobarde. Habiéndolo hecho después de dos días, podemos afirmar que dominaste tu organismo en forma suficiente. Tú eres un valiente y tu diarrea es psicósomática.

—Malo; eso quiere decir que soy como todos.

—¿Lo dudabas?

—Cada uno de nosotros lo duda y lo sabes muy bien. Creemos descender de la pierna de Júpiter y tener a Dios cogido por las barbas. A los demás les puede acontecer todo género de cosas. A nosotros nada. ¿Sabes?, estoy empezando a considerar seriamente el asunto de la muerte. La he sentido y se ha convertido en algo

vivo, ¡me voy a morir!

—¿Te asustaste?

—No sé. Después de lo ocurrido, al salir, se me fue el habla. Nadie lo notó porque salí empleando el último adarme de fuerza que me quedaba. Media hora después, temblaba todo; sentí una laxitud inquietante y un deseo intenso de dormir.

El cambio de poder en un Estado que tradicionalmente ha sido azotado por los huracanes de la imposición, del mal gobierno, del comercio con las prebendas públicas, ha dado pie para que Alí se traslade a la ciudad capital, llevando a dicha ceremonia, la representación del gobierno del centro.

Es un menester inferior dada la pobreza del Estado y, obviamente, el honor concedido a Alí, lleva la más sana intención de quemarlo, aburrirlo y liquidarlo.

La toma de posesión se efectúa en el estadio de la población. Está aquello atiborrado de gente de toda extracción social, dominando, como siempre, la de talón duro. Hay un ambiente de fiesta, de esperanza, no tanto por lo que esperan sino por lo que dejan, de lo que se libran.

El candidato triunfador y ya señor gobernador, dice:

«Damas y caballeros, señor Representante del Gran Jefe, honorable Congreso Local: Prometo a ustedes dedicar todo mi esfuerzo, todo mi tiempo, al bien de la patria chica. Haré esto, estotro, estodemásallá, ¡no los defraudaré! La confianza que han depositado en mí la convertiré en hechos y con creces.»

Una catarata de aplausos selló los conceptos del orador. Alí había permanecido pensativo, ausente, y la ovación lo despertó y lo retrotrajo al sitio donde estaba. Se dio cuenta que todo el mundo lo miraba fijamente y esperaba algo de él. Ni siquiera se percató que el maestro de ceremonias ya había anunciado que a continuación el pueblo escucharía el pensamiento del gobierno federal.

—Siento una profunda simpatía por ustedes, los miserables, descalzos, engañados. Por ustedes, que cada determinado tiempo vienen a escuchar a un nuevo gobernante y tienen siempre la misma expresión espontánea e ingenua, de confianza en algún cambio, de expectativa y esperanza. Pienso si habrán desayunado y cuánto habrán caminado para llegar aquí. ¿Cómo regresarán a sus casuchas agujeradas, a sus jergones sobre el suelo de tierra? En su hambre y en su trabajo arduo, individual, que jamás se mezcla con la explotación del trabajo de otro hombre; en ustedes, que sí dan todo lo que pueden.

—Pienso en sus hijos mal vestidos, flacos y barrigones de lombrices, tristes sus ojos, envejecidos prematuramente y con una seriedad aterradora que debería avergonzar a los que todo tienen y nada dan.

—Pienso en sus mujeres paridoras, de senos flácidos, de vientre prolífico que trae al mundo víctimas a ritmo geométrico; que no poseen nada y deben aguantar el mal trato de quienes tampoco tienen alegría, tranquilidad, satisfacción vital.

—En ustedes, que han depositado su confianza, su porvenir en un hombre que ahora es el dueño de su vida y su destino. Todo hombre que aquilate eso, que se encuentre en esas condiciones, deberla sentir pánico, responsabilidad y vergüenza.

—¿Qué va a hacer con la confianza de estos seres? Semejantes que imploran algo a lo que tienen absoluto derecho; a los que el encanijamiento ha deformado tanto que suplican por lo que les pertenece y debían exigir.

—¿Por qué unos hombres se han convertido en pedigüeños, lastimosos y aduladores de otros, que no tienen calidad y se conglomeran, como para adorarlos? ¿Hay quien merezca esta idolatría y es correcto que se la practique?

Luego, dirigiéndose al gobernador, le dijo:

—¡Por favor, señor!, no considere a este pueblo como un changarro al que hay que explotar...

El gobernador, disimula su incredulidad y aparenta no sentirse insultado. Está más dispuesto al perdón y a la ignorancia, que a crearse problemas en la iniciación de su mandato. Capitaliza el discurso de Alí, cerrando con broche de oro:

«Como ustedes ven, tanto el gobierno del centro como yo, sentimos de verdad todo el abandono de siglos, el sufrimiento de las clases trabajadoras y campesinas, hablamos un lenguaje claro y nuestro mandato será sincero y al servicio de los desheredados. He dicho.»

Como lo del changarro fue dicho directamente a él y no lo escucharon sino unos cuantos, pudo ignorarlo tranquilamente. De todos modos, la conducta del representante del G. J. le fue indescifrable.

A la cena, espléndida y pomadosa, asistió lo más selecto de la aristocracia pueblerina, toda ella ocupada en saludar al representante camaral, quien, junto con cuatro gatos más, era el único ajeno a la reunión.

Todo transcurría entre mozos de filipina, comida francesa local, vinos de cierta antigüedad y música traída de la capital. Aquello era un éxito indudable.

Alguien que había oído informes sobre el ingenio de Alí, se hizo portavoz de la comunidad y solicitó que contara alguna anécdota de su vida, pues no querían desaprovechar tal oportunidad. Alí se hizo rogar y convencer, y les relató lo siguiente.

—De vacaciones en un puerto de moda, me encontré con un conocido, tipo desagradable por autoritario, avaro e indiferente hacia los demás, entre quienes se incluía su propia esposa, a quien le daba una vida de infelicidad inenarrable.

—La esposa consiguió la aprobación de su amo para que su madre viviera con ellos. ¡Más le hubiera valido no haberlo hecho! Todo conducía a consagrar el matrimonio aquel, como modelo de sufrimiento, de abuso y explotación por el esposo de la pobre mujer que algún día había creído en el miserable. Ella sufría y aceptaba jóbicamente su misión en esta tierra, que inconscientemente hubiera querido que se tragara al compañero inefable de su vida, al agente de ventas de una negociación respetable, de esas que hacen casas para sus empleados, la dragonean de socialistoides y fabrican artículos en su casi totalidad nacionales.

El matrimonio, los cinco frutos de su amor y la abuela, se dirigieron al mar para aprovechar la temperatura que invitaba al remojón; decidieron dejar a esta última en la sombra de una enramada burda. Ninguno le preguntó si deseaba algo, un refresco, por ejemplo, o una ampolleta de coramina. Se quedó ahí y los demás se aligeraron de ropa para meterse al agua, salada y azul.

—Era tal el ansia, el afán de divertirse, que no se dieron cuenta del tiempo que transcurría. Ya muy tarde se acercaron a la enramada, gozosos y rubicundos, obsequiosos: ¿se te ofrece algo, madre? Estaba tan contento el sujeto, que la había llamado madre sin meditarlo.

—La viejita pareció sonreír plácidamente y no respondió. Se acercó la pareja, intrigada, pensando en que el calor y el aire del mar le habían provocado somnolencia.

Se quedaron perplejos, ¡no, eso no era posible!: la suegra estaba absolutamente muerta.

—La primera, inmediata medida que tomó el señor, fue no dejar llorar a su mujer. —¡No llores!, se pueden enterar. Si eso sucede tendremos que llevarla a una agencia del ministerio público, conseguir necropsia, permisos, traslado; todo eso resultará muy caro y terriblemente molesto. ¡Sé práctica!

—Cuca, que así se llamaba, se sintió lastimada; como si hubiera recibido un latigazo en plena cara. ¡Qué tipo! pensó dolida; ¡cuánto tiempo ha sido necesario para que me enterara de la calidad de este cernícalo! Miró a la viejecita, plácidamente dormida, con la cabeza inclinada hacia la izquierda y sostenida con el respaldo de la burda silla. Una paz honda se notaba en su rostro. Cuca percibió como una sonrisa ligeramente irónica; era posible ver ese rasgo en la comisura de la boca; era algo que le extrañó de manera imperceptible, que no era habitual en esa viejita, sumisa y totalmente dominada por el hombre de la casa.

—¡Había que hacer algo inmediatamente! Los niños podían ser engañados con facilidad, ya que, por fortuna, seguían chapoteando en el mar. Decidió regresar inmediatamente a donde vivían; eran unas diez horas de viaje aproximadamente. Con un poco de sigilo y sacrificio podrían hacerlo.

—Colocó a la viejecita en el asiento delantero de la camioneta y ordenó a su mujer que se sentara a su lado; metieron a los niños ¡rápido!, que se había hecho tarde, y se colocó al volante, quedando la muerta en medio del matrimonio.

—Una hora después, los niños empezaron a impacientarse y a preguntar toda clase de cosas, pero la autoridad se impuso inmediatamente. La situación no era tan bonancible después de tres horas de trayecto: la viejecita, que no había perdido su sonrisa irónica sino más bien la había acentuado, tenía el cuello enderezado, adoptando una actitud de rigidez y arrogancia que nunca pudo tener en vida; su cabeza estaba erecta y miraba fijamente hacia adelante.

—Tiempo después fue necesario poner gasolina y hubo de detenerse nuestro protagonista, a su pesar, y tomando todas las precauciones del mundo; los niños se

inquietaron y preguntaban qué pasaba con la abuelita. El calor ya era abrumador, todo el mundo tenía sed y lo que era peor: hambre. ¿Cuándo te paras, papi?

—La difunta, rígida toda ella, ya no olía bien, aunque tampoco demasiado mal; de la nariz derecha le salía algo así como un moco largo, de color verde pálido, que iniciaba el descenso hacia la zona descubierta; no se atrevía a bajar de golpe, lo intentaba y parecía arrepentirse, como que se escondía, para reiniciar nuevamente la marcha hacia abajo.

—Nuevas protestas, más calor, más hambre, más olor, más moco, más abajo, y la viejecita más arriba. ¿Estaría creciendo? Ocasionalmente parecía levantarse un tanto del asiento. La hija estaba acongojada, y el yerno, que la veía de reojo, parecía estar a punto de entrar en una crisis de angustia. Ya parece globo de gas —pensaba—; no respeta la ley de gravedad o no quiere viajar de incógnito. Subía y bajaba, primero sola, y luego fue necesaria la intervención amorosa de la hija. Pero después ya se necesitó la intervención brusca del yerno, quien, cada vez que volaba la bajaba de tremendo jalón, colérico y deseoso de hacer algo drástico con ella.

—El moco bajaba y el cuerpo subía. Los chicos ya protestaban a grito abierto: ¿dónde comerían?, ¿no que se iban a quedar unos días en la playa?, ¿por qué iba manejando tan volado?, ¿por qué olía tan feo? Lloraron, se pelearon, y con la amenaza de hacer pipí dentro del coche, consiguieron que se detuviera en un poblado. El padre ordenó: —bájate con los niños, te quedas con ellos en ese restaurante y comen mientras yo regreso; ¡no repliques! Voy a arreglar el equipaje que anda suelto.

—Se marchó rápidamente a las afueras; descubrió un sitio despoblado y bajó el equipaje de la canastilla. Tomó a la viejita, la acostó semisentada pero lateralmente, la rodeó de maletas, le puso la lona y amarró todo, asegurándolo. Se tranquilizó y hasta chifló con desparpajo mientras se dirigía al restaurante. Dejó la camioneta un poco alejada del lugar, y pidió algo de comer, ligero, para no perder tiempo.

—Con el estómago lleno todos se sentían mejor, excluyendo a su esposa, que no podía comprender lo que pasaba. Estaba tan enajenada del hecho mismo, le parecía todo tan monstruoso e imposible que dudaba que estuviera despierta.

—Dispuestos a reanudar la marcha salieron rumbo a la camioneta, pero ¿cuál camioneta? ¡Aquello era un acto truculento de un guión policiaco! ¡La camioneta había desaparecido!

—El señor recordó en ese momento que nunca había creído en las escenas de plañideras que se mesan los cabellos, rompen sus ropas, se arrancan los pelos y gritan desafortunadamente hasta perder la razón.

—También recordó que era avaro; que no quería a su suegra; que, cuando pequeño había arrancado las alas de una bella mariposa; cuando empapó a un gato con gasolina y le prendió fuego después de amarrarle un bote vacío en la cola. ¿Por qué recordó todas esas cosas? ¿Por qué tenía que pasarle eso a él?

—Pero ¡esa vieja desgraciada! ¿Por qué tenía que morir ahora, que había decidido tomar unas vacaciones? ¿Por qué fuera de su lugar de origen?, ¿de la zona

postal que le correspondía? Y por último, ¿por qué tenían que robársela?

—¿A mamá? —oyó que decía su esposa.

—¡No!, a la camioneta.

El avaro recordó de pronto el contenido de la canastilla. Se dijo que debería ir al primer periódico local y pagar una inserción que dijera así: «Gratificación importante a quien regrese camioneta guayín, de tal color, de tal año, de tantas puertas y tal número de placas. Pueden quedarse con la abuelita; no se harán investigaciones.»

—Se asustó; ¿lo habría oído su esposa? Cuando volvió a la realidad observó que todos lo rodeaban, mudos, estupefactos. Bueno, había que hacer algo de inmediato, pero ¿qué?

—Dejó a su esposa y a los niños en un parquecito y él se encaminó con nuevos bríos rumbo al centro. Está bien que le suceda esto a mi esposo, pensaba Cuca; se lo merece el muy desgraciado. Pero, ¿por qué tenía que ser a través de la pobre de mi madre, que nunca tuvo tranquilidad y que por lo visto tampoco la tendrá muerta? ¡Dios mío!, ¡esa sonrisa!; ¿no se estará vengando...?

—Habrían transcurrido veinte minutos, cuando vio venir a su esposo fatigado, ahogándose: —Fui a la comandancia de policía... resolví hacerlo porque ya no encuentro por dónde salir de este enredo... pregunté dónde era y caminé hacia allá... pero, mujer, ¿sabes lo que vi en cuanto estuve cerca del lugar? La camioneta parada frente a la puerta. Pero eso no es todo, ¡han desaparecido la lona, los velices y la abuelita! ¡No sé qué hacer! Seguramente descubrieron todo por el olor, o por los zopilotes, ¡qué sé yo! ¿Qué haremos viejita?, ¿qué me aconsejas?

—... Viejita —musitó ella—, ¡qué raro se oye! Mira, vamos a la comandancia, entramos, preguntamos de quién es la camioneta y por qué la tienen ahí. Y de la respuesta que nos den derivaremos nuestra conducta.

—Muy bien, mujer; me parece adecuado, ¡vamos!

—Cuando llegaron al sitio, tímidamente preguntó él: «Perdone... ¿esa camioneta?»

—El policía lo interrumpió gozoso. Seguramente estaba tan preocupado como él. ¿Es suya, señor? El jefe la encontró mal estacionada y creando problemas y ordenó traerla para que no estorbara. Mi turno ya terminó pero no puedo retirarme hasta entregar esa camioneta; y para entregársela tendrá que pagar la multa y... bueno, pues algo más por esperarlo, ¿no?

—Bueno, mire usted —empezaba a decir ella—, cuando el esposo le hizo una seña mortal. —Muchas gracias —concluyó él—, es muy amable.

—Pagó sin que le doliera hacerlo, tomó de prisa el camino hacia el vehículo, subieron rápidamente y arrancó rumbo a donde estaban los niños. —¿Qué haremos ahora? —lo increpó ella—, ¿qué haremos, Dios mío?

—Yo la debería haber quemado en el camino ¡maldita sea! Pensó también que sus hijos podrían chantajearlo; que podrían preguntar *ad infinitum* sin obtener respuesta racional y lógica. Seguro que le sacarían dinero por el secreto. Este asunto le echaría

a perder la vida y tendría que redituarse dinero a los demás. Estaba frente a un problema que debía ser explicado pronto, de manera aceptable, por una parte; por la otra, le aguijoneaba la curiosidad y la duda: ¿qué podría haber sucedido con la vieja?

—Imaginó que habían pasado unos amigos y habían reconocido la camioneta y habían querido jugarle una broma. Se la llevaron a donde fácilmente la encontraría la policía. Al ver a la viejita arriba, entre las maletas, se habrían dicho entre ellos: «Pobrecito Gerundio, mira en qué apuros está. ¿Por qué no le damos una manita? Seguro que nos lo agradecerá toda la vida; es un hombre sincero, agradecido, generoso y buen amigo; hoy por él, mañana por nosotros.»

—Un sabor dulzón le apareció en la boca, ¡así era, sin duda! Pero... ¿no existía —él había visto eso en televisión— algo así como *wishful thinking*? Es decir, quería que fuera lo que deseaba. ¡Estúpido! Aunque así hubiera sido, se habrían llevado a la abuelita con ellos, se la habrían dejado en casa y ahora, al llegar, la encontraría sentada en la puerta y los saludaría alegremente diciéndole: «¿Cómo estás, yerno? ¡Llegué primero!; te he preparado algo de lo que te gusta comer, de esos antojitos que te matan de gula.»

—No existía nadie en su vida —pensó— capaz de hacer algo por él; nunca había hecho nada por nadie; solamente hoy, que he traído a mi suegra con tan buena voluntad y deseo de que se divirtiera con los demás.

—Pero su mente se había convertido en su enemiga irreconciliable y su juez, y protestó: «¿Es cierto eso?, ¿no resulta más cercano a la verdad que la llevaste contra tu voluntad y le deseaste todos los males posibles?» ¿Por qué no reventaría de una vez? Ya no quería vivir ni pensar. Una laxitud agradabilísima se iba apoderando de sus músculos y de su mente, que se rehusaban a seguir trabajando.

—En ese momento llegó a donde esperaban sus hijos, que, además, ¡tenían hambre de nuevo! ¡Maldita sea!, ¿quién habrá inventado esa horrible costumbre burguesa de comer tres veces al día, todos los días, todos los años, toda la vida? Tengo que llevarlos a comer, no se me vaya a morir otro de hambre.

—Observó, con la poca crítica que le restaba, que su pensamiento iba mal, que tomaba caminos desusados y perjudiciales. ¿Y si todo fuera tan sólo producto de su imaginación?, ¿una idea delirante? Quizá el trabajo excesivo de los últimos tiempos, las urgencias de la vida, la tensión cada vez mayor de la existencia...

—¡Papáaaaaa, queremos comer! ¡Un helado! ¡Tengo sed! —No, eso no era alucinación; todo era cierto, ahí estaba esa maquinaria insaciable de masticación, deglución, bolo, quimo, quilo y todo lo demás. Eso era real, ahí se iba la mayor parte de su sueldo, ¿cómo dudar?

—Tal vez la abuela era rica, ocultaba sus propiedades, no se fiaba de él y lo mantuvo en secreto. Alguien, mejor enterado, sabiendo que la señora era muy rica, se la había llevado consigo y la había hecho firmar un testamento. Ahora los plagiarios serían los herederos de la inmensa fortuna de su suegra. Esos advenedizos se quedarían con todo y a él, que trabajaba tanto, que tenía cinco hijos y cincuenta años

de edad, ¡no le tocaría nada!

—Sintió una cólera intensa contra la esposa y unos terribles deseos de golpearla por encubrir a su madre, por su traición tan injusta. Ciertamente, ella debía estar interesada en otro hombre, que, probablemente, era el que había robado a la vieja y que estaba de acuerdo con su mujer. Se quedarían con todo y se irían a otra parte; él sería acusado de asesinato por ambos y lo que es peor, no podría defenderse; ¿quién iba a abogar por él?, ¿sus hijos?, ¿su esposa?, ¿su suegra? Estaba solo, lo tenían en sus garras y seguramente lo matarían también a él, o lo harían purgar treinta años de prisión; también podrían acusarlo de loco, lo llevarían al manicomio y le darían electrochoques; ¿le harían un juicio de interdicción?

—Le entraron unos deseos intensos de llorar, de irse, de tomar unos kilogramos de cianuro, un cuñete de estricnina.

—Rebuscó en su mente y recordó que su jefe le había llamado la atención sobre su rendimiento; le había parecido que no era la misma persona de antes: trabajaba mal y sus ventas no iban bien. ¿No tendría algo que ver con lo que le estaba sucediendo?

—Le habían dejado la camioneta, así que era imposible atribuir a un robo la pérdida de la abuelita; ¿quién iba a robarse a una anciana y dejar una camioneta casi nueva? Trataban de enredarlo y era preciso que desenmarañara toda la conspiración.

—¿Y la oficiosidad de su jefe? ¿Por qué pedía siempre individuos de buena presentación? Asoció inmediatamente un cuento, al parecer inocente e ingenuo que su jefe le había relatado, viéndolo fijamente; se trataba de un tipo que se contoneaba mucho al andar y se resbaló caminando por la acera de una avenida muy concurrida. Dio con toda su humanidad trasera contra el concreto, y, un español que iba detrás de él, accidentalmente, dijo: «¡Toma!, ¡qué putazo!» El personaje volteó sonriente, se levantó del suelo y le dijo con gran amabilidad empleando el tono de voz que distingue a un zurdo de un derecho: «¡Favor que usted me hace!»

—¿Por qué se lo había contado dos veces? Y luego, aquella ocasión en que él pasaba junto a su oficina y oyó que decía, «no es suficiente para ella»... Estaba claro que se referían a él y ella era su esposa. Ahora podía comprender: su esposa y su jefe se entendían. Además, él lo insultaba diciéndole homosexual bajo cuerda y refiriéndole cuentos alusivos. Ella le había dicho al jefe que su esposo era homosexual; por eso ella no estaba satisfecha y necesitaba de otro hombre.

—La cosa de la abuela y la camioneta había sido arreglada por ambos, y la vieja se había prestado a la truculencia. Estaría contenta la desgraciada, riéndose de su angustia. Se repartirían el dinero de la abuela los adúlteros, mientras él iba al departamento psiquiátrico de la cárcel donde, seguramente, le harían la lobotomía.

—Se cogió la frente como para protegerse de la operación, mientras sudaba frío y pegajoso, temblaba como un azogado, se le secaba la boca y la mirada iba de un lado para otro, como tratando de vislumbrar por dónde aparecerían los loqueros enviados por el jefe. «Y todo porque no quise relacionarme sexualmente con mi jefe, a pesar de

las insinuaciones. ¡Seguramente ya me denunció y ha dicho que soy de los otros como venganza!»

—No, no es cierto —empezó a gritar como un poseído—, ¡es una conjura!, ¡él es joto!, ¡me quiere matar!, ¡me persigue con una pistola!, ¡auxilio!, ¡me quiere matar!

—En su angustia creciente, vislumbró un rayo de luz; quiso por un momento volver al camino real, saliéndose de la vereda que había tomado; le pareció que perdía la orientación y que no podía volver, se había estrechado demasiado la senda. ¿Dónde estaba? ¿Quiénes eran esas personas que parecían conocerlo? ¿Esa mujer y tantos niños? ¿Sería su hermana? ¿Por qué tenían cara de asustados? No conocía ese lugar, era la primera vez que estaba ahí; ¿cómo habría ido a dar allá?

—¿Por qué tanta gente y tanto policía? ¿Dónde estaría su madre?

—¡Mamá, mamá! ¿Dónde estás? ¡Sálvame!, ¡sálvame de estos hombres! ¡Mamáaaaa!

Alí observó que muchas personas lo miraban perplejos, con aire de incredulidad; el gerente de la única radiodifusora de la localidad con su estación repetidora de televisión, se acercó y le dejó traslucir tímidamente su interés por una entrevista. Alí declinó el ofrecimiento y le dejó entrever que quizá sería en una ocasión más propicia. Tomó el tren de regreso para su iglú en la capital y su ánimo ya no era tan triste ni su pensamiento tan caústico. Sentía un poco más de interés por la vida y la política. Hasta se propuso a sí mismo escribir sus memorias, si no la perdía en los próximos incidentes.

Al entrar a la gran ciudad sintió una vivencia: ¡qué diferentes las condiciones en que había llegado hacía veintinueve años, derrotado, mal vestido, hambriento, lleno de dudas y esperanzas, a estudiar medicina, abandonando la política y su pueblo, donde había cosechado mojicones, insultos y pequeños triunfos efímeros! ¡Qué diferencia y qué igual!

Se ha encontrado con que los periodistas desean entrevistarlo. Se muestran interesados especialmente algunos que lo conocieron antes, cuando fue un personaje discreto de la política pequeña y mezquina de su hospital.

Ahora «estaban decididos a conocer sus proyectos, a emplear la fuerza periodística de que disponían para impulsarlo y colaborar en su obra».

Los interrogó acerca de por qué lo habían escogido a él y no a otro, por qué ese momento y no cualquiera del año próximo. Indicaron como respuesta, «que les parecía un hombre íntegro, dispuesto a dallas pelea, desinteresado, valiente y cáustico».

—Bueno —les dijo—, la ocasión se presentará pronto y podremos comprobar que ustedes están dispuestos: dentro de unos cuantos días se debatirá una ley importante y

los espero en la Cámara, para que veamos qué es lo que van a escribir, cómo lo van a escribir, y qué resultará de ello.

Alí sabe que es mentira que nadie se rife el cuero por otro, menos por él precisamente. ¿Qué razón tendrían? La gente espera a que haya la posibilidad de encontrar un líder, una oportunidad, la ocasión apropiada, para lanzarse a la conquista de la noticia aparatosa y truculenta. ¿Dónde estaba Mateo mientras crucificaban a Jesús? ¡Haciendo notas y corrigiéndolas probablemente! Después utilizaría su biografía para inmortalizarse. Escribió dramas, palabras, papelotes; mientras Jesús vivía y moría su drama en toda su intensidad. ¡Unos escriben la historia y otros la hacen! ¿De cuáles soy yo?

Más pronto de lo esperado se presentó la oportunidad que se suponía. Los periódicos anunciaron en forma ostentosa la noticia. Había sesión en la Cámara aquella mañana, sesión ordinaria y común; la orden del día no era aparatosa y terminaría todo bien y pronto.

Se habló de la validez y honradez del sufragio, se dijo algo de poner al servicio de obras de beneficio colectivo un gasto aproximado de tantos millones, llevando a los lugares más apartados la posibilidad de tener acceso a... Todo dicho en precioso español, con voz magnífica, mucha prestancia y uno que otro toque de oratoria parlamentaria de gran fuste.

Al terminar hubo un momento de silencio, aprovechado por Alí para solicitar la palabra y pasar a la tribuna con aire tranquilo: «No puedo señores abandonar esta sala sin decir lo que considero mi obligación; los periódicos se han referido —por una sola vez como es costumbre— al caso reciente y palpable de cohecho dando santo y seña, la persona que lo cometió, monto, tiempo y lugar, ¿qué se va a hacer con esa información? Julio César repudió a su esposa porque la gente sospechaba de ella —a pesar de la comprobación eficiente de que no era adúltera— con el razonamiento clásico desde entonces: la mujer del César debe ser insospechable.

»Ahora no nos estamos refiriendo a la mujer del César sino a una ramera pública carente de pudor, con perdón de las ramera. Conviene recordar a Garría Lorca:

... Y no quise enamorarme, porque teniendo marido,
me dijo que era mozuela cuando la llevaba al río.

No sólo ha respondido con una mentira cualquiera. Ha cometido un fraude con todos los agravantes. Ha utilizado su condición de alto empleado del gobierno para prostituir su amplio campo de acción, enriqueciéndose. Pero por lo que veo, ese tipejo no expone nada, no peligra, es aceptado sin discriminación alguna, casi puede decirse que para ustedes llena un patrón cultural esperado. Tienen de tal manera diluida la responsabilidad y el sentido de la dignidad humana, que han llegado a

olvidar si las cosas fueron diferentes algún día. Por supuesto, se nos ocurre la consecuente pregunta: ¿serán diferentes en el futuro?

»Los avances más importantes de la humanidad han sido probablemente tres: proscribir el homicidio como medio de arreglo de las dificultades entre personas. Proscribir el incesto, y, expulsar de la mente la antropofagia. ¿Cuándo nos resolveremos a colocar el cohecho y la corrupción entre las funciones inadmisibles, teórica y prácticamente? ¿Cuándo tomaremos las medidas suficientes para hacerlos imposibles? ¿Empezamos ahora señores? ¿Por qué no hacer de este un año de decisión y de unidad?, ¿de búsqueda de la fuente prístina y original del bien?, ¿de la humildad?

»¡Vamos, señores!, ¡resuélvanse a realizarlo!, ¡pocos hombres tienen una oportunidad semejante! ¡Les ofrezco simplemente la grandeza y la eternidad!

»¿Por qué no clausuran sus despachos?»

Aquello fue un tornado. Allí aprovechó ese momento para salir a la calle y meterse en cualquier café no concurrido por sus cofrades.

Necesitaba pensar y hacer testamento. Tal vez «asegurarse», si alguien lo tomaba como un riesgo útil y soportable. Pero las compañías de seguros no son instituciones de beneficencia. Son negocios que comercian con la vida humana en condiciones de ventaja. Y Allí no es un buen riesgo.

De pronto le ha asaltado una preocupación: la seguridad económica de los que lo rodean y aprendió a estimar. Supone que lo aguantaron y que eso debe agradecerse.

Necesitamos de los demás para recibir. No los necesitamos como urgencia improrrogable de dar. Podemos encontrar fácilmente alguien que esté dispuesto a recibir, como consecuencia a ser amable; en cambio no es fácil encontrar quien esté dispuesto a dar cualquier cosa por nada, en reciprocidad. Así pues, las personas que durante mi vida pusieron algo en ella, me convierten en deudor y les estoy agradecido.

No es fácil vivir con un hombre como yo, tan egoísta que sólo me interesa el bien de todos porque conseguirlo sería la realización de mi vida. He antepuesto mis intereses por sobre los de aquellos que me quisieron como podían querer: sencillamente y buscando su propia alegría que llevaban senderos totalmente diferentes a los míos tan dudosos, implacables.

Estoy condenado a no poder darles algo significativo de mi afecto a tales gentes; no en cuanto a Seguros, cuando menos.

Creo que en suma no me gusta nada de lo que el hombre ha inventado; no me es fácil vivir con él; está muy deformado y no se parece en nada a lo que se suponía que podría llegar. Se desvió de la ruta y se ha perdido.

Se cierra el mundo a su derredor. Cada vez encuentra más limitaciones. Percibe que lo atenaza un círculo que impide sus movimientos. Un vacío notable cerca de él lo sumerge en el ostracismo. ¿No habrá modo de encontrar algún lugar donde lo reciban sin condiciones? ¿Abiertamente? Se pregunta con cierta frecuencia, sin contestarse, si no habrá dentro de sí algo que ahuyenta a las gentes. ¿Qué podrá ser? No quiere ver la simpleza de su razonamiento. Sabe muy bien que los hombres no quieren verse en dificultades y tampoco desean encontrar heterodoxos que las muestren. ¿De dónde proceden estas diferencias impresionantes con los demás? Las gentes como Alí funcionan como espinas irritativas. Molestan por anacrónicos. Muestran una esfera diferente que produce escozor. Por otra parte, cuando un individuo cualquiera, encuentra en su camino que se ha cruzado alguien tan diferente a él, que parece habitante de otro mundo, específicamente si es alguien que pudiera llevar a término vital lo que él tuvo en fantasía, le sucede lo del cuento de los galgos: uno de ellos — durante su día de descanso— va al campo acompañado de otro de sus colegas del galgódromo, se lanza a toda carrera tras una liebre hermosísima; lo alcanza el otro y le dice: «No seas animal, no pierdas tu tiempo, no es una liebre de verdad, ¿no ves que no tiene rueditas abajo?»

Acepta la derrota y se da cuenta de que se trata de la lucha entre dos facciones irreconciliables y de nuevo ha perdido a la que él pertenece.

Es una lástima —piensa— que pierda siempre, desde que el mundo es mundo. Qué escasos y de tan poca significación son mis triunfos... ¿Cómo retrotraer al hombre a su propia condición y sacarlo de ese narcisismo feroz —como diría ese psicoanalista de todos los demonios—, que no le permite ver la realidad en toda su profundidad? Se ha tornado tan orgulloso y tan estúpido que ya no mira a su alrededor. Se abstrajo de su antigua condición y se está convirtiendo en una especie de monstruo que parece dispuesto a destruirlo todo, como en un «crepúsculo de los dioses», inmolando en su holocausto final todo lo existente.

—¿Tendría razón el homo freudianus, cuando afirmó que para ser santo se necesita, por contraposición con lo que se piensa, ser muy hombre, pero de verdad muy hombre? Recuerdo que decía que cualquiera de los santos es superior en hombradía, en coraje, en valor, al conquistador de más envergadura. Quizá la santidad no sea un problema relacionado con el masoquismo. Es una afirmación gratuita e insostenible. Son muy ambiciosos los santos, muy individualistas en cuanto a su propia realización. Sólo colateralmente producen una reacción catalítica. Cada uno que se santifica, lo hace porque puede y busca su propia productividad humana-divina al máximo.

—Me parece que he llegado al final. Depende de ellos; yo los busqué en su

campo, los desafié con armas anacrónicas y melladas, era lógico que perdiera. Lo que me preocupa es si realmente buscaba yo el triunfo o ansiaba la derrota y por eso mismo me porté tan irreal.

Se canaliza la opinión pública hacia la posibilidad de que «Alí esté cansado y tal vez enfermo, probablemente de algo mental». Le jalan las orejas al personaje eclesiástico que era su amigo y que lo apoyó de forma clara para ocupar el puesto. Su jefe lo llama con epítetos fuertes y se refiere a la posible conveniencia de vigilarlo y limitar sus determinaciones absurdas que hacen pensar que no tiene atributos para jefaturar un puesto tan importante. Como se dice en términos humildes, lo puso pinto.

En ese momento comprendió nuestro jerarca la tercera parte de la profecía: «cuídate de los turcos, te harán padecer». Se trataba pues de este «turco» seguramente. De verdad que nadie lo había puesto en un predicamento tan serio. «¿Por qué no habría escuchado a la gitana, cuidándose adecuadamente?»

La otra de las consecuencias fue que se comenzó a buscar, y se halló pronto, al suplente de Alí, que aparece por ahí todo trasnochado, feliz de haber ganado la lotería sin comprar billete. Será un buen eslabón de esa cadena que se atascó con Alí, hasta parar totalmente la maquinaria por unos cuantos segundos.

Lo remiten al servicio médico oficial que le corresponde, y no se puede rehusar. Antes lo debe examinar un psiquiatra. Insisten tanto con el profesionista, que logran influir en forma de *consensus gentium* de manera muy importante, aniquilando de modo parcial la libertad de juicio del profesional.

Las declaraciones periodísticas suscritas por quienes «le darían todo el impulso a su actuación», lo dicen claramente: «El stress, el trabajo excesivo, su interés manifiesto por los problemas del país, su celo en servir a los necesitados y a los desheredados, todo ello ha provocado una crisis, una situación de psicosis situacional, quizá fundada en algo constitucional, previo a todo lo ocurrido en la actualidad». Esto es, se dice que, probablemente, desde siempre existía el fermento de su mal, la simiente que dio lugar a la crisis que hizo eclosión ante la realidad.

Se habla de shock nervioso, nerviosismo, neurastenia, fatiga intelectual. La sutileza de quienes manejan el problema es pasmosa, pues deben decirlo sin que se ponga en predicamento la elección, la aceptación de su candidatura, la forma como llegó a la Cámara, defender al mismo tiempo el partido, perder lo menos posible en esta quiebra, ganando lo que se pueda. Tal es el aspecto diabólico de la situación.

Alí no puede defenderse por una razón simple: mientras más escándalo haga, más se dirá que está enfermo, que está agresivo, fuera de la realidad, que no colabora, que es paranoide y está peor de lo que parecía.

Le darán una pensión, lo atenderá un magnífico especialista y será colocado

provisionalmente en un buen centro de reposo para que pueda reponerse en forma tranquila.

En otra época lo habría atropellado en la calle un automóvil, guiado por un bárbaro que corría a cien kilómetros por hora, durante la noche. Alguien que nunca se identificó. No se pudo ver la placa del coche, ¡de noche y a esa velocidad! No obstante, la policía investigaría y tendría pronto indicios... Tiempo después, diluido todo, nadie recordaría el incidente. O bien, habría muerto en una balacera accidental. Una melée extraña de esas que suceden en forma providencial. Un lío de faldas, del que se habla con disimulo. Alguien lo hizo por celos y por descubrirlo in fraganti; nunca se sabe quién. O tal vez en uno de esos asuntos «inconfesables», sucios, que se identifican entre líneas como homosexualidad. Líos entre gentes de conducta dudosa. También en el tráfico de enervantes. Lío internacional, denuncia, traición y crimen.

No era tan malo después de todo el fenómeno evolucionista: ahora era locura. ¡Qué lástima!

Van a liquidarlo con honores y bondad. Igual que cuando retiran a un individuo antes de que tenga derechos mayores que signifiquen gasto para la empresa. Sin violencia. Son métodos suaves que no lastiman, no destruyen; ahora son considerados y envenenan sutilmente la vida de quien se salió de una norma donde todo funcionaba bien. No hay que desviarse de esas líneas de tolerancia para que no sea utilizado el emponzoñamiento lento, calmado y subrepticio, que no dejará huella. Todo es cuestión de buen gusto y de *savoir faire*...

Alí está rodeado de afecto y consideración. Un enfermero cuidándolo día y noche, «ante el peligro de que pueda atentar contra su vida durante el periodo de depresión, que ha de seguir al de agitación por el que está atravesando en este momento».

El diagnóstico, como puede preverse, va tomando un sendero peculiar: psicosis maniaco-depresiva. Puede fundamentarse por completo: periodo de agitación maniaca con verborrea, fuga de ideas, aceleración del pensamiento, asociaciones por consonancia, lenguaje procaz, impropio y poco juicioso, pérdida del sentido de realidad y actitudes irrespetuosas y violentas frente a todos.

Está totalmente incomunicado. El psiquiatra ordenó electrochoques. Lo vio tan indignado y molesto, tan agresivo, tan virulento en su lenguaje francamente coprolálico, que no dudó un solo instante en el diagnóstico y ordenó de inmediato el primero.

Con este único ha caído Alí en la cuenta de que tampoco le conviene la actitud agresiva y violenta ahí. Ellos tienen la fuerza y también el diagnóstico. Más vale mostrarse cooperador y tranquilo, sosegado y humilde, ser sabio y aprender de la desgracia.

El médico lo encuentra tan mejorado al día siguiente, que suspende el tratamiento brutal y ordena un tranquilizante, de esos con nombre de mujer clorótica-Stellazine.

Cuando se cree que el periodo de peligrosidad política y maniaca ha pasado, se le permiten algunas libertades. Ya para esa fecha lo han quemado lenta y totalmente con informes mal intencionados y noticias discretas que informan sobre su mejoría.

No ha querido comunicarse con nadie, menos conmigo que con otros; durante muchos meses de reclusión, no ha sido posible el trato con personas de su confianza, en privado, siempre está alguien que puede oír.

Con motivo de su «mejoría», se afloja la custodia. Como ya no significa un peligro —está acabado como profesionista y como político— se pierde la rigidez de su cuidado.

Por fin se comunica conmigo, está avergonzado y se siente humillado por el trato que se le otorgó. «Déjame que me pudra aquí, me lo tengo merecido. ¡Me sucedió exactamente lo que al perro de Tía Cleta: el día que ladró por primera vez, le rompieron la jeta!»

Le hago saber que habrá que tener paciencia, y que con motivo de un congreso científico que será inaugurado por el Gran Jefe, si la suerte nos ayuda, podremos obtener su externación.

Se muestra escéptico por lo que respecta a su porvenir y no desea crearme dificultades. Quiere beber, solo, la copa de acíbar hasta la última gota.

Le pido que guarde el resto de su fuerza para sí mismo.

Han puesto a su disposición un avión para cualquier país del mundo, por una parte. Por la otra, tratarán de adjudicarle una especie de prebenda, algún trabajo secundario en el extranjero, que sirva para mantenerlo alejado, quieto y mudo.

La comisión que lo visitó al salir del sanatorio psiquiátrico, se ha referido a la consideración mostrada por la comisión de vigilancia, por el Gran Jefe que ha olvidado agravios y todo lo acontecido, y está dispuesto a poner a su disposición, puente de plata, el avión y el nombramiento.

Alí ha escuchado tranquilo y sosegado. Adquirió durante la permanencia en el sitio de ablandamiento, sabiduría o inercia. Está en situación de amercillamiento total. Luego ha tomado la palabra para decir: ¿para qué un avión?, me basta con un burro, ya que estoy dispuesto a ser buhonero, barbero, médico y filósofo.

—Yo no necesito de la bondad de nadie, del perdón de nadie, ni quiero representar a nadie. Por lo que toca a lejanía, ya estoy tan lejano como si viviera en el polo Ártico. Y para ser más exacto siento tanto frío aquí como allá.

—No tengo que hacer con los hombres políticos. Tampoco con los otros. No quiero hacer nada con ninguno, de una clase o de otra, de esta especie semejante a la mía.

—Solamente me hace falta un burro, al que no montaré, pues no lo merezco. Ni él a mí. Caminaremos uno al lado del otro. Viviré como un asno, como lo que fui durante toda mi vida, cuando pensé en mis semejantes, cuando me ocupé de ellos, cuando viví para dar toda la solidaridad y amor de que soy capaz.

—¡Estúpido como el borrico que necesito para vivir! A él quizá le interesará mi charla insulsa, mis proyectos descabellados y toda la filosofía de mi puerca existencia. ¿Cómo he podido ser tan bruto y dedicarme a mis semejantes y luchar por ellos?

—Por mí, no sabrán nunca de mí. Aquí se separa mi camino y el de ustedes, al que nunca debí acercarme.

—¡Adiós diputados!... —y dirigiéndose al burro imaginario le espetó—: ¡vamos «Legislativo»!, ¡andando!

Nadie ha sabido de él desde hace un año. He recibido hoy un papel rayado de los de hacer cuentas en las tiendas miserables. Vino dentro de un sobre bastante maltratado. Escrito a lápiz puede leerse lo siguiente: —¿Tienes algunas muestras médicas que no te sirvan?, ¿conoces a alguien más que sea tan desprendido y que quiera enviármelas con las que tú me mandes? A esta dirección: Cajón de Ropa «Los Triángulos de Euklides», Congregación... Municipio... Estado... Estoy bien sin ti. Para nada necesito de tus interpretaciones. Hasta que nos encontremos en tu inconsciente colectivo. ¡Salud pescador del caos! Me estoy encontrando. No tenía firma ni hacía

falta.

Desde entonces, le envió eventualmente muestras médicas y algunos implementos modestos, de urgencia, impostergables en la medicina: jeringas, agujas, pinzas, etcétera. Ha regresado algunas cosas con un membrete escrito: «Artículos de lujo, prostituyen».

He respetado su incógnito porque así lo desea. Supongo que debe estar ejerciendo una medicina espléndida. Lo cura todo y lo resuelve todo, regala consulta y medicina. Tiene un tendejón-botica-consultorio. Todo el mundo deposita ahí sus cosas. Se hace trueque. Se comenta sobre la lluvia, la siembra. No se emplea el dinero. Casi no hay habitantes, deben ser un ciento entre todos. No hay riqueza, se siembra cuando se puede, se cosecha, se casan sancionados por el rapto. Allí ha entrenado a una mujer que merecería el título de enfermera, de partera y de todo. No de todo precisamente, porque de «aquello» ya no se ocupa Allí. A todas las mujeres las ve como hijas, como hermanas, como madres.

Es una comunidad extraña. Un intento de algo como una cooperativa; como la iniciación de una comunidad socialista primitiva y sin complejidades.

Cura, y es arreglador de todas las cosas. Nunca lo abandona su borriquillo que ha envejecido un año más.

Viven aislados y de vez en cuando uno de ellos va a comprar mercancía a un poblado que está a un día y medio de camino a pie.

Ahí, la prostitución es desconocida y hay un entendimiento mutuo. Se toleran cosas y se perdonan otras. La conciencia es algo laxa y se estira cuando es menester.

Todo va bien hasta que alguien siente envidia de Allí. Le parece que no es de los suyos y empieza a instilar veneno cautelosamente en los oídos de sus amigos. Cuando Allí se entera no espera más, no pide la confirmación de los rumores: simplemente desaparece y lo notan, antes que todo, por el asno que no rebuzna una mañana como era obligado. Cuando lo buscan ya no está. Se ha ido sin decir nada.

Allí se interna más. Va hacia la sierra, donde la vida sucede como en la época cercana a la creación. Difíciles para la convivencia y la amistad, a la altura de cazadores primitivos descubre Allí a una pequeña tribu. No se vuelve a saber más de él.

La comunicación se hace a través de la sierra. Por un poblado más civilizado que goza de algunas comodidades y algunas fuentes de riqueza, motivo suficiente para hacerlo más cercano a la vida de las gentes comunes.

Años más tarde recibo este mensaje: «Estoy casi solo. Peso tan poco que ya no me hundo en el agua. Mi barba ya es muy larga y a “Legislativo” se le han caído las muelas. Mi tienda es más chica y ya no es negra. Ya no necesito medicinas, puedo curar sin ellas. Soñé que me adorabas.»

Tiempo después me dieron esta información: «Durante la visita del candidato a Gran Jefe, en una de las giras por las regiones más inhóspitas y atrasadas, pero al mismo tiempo más hermosas que conozco, sucedió algo extraordinario que la prensa

ha ocultado por instrucciones del cuerpo político que dirige la campaña.

»Al pie de la sierra llena de pinos, cedros, oyameles, caobas y toda clase de árboles apreciados por los industriales especialistas en su explotación, se instaló un campamento de taladores, provisto de todos los adelantos modernos para hacer más eficiente el martirologio del cerrado bosque. Al talar habían abierto una brecha capaz de permitir el paso simultáneo de tres vehículos.

»El candidato, en su visita por ese Estado llegó al pueblo más cercano a esa sierra donde fue recibido en forma delirante. Alguien de la localidad, hablando con él de las particularidades de la región, indicó que los taladores instalados en la sierra habían descubierto, al ir de cacería, a una tribu semisalvaje. Eran hombres que cubrían parcialmente sus cuerpos con pieles, de largas melenas y barbas; que usaban sandalias primitivas. No hablaban entre sí. No habían podido acercarse más por el temor de ser descubiertos. Se rumoraba, además, que hacia la cumbre, existían unas cuevas custodiadas por coyotes y alimañas, en la zona fría y pelada.

Eso parecía la antesala de algo desconocido, que causaba temor a los hombres y sueños horribles a las mujeres. Un temor reverente y místico cortaba toda iniciativa de investigación.

Alguna vez alguien había visto a un hombre muy feo, viejo y sin dientes, barbado y muy flaco, dirigirse hacia esa zona al meterse el sol. Nadie podía asegurarlo. Todo quedaba como suposición insegura y dudosa.

Los cerebros de la organización política, los publicistas de la campaña se quedaron mirando unos a otros. Uno de ellos, con su mejor mirada de inteligencia se dirigió al candidato diciéndole: «Es una oportunidad sin paralelo; pocas veces en la vida de un hombre con destino, ocurre algo así. Propongo que vayamos a verlos, ya que la brecha abierta lo permite. Entrevistémonos con ellos, grabemos una cantidad importante de cintas-películas, tomemos fotografías en colores; hagamos un mitin político ahí, en esa comunidad, y habremos realizado algo increíble. Llegar hasta esa congregación infrahumana, de la que no sabían los gobiernos anteriores y que ahora el candidato de la revolución y del pueblo, arrojadamente, ¡ha alcanzado!, despreciando todo peligro para conocer sus necesidades y aliviarlas, etcétera. ¡No puede despreciarse un golpe de publicidad de tal magnitud! ¿Qué dice usted?»

Fueron al día siguiente por el camino difícil, pero posible. Los coches-cabra podían perfectamente. Llegaron un poco magullados y polvorientos, aburridos y molestos por la agresión a su homeostasis habitual. Aquello era cualquier cosa: cabañas miserables y apenas sostenidas, absurdas y carentes de toda comodidad. Una especie de explanada pequeña al centro de éstas, recordaba los zócalos de los pueblos.

Destacaba una pequeña cabaña que tenía una especie de letrero que podía leerse con dificultad: «La Triada de Canuto».

Había gente dentro de esa cabaña, unos diez hombres, ni una sola mujer. Rodeaban una especie de lecho de palma entretejida, sostenido por cuatro troncos

burdos. Todos ensimismados y en silencio, en un silencio impresionante.

Nadie se inmuta ni parece preocuparse por la presencia de las avanzadas de la civilización representada por la comitiva, a la que no parecen ver ni oír.

En el lecho yace un hombre —¿es realmente un hombre eso? Pálido, de ojos brillantes, llenos de luz, enmarcados por una barba larga y bella, de color gris casi blanco— que respira con dificultad.

Es muy pequeño y está en un lecho que no alcanza a llenar. Mira hacia lo lejos y parece musitar una letanía casi inaudible: —Demos gracias por nuestra evolución diaria. Por la humanización de nuestra vida. Por nuestra cercanía a la conciencia cósmica. Por nuestra próxima dilución dentro del infinito y porque nuestra vida se identifique con toda la vida existente.

—Demos —respondieron todos los circunstantes con gran dignidad.

En ese momento, los grandes de la política, vestidos con elegancia apropiada para el sitio y la temperatura —seda y cascos para el sol y el polvo— empezaron a disponer todo el espectáculo: los fotógrafos alistaban sus cámaras, visualizaban los mejores ángulos y disponían a retratar a aquellos seres junto con los importantes de la comitiva.

Los habitantes de aquella explanada parecían desconocer todo lo que ocurría. Seguían viendo fijamente esa figura flaca y de ojos como carbones que ardían de fuerza, de alegría y de ira.

Toman fotografías. Componen grupos. Arreglan videotapes. Se acercan a los hombres y tratan de hacerlos hablar. Emplean un lenguaje cortés al principio que va cambiando a áspero e imperativo ante la nula respuesta. Usan un poco de la fuerza y los movilizan primero suavemente y luego con toda libertad: —ahora por aquí, un poco más allá, vea en esta dirección, haga como que está interesado y gustoso de estar junto al SEÑOR. —En fin, todo lo sabido e ignorado que ocurre en esos casos.

El hombre del lecho sonreía bondadosamente, siguiendo con la vista el espectáculo. Se oyen las frases de rigor; «el SEÑOR, alguien, por primera vez va a ocuparse de ustedes; tendrán acceso al usufructo de la labor revolucionaria»... sigue un bordoneo incansable, fatigoso, rítmico que penetra en los oídos hiriéndolos intensamente.

Luego uno de ellos, micrófono en mano, se dirigió al lecho y le dijo al anciano: «el SEÑOR desea saludarlo, estrechar su mano curtida por el trabajo honrado y después dirigir una corta alocución. ¿Comprende usted?» —Éste movió la cabeza afirmativamente.

El personaje se colocó a su lado, frente a las cámaras que estaban listas, atrás de los infelices con quienes iba a charlar y les dijo:

—Compañeros, me toca en suerte ser el primero que los visita y se entera de sus problemas. Debo ocuparme de la solución de los mismos y de la incorporación de ustedes a la marcha siempre ascendente de la patria. Su redención es mi tarea, ya que nadie se ocupó de ustedes con anterioridad. Debemos hacer llegar los resultados de

las luchas revolucionarias hasta estos lugares alejados de todos los auxilios. Toda esta miseria va a terminar de ahora en adelante. Les ofrezco que no omitiremos sacrificio alguno, para hacerles sentir que la patria no los olvida. Haremos todo lo que haya menester para mejorar el estándar de vida y desarrollaremos una lucha implacable contra los acaparadores...

Aquí se enfrió un poco la cosa, alguien le dijo algo al oído y él asintió, un poco turbado...

—Les prometo que si el sentir de la mayoría me lleva al triunfo, fundaremos aquí una escuela. Haremos llegar hasta este lugar la salubridad para una vida menos difícil. Construiremos un pequeño hospital y facilitaremos los créditos necesarios para que cultiven la tierra y sus hijos puedan lograr una vida mejor... No olvidaremos las vías de comunicación y propugnaremos, en una palabra, porque ustedes tengan de aquí en adelante una vida digna.

Los que oían no parpadearon. Se quedaron atónitos, sin saber qué hacer. Hacía mucho tiempo que no hablaban entre sí. Sólo escuchaban el canto de las aves y el murmullo del viento, el trueno del relámpago y el agua azotando los techos; el aullido de las fieras.

La belleza de las palabras que habían oído, la hermosura de su contenido, no significaba nada para ellos y por lo mismo no tenían forma de responder. Los aplausos de los paniaguados contaminaron el aire estruendosamente.

El anciano trató de incorporarse y no lo logró al primer intento. Con mucho esfuerzo se enderezó y logró bajar los pies que colgaban por el borde del lecho. Estaba hinchado y se podían apreciar síntomas carenciales. Apoyó un pie y luego el otro, se empujó y logró ponerse absolutamente erecto.

Miró a los que lo rodeaban. Se dirigió a un tronco de árbol cercano que le daba sombra a un burro viejo; lo acarició, lo jaló de una oreja y caminó con él hasta colocarse frente a los porfiados revolucionarios. Clavó su mirada en el SEÑOR y le dijo:

—¡Hola!, ¿cómo estás?

Si hubiera caído el Papa con su mejor traje de un árbol cercano, no habría causado tan fuerte impresión como esas tres sencillas palabras del mono barbón.

El silencio cubrió todo el campamento. Se paralizaron las cámaras y los manipuladores; todo quedó en receso.

—¿Todavía manejas la Cámara? ¿Qué carajos vienes a hacer hasta mi guarida? ¿No habrá sitio en el Universo a donde no me alcance la lepra de la política?

—No puedes quejarte del sitio que elegí para no encontrarlos más. Pero tú has venido hoy a mi cubil y despertaste un sueño adormecido que yo creía muerto. ¡Lástima por ti y lástima por mí! Ahora me vas a oír. Y aunque esta bola de castrados se callen, cuando salgas no podrás controlarlos, son demasiados para guardar silencio.

—Sabes perfectamente que el sentir de la mayoría ya te llevó al triunfo. Ustedes

son la mayoría y ya eres. No fundarás una escuela aquí. Tampoco harás llegar la salubridad, no habrá hospital. Los créditos te los regalo. Las comunicaciones serán a través de gestos porque no habrá vías. Tampoco habrá vida digna. ¿Sabes por qué? Porque es demasiado el costo para esta pequeñísima comunidad de diez viejos monos como nosotros. Las obras no dejarán un porcentaje apreciable para un futuro dueño del país.

—Olvídanos y lárgate. Para nada necesitamos de tus promesas vacías y molestas. Te exhibes. Nosotros sí vemos que estás desnudo y que tu traje maravilloso es un mito. No nos llega la hipnosis.

—Te has mandado preparar un circo digno de ti. Tú, salvador de esta tranquila aldea oculta en la inmensidad de la miseria de un país, ¡que te merece!

—Ya se encargarán los macacos que te acompañan de arreglar y cortar películas. Harán del camino abierto por los taladores que destruyen la labor de la naturaleza para hinchar sus bolsillos, de esa herida abierta en la carne noble del bosque, la senda peligrosa e intransitable por donde el hijo de la Revolución, ignorando molestias y sinsabores, logró... ¡tú lo lograste!, ¡viniste a mí!, ¡a salvarme de la mugre, del hambre, de la enfermedad, del analfabetismo!

—¿Te atreverás a sostenerlo frente a ti mismo? ¿Les dirás quién soy? ¿A quién salvaste?

—¿Lo dirás, Jesucristo agorgojado?

—Bendita locura ¡ven a mi! Te quiero toda para mí sólo; para Alí, mono egoísta y absurdo... el maldito.

Se calló de pronto y su mirada pareció perderse. Se ausentó totalmente y permaneció mudo. Emanaba de él una sensación de soledad intensa, de quien está solo consigo, dentro de sí. Empezó a caminar hacia arriba, al mundo de los coyotes y las alimañas. Marchaba pausadamente. Parecía que el cansancio había desaparecido, y la hinchazón de las piernas ya no le pesaba. Ya no existía nada para él sino una meta allá en lo alto. Solo y finalmente llegando a su propio encuentro. Sentía como si alguien —él mismo— lo estuviera esperando allá, para recibirlo y decirle: ¡bienvenido, por fin llegaste!

El sol le daba de frente. Ampliaba su figura hasta hacerla irreconocible y extraña. Una alegría lo nutría paulatinamente. El cuerpo le pesaba cada vez menos, como si se levantara del suelo. La gente permanecía muda en la explanada, observaba asustada un fenómeno absurdo: no caminaba sobre el suelo; parecía haberse levantado y avanzaba por el aire a corta distancia de la tierra.

Molestaba la vista de quienes pretendían fijar su imagen. Ágil, seguro de su camino, iba al encuentro de su nuevo interior que aguardaba allá, a lo lejos; iba camino de convertirse en hombre puro, naturaleza, cosmos.

Sus ojos irradiaban una luz extraña; una alegría intensa que denotaba una capacidad enorme de amar, de adentrarse en el Universo y dejarlo penetrar sin miedo dentro de él. De diluirse totalmente volviendo al momento original.

El contorno de Alí se difundió hasta perderse en el panorama, confundido con la nube, con el sol. Carente ya de nitidez, desapareció, sueño y espíritu rumbo al infinito.

Soy ahora un hombre muy viejo y cada vez más solo que excepcionalmente habla con sus semejantes. Un día cualquiera fui al hospital donde Alí había dado su batalla médico-social. Me encontré una enfermera arrugada y vencida por la burocracia y la técnica. Llevaba en las manos unas flores y una vela como si pretendiera colocarlas en algún altar.

—¿Pero, no sabe usted la novedad?

—¿De qué habla usted Cerúlea? ¿A qué novedad se refiere?

—¡Del milagroso! ¡Del busto milagroso de su amigo el doctor...!

—¡Pero, ¿qué dice usted? cómo es posible!

—A eso voy, a llevarle unas flores y una vela. Aquí tenemos un busto del doctor.

—Ahora verá usted, cuando desapareció —¡que Dios lo tenga en su santo seno!
—, sus amigos decidieron que deberían conservar su memoria en atención a todo lo que había luchado por este servicio y por la generosidad con que había servido a tantos menesterosos, por la enseñanza que había impartido, por la escuela que había forjado de especialistas.

Resueltos a llevar a cabo la iniciativa, solicitaron que el gobierno pagara a un escultor para que lo hiciera, y así fue. Desgraciadamente resultó una escultura horrenda, que producía molestias y hasta miedo a algunas personas de este hospital.

Finalmente se inauguró a la entrada del servicio. Asistió el representante de la autoridad y durante el episodio ocurrieron un conjunto de problemas y dificultades que preocuparon mucho a todos los circundantes: se ladeó hacia la izquierda y el Secretario tuvo que pegar un brinco porque por momentos parecía que le caería encima.

El director del servicio resentido porque nunca le concedió su amistad el doctor... decidió que era una escultura horrible y que no estaba bien ahí, ordenó pues que la enviaran a uno de los retretes arrinconándola; la pusieron en el de mujeres.

Las personas que entraban donde Alí permanecía, se curaban de la diarrea a veces con una sola sesión de toileterapia. Se estreñían y aquello cambiaba rápidamente. No podían desvestirse frente al busto con mirada lúbrica y burlona, que por razones topográficas miraba directamente a la mitad de abajo de las mujeres.

Protestaron y explicaron que de no sacar a ese viejo feo de dentro del «baño» — un medio nauseabundo esencial en la vida del doctor— ninguna volvería a entrar a ese sitio.

Cerúlea —una de las asiduas asistentes al cubículo de arte que lo guarecía— se enteró de lo que ocurría mientras reposaba plácida, disfrutando de las imágenes pareidólicas, platicando con su doctor castigado en lugar de desahogo, le pidió un milagro, una ayuda para su hermana, prometiéndole que lo sacaría de ese lugar-castigo-ostracismo, pesara a quien le pesara.

Ella me llevaría ahora al sitio en que habían colocado a mi amigo, ambos habían

cumplido: él curando a su hermana y ella sacándolo del abandono.

Efectivamente, estaba ubicado ese busto en la penumbra, de espaldas al Director que no podía trabajar sintiéndose observado por la mirada burlona de Alí. Estaba rodeado de velas y flores, y curando con el espíritu como si fuera el viejo Charcot.

Me dijo Cerúlea: —¡No crea usted, todo el tiempo supe que era un santo! Me cumple, aquí le traigo las recetas y los enfermos, para que me las dosifique y compruebe si es cierto lo que les atribuyen. Nunca me ha fallado, siempre me cierra un ojo.

Tengo duda que estuviera mejor en el W. C., su aspecto cambió cuando lo retiraron de ahí, se volvió más serio y arrugó el entrecejo. ¿Cree usted que debo pedir que lo regresen a su lugar original? ¿Qué nos concedería el Papa la canonización? Lo que me preocupa es ¿con qué nombre voy a solicitarla?



ANICETO ARAMONI (1916) nació en México y es psicoanalista. Ha sido profesor en la Universidad de México y director del Instituto Mexicano de Psicoanálisis A. C. Es autor de cuatro libros: *Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo (México, tierra de hombres)*; *En busca de la verdad*; *Mister Psicoanálisis* y *¿Nuevo psicoanálisis?*, y coautor de algunos otros libros que han cimentado su prestigio.

Notas

[1] Impresión de vida desaparecida totalmente. <<

[2] Cálmate, ¿quieres trabajar para el gobierno? <<

[3] Neologismo, el que tiene el genio en las nalgas. <<